



INMA BLACK

*D*ESSEO

*C*ONTENIDO

Capítulo 1

¡Era espléndido! Melissa alzó el rostro al sol y dio un paso sobre la pradera verde, sintiendo la hierba lozana y caliente bajo sus pies descalzos. Hacía un día magnífico del que pensaba disfrutar al máximo. Girando sobre sí misma, los brazos levantados, sonrió a un cielo limpio completamente feliz, disfrutando del calor del sol.

Las montañas de Austria se elevaban a su alrededor, picos de granito gris, aún cubiertos de nieve centelleante. Más abajo, había praderas verdes salpicadas de flores silvestres, como la que había descubierto el día anterior. Los bosques cercanos, que bordeaban su pradera, parecían oscuros y misteriosos en contraste con el campo abierto, los altos pinos y abetos ensombrecían el suelo cubierto de agujas e impedían que la luz lo besara. El muro denso de árboles aislaba La pradera. Pero La vista que se abría al valle era espectacular. Era maravilloso y Melissa bebió aquella belleza.

Estaba tan absorta en los placeres de la naturaleza que no se dio cuenta del hombre que se había sentado en silencio bajo la sombra del bosque, observándola.

Sonrió otra vez deleitada y dejó que sus ojos festejaran cada detalle. A la izquierda veía los viejos edificios de piedra de Salzburgo bañados en una luz de verano que difuminaba sus contornos y la pátina de los años que realzaba su belleza barroca. El sol rielaba en la cinta del río Salzach, que se abría paso a lo largo del valle, pacífico y sereno.

Melissa estaba sola en el mundo y se sentía feliz. Se dejó llevar por un impulso pícaro y giró y giró, hasta que las flores fueron un caleidoscopio de colores sobre un fondo azul y verde. Al fin, riendo por su propia niñería, se dejó caer de espaldas sobre la hierba, contemplando el cielo profundo.

Sus cabellos se derramaron en torno a su cabeza en un desorden de ondas de un intenso color castaño. Le parecía estar en la gloria. Y todavía tenía otro día antes de que las obligaciones de su trabajo exigieran su regreso, exigieran que cambiara de personaje y retomara el papel que había escogido hacía tantos

años.

—¿Sabe que ha invadido una propiedad privada? —preguntó una voz en alemán.

Melissa se sentó bruscamente y se giró para buscar al dueño de aquella voz. Parpadeó al verlo, preguntándose si no estaba soñando. Él salió despacio de las sombras del bosque, cabalgando en un alazán magnífico. El jinete parecía formar parte del caballo. Sin gestos visibles, dirigió su montura hacia delante y se detuvo cerca de ella, contemplándola inexpresivo.

Lo primero que pensó Melissa era que parecía un dios escandinavo. Tenía el pelo rubio oscuro, con mechaz brillantes, como si hubiera pasado muchas horas al sol. Sus ojos eran azul claro, como lagos alpinos. Una pequeña cicatriz cruzaba una de sus mejillas, no desmejoraba su aspecto pero hizo que Melissa se preguntara qué le habría pasado. Los rasgos duros de su cara parecían evocar el relieve abrupto de las montañas que les rodeaban. Los hombros anchos y los muslos igualaban la fuerza y esplendor del paisaje. Melissa se levantó y se sacudió las briznas de hierba que se habían adherido a sus pantalones cortos y a su blusa. Lanzó una mirada añorante a la cesta de merienda; a los zapatos que había a sus pies y deseó no habérselos quitado. Reunió valor y miró a la cara al desconocido, para lo que tuvo que elevar mucho el rostro. Se dio cuenta de que era un hombre alto que no parecía particularmente contento de verla. No obstante, Melissa estaba de muy buen humor y seguía decidida a no dejar que nada se lo estropeará.

—¿Habla inglés?

Quizá se mostrara más indulgente con una turista. Si no, siempre podría hacer uso de su alemán fluido.

—Sí. Pero eso no cambia nada, está usted en una propiedad privada. El cambio de idioma no había variado su tono hosco, aunque su acento era inconfundiblemente británico.

—¡Usted es inglés! ¿Es suya esta pradera? No pensé que tuviera dueño. Tendría que haberlo imaginado.

¿Cómo iba a estar libre algo tan hermoso?

Su sonrisa amistosa no tuvo el menor efecto sobre aquel hombre. La miraba fijamente, entrecerrando los párpados a la luz del sol. Llevaba el pelo corto,

lo que concentraba toda la atención en la firmeza de la mandíbula y en los labios apretados. Melissa se preguntó si sus rasgos se suavizarían al sonreír.

—No quiero que los turistas vengan de merienda a mis tierras. En Salzburgo hay parques para eso.

—No le culpo. Si los excursionistas no tienen cuidado, la arruinarían en seguida. Pero una pequeña merienda de una compatriota no puede hacer daño, ¿no le parece?

Melissa inclinó la cabeza y le sostuvo la mirada. No había visto carteles que le prohibieran el acceso al prado. Tampoco conocía muy bien las leyes del país, pero estaba segura de que una pequeña excursión no podía ser perjudicial.

—Si se lo permito a uno, otros podrían seguirle.

En ese momento, una brisa caprichosa acarició el prado haciendo bailar las flores. También levantó la servilleta del mantel que había tendido, haciéndola rodar sobre la hierba.

Melissa echó a correr detrás, contenta por evitar un momento la mirada inquietante del dueño. Alcanzó la servilleta de papel y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón antes de volver junto al caballo.

—¿Comprende a lo que me refiero? —preguntó él.

—¡Bah! La he recogido. Nunca dejaría basura, estropearía esto. ¿Le apetece una limonada?

Volvió a sonreír. Si aceptaba el refresco, quizá suavizara su actitud, lo que significaría que podría quedarse un poco más.

—No tengo sed. Estoy esperando a que recoja sus cosas y se vaya de aquí. El caballo agitó la cola y pateó el suelo.

Melissa lo contempló y le pareció un guerrero antiguo sobre un corcel grande. El animal estaba bien entrenado, tenía que reconocerlo. Parecía sereno bajo su jinete, mirando al fondo del valle, agitando ocasionalmente la cola en el aire caluroso.

—Desmonte y tómese una limonada. La hacen en la pensión donde me hospedo. Además, todavía no estoy lista para marcharme. ¿Vive usted aquí? Claro, es el dueño de esto —dijo ella con cuidado, observando su reacción. Empezaba a divertirse.

Y fue recompensada. El jinete frunció el ceño y se inclinó hacia ella amenazadoramente.

—No tiene dónde elegir. Está en mi propiedad y quiero que se vaya. Ahora mismo.

Melissa se echó hacia atrás la melena para ganar tiempo. Respiró profundamente y dejó escapar el aire mientras contemplaba la pradera, las montañas y el valle que cobijaba Salzburgo.

—¡Es tan bonito! He venido a pasar un par de días de vacaciones y sólo estaba disfrutando de la soledad y de la belleza. No le hago ningún mal a sus tierras, ¿Herr...? —dijo ella alzando una ceja—. Aunque supongo que será mister, ¿no?

—Terrel, Bret Terrel.

Acercó el caballo a ella y se inclinó mirándola a los ojos.

—Creo que será mejor que se vaya.

Melissa parpadeó sorprendida y perpleja. ¡Aquel era el hombre que ella había ido a ver a Austria! El lunes tenían que encontrarse en la mesa de negociaciones. ¿Acaso no había más hombres en aquel país? Se preguntó si era prudente decirle quién era, quizá se sintiera más inclinado a dejar que se quedara. Pero no quería enredarse en negocios, estaba de vacaciones. Durante aquel día y el siguiente, sólo era una turista. Decidió conservar el anonimato.

Lo contempló con ojo crítico. Era obvio que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Y mientras veía cómo crecía la impaciencia en su expresión, pensó que lo más probable era que eso mismo le hubiera echado a perder.

—Me iré cuando se tome la limonada —dijo ella suavemente.

Apartó los ojos de prisa y se arrodilló para abrir el termo. Le sorprendió encontrarle a su lado al momento. Terrel sujetó las riendas del caballo con

una mano y la tomó del brazo con la otra, haciendo que se levantara. Melissa tuvo cuidado en no derramar el líquido mientras se daba la vuelta para mirarlo.

—Mire, casi me hace tirarla. Tenga.

Melissa hizo el gesto de entregársela, pero él no levantó la mano y le golpeó el pecho con la taza. La sorpresa al notar su fuerza se reflejó en sus ojos. — No quiero. Sólo quiero que se marche. ¿Va a obligarme a echarla?

Su voz era de acero. La mano la sujetaba firmemente pero sin rudeza. Melissa sintió el calor de los dedos sobre su piel y, muy dentro de ella, una sensación inquietante aleteó.

—En las películas del Oeste, el cowboy puede dejar las riendas del caballo sin que se mueva de su sitio —dijo ella, mirando al caballo y después al dueño con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta de la inquietud que le estaba provocando.

—Esto no es América y si suelto las riendas, iré derecho a su establo —dijo él con una paciencia forzada, como si estuviera tranquilizando a un niño.

Melissa todavía tenía la mano contra su pecho. Deseó tirar la taza y extender la mano sobre aquel pecho para sentir los músculos y la textura de su piel. Tragó saliva, lo miró a los ojos y olvidó por completo lo que iba a decir, perdida en sus profundidades azules.

No supo cuánto se quedaron cara a cara, mirándose a los ojos, sin ceder ninguno de los dos. De repente, el caballo resopló y frotó la nariz contra su dueño. El empujón derramó la limonada y rompió el hechizo.

—¡Maldición! —exclamó Bret soltando a Melissa y tratando inútilmente de limpiarse el líquido pegajoso que manchaba su camisa.

—Se secará en un momento. Hace un día caluroso, incluso la hierba está caliente.

Aquel comentario hizo que él se fijara en sus pies descalzos para luego examinarla despacio, recorriendo su cuerpo con la mirada. Un examen que debió ser aprobatorio ya que su expresión se suavizó ligeramente.

Melissa, que nunca había dejado escapar una buena oportunidad, aprovechó para volver a llenar la taza y se la ofreció con cuidado de no tocarle. Aunque lo deseaba, quería ver si había imaginado el calor y las chispas que emanaban de él.

—Nunca se da por vencida, ¿verdad?

Sorprendiéndose a sí mismo tanto como a ella, tomó la taza y bebió el refresco. Estaba ácido y sabroso. Lo bebió todo, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Se irá ahora?

Una ceja rubia se alzó mientras su voz la acariciaba. Era un tono sedoso, incitante, y el corazón de Melissa se agitó en respuesta.

—¿Me echará a la fuerza si no me marchó? —preguntó ella con descaro. El corazón se le aceleró sólo con pensarlo. ¿La subiría delante de él sobre el caballo y cabalgaría a través de los bosques como los caballeros de antaño?

—Si no tengo más remedio... —dijo él resignado.

Melissa sonrió encantada, unos hoyuelos se formaron en sus mejillas, sus ojos bailaron divertidos y esperanzados.

—Entonces, lo recogeré todo en seguida. Después podrá echarme o llevarme en su caballo, ¿no sería divertido?

Melissa ignoró lo que él masculló entre dientes y lo metió todo en su mochila. Se puso los zapatos y echó la última mirada al paisaje, seguía siendo glorioso. —Lista —dijo desafiante, de buen humor, retándole a que transgrediera las normas.

—Adelante. Por ese camino.

Terrel señaló el camino que ella había seguido la primera vez que descubrió la pradera.

—¡Ah, no, Bret Terrel! Quiero que me eche por la fuerza. Si no, no me marcharé. Se dejó caer de rodillas sobre la hierba, lanzándole una mirada divertida, retadora y burlona.

—Esto no es un juego —gruñó él con cara de pocos amigos.

—Claro que sí. Por eso la vida es tan divertida.

—La vida no tiene por qué ser divertida. Podría llamar a la policía. Melissa sabía que era una amenaza vacía. Sonrió con picardía.

—Llamar a la policía sería otra clase de aventura, pero a menos que lleve una

radio portátil, no creo que me quede a esperarlos —dijo poniéndose en pie de un movimiento ágil apartándose de su alcance—. Relájese, Bret Terrel, sólo estoy bromeando. Sin embargo, es verdad que me gustaría montar en su caballo.

Bret se dio la vuelta y montó rápidamente. Sin mediar palabra, le tendió la mano y la ayudó a subir detrás de él. Sorprendida por aquella repentina capitulación, Melissa le rodeó la cintura y se sujetó.

Al instante tuvo conciencia del calor de aquel cuerpo contra el suyo, de aquella espalda recta y musculosa. El estómago era plano y fuerte bajo sus manos y sintió un poderoso impulso de meter los dedos bajo la camisa y acariciar su piel tersa. Tomó aire, notó que sus pechos se aplastaban contra la espalda y se apresuró a exhalarlo alarmada. ¿A dónde la llevaban sus pensamientos? Por el amor de Dios, era hija de un vicario, no era propio de ella tener aquellos pensamientos lujuriosos hacia un hombre que acababa de conocer, por muy sexy y atractivo que le pareciera. No importaba que el calor de su cuerpo evocara en ella anhelos y deseos dormidos, eran unos sentimientos peligrosos para alguien que ya se había quemado una vez.

Bret puso el caballo a un galope medio y Melissa se sujetó a su cintura, encantada con el giro de los acontecimientos. Cruzaron la pradera como si volaran y luego aminoraron el paso para entrar en el bosque. En cuanto los árboles ocultaron el sol, el aire refrescó. Melissa se sintió contenta de tener aquel cuerpo cálido contra ella.

Acabó demasiado pronto. En un abrir y cerrar de ojos estaban junto al coche que había alquilado. Bret se volvió en la silla, rozándole un pecho suave con el brazo, provocando oleadas de sensaciones en sus terminaciones nerviosas.

—Fin de trayecto. En el futuro, manténgase fuera de los sitios apartados de los caminos corrientes.

Melissa se dejó caer al suelo, sujetándose a su mano hasta que recuperó el equilibrio.

—Ya sabe que no lo haré. Los mayores tesoros de la vida se encuentran en lo inesperado. He disfrutado de la comida en su pradera, señor Terrel. Quizá nos veamos allí mañana.

Melissa lo miró pero él no respondió. Con un movimiento coqueto de la cabeza y un saludo breve, se dio la vuelta y se metió en el coche. Pudo verlo todavía en el retrovisor, contemplando cómo se alejaba.

De modo que aquel era Bret Terrel, el hombre que había ido a ver. Se preguntó si tendría dificultades con él, iba a suponer todo un reto. Pero para eso faltaban dos días, aún estaba de vacaciones. Sonrió de buen humor ante el futuro.

A la mañana siguiente, dejó el coche en el mismo sitio que el día anterior miró a su alrededor casi decepcionada. Bret no estaba allí para impedirle el paso. En realidad no había creído que iría, sólo había sido una remota esperanza.

Tomó su mochila y echó a andar tranquilamente, disfrutando con los trinos de los pájaros y el correteo de las ardillas entre los arbustos. El olor de los pinos y abetos llenaba el aire de un aroma limpio y acre, todo un cambio comparado con la contaminación londinense. Se preguntó si no podría llevarse un poco de aire embotellado cuando acabara sus negocios en Austria. Eligió un sitio desde el que se disfrutaba de la mejor vista de la ciudad vieja y desdobló la manta, asegurándose de no dañar los grupos de flores silvestres que eran tan abundantes.

—Está invadiendo una propiedad privada —dijo la voz en inglés. Melissa sonrió antes de darse la vuelta para verlo, llena de alegría. Había aparecido, después de todo.

Bret Terrel se apoyaba contra un árbol, contemplándola. Echó a andar hacia ella con un paso suave y fluido. Sus piernas largas devoraron la distancia en un momento. Sus ojos azules sólo dejaron los suyos para contemplar su cara y sus piernas esbeltas.

—Hola, señor Terrel. ¿Ha venido a echarme otra vez? —preguntó ella deliberadamente provocativa, aunque su sonrisa picara desmentía sus palabras.

Bret llegó a la manta y se sentó en el espacio que ella había dejado libre. — No parece servir de mucho. Sigue usted volviendo.

Sus labios sonrieron, pero el rostro permaneció sombrío.

—Sólo hoy. Es mi último día de vacaciones. Luego volveré a las minas de sal.

Melissa sabía que estaba atractiva porque su trabajo le había costado, pero disfrutó con las miradas que él le lanzaba. Se había cepillado el pelo rebelde hasta que sus rizos estuvieron domados y flotaban en ondas en torno a sus hombros. Se había puesto un maquillaje que resaltaba el azul de sus ojos pero sospechaba que era la emoción de la presencia de Bret lo que provocaba el color de sus mejillas.

—¿No ha traído el caballo? —preguntó mientras empezaba a sacar la comida.

—No. He pensado que podría necesitar las dos manos.

Por un instante, Melissa consideró lo que podía hacer con ambas manos, sujetarle la cara para besarla, enredar los dedos en su pelo, acariciar todo su cuerpo.

Cerró los ojos y rezó para recuperar el dominio de sí misma. Trató de pensar en su padre, pero seguía viendo el rostro de Bret, aun con los ojos cerrados. Los abrió y le tiró un emparedado. Empezó a pensar que había sido un error ir, que estaba comenzando a enamorarse.

—Le he traído roast beef.

—¿Tan segura estaba de que vendría? —preguntó él alzando una ceja.

—No, sólo lo esperaba. Es domingo y pensé que no tendría que trabajar y que quizá le gustaría compartir un trozo de Austria con otra visitante. Tengo otro emparedado de jamón, si lo prefiere.

Bret apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Está bien.

Temerosa de romper aquel frágil equilibrio, Melissa guardó silencio aunque docenas de preguntas bullían en su mente.

—No me dijo su nombre ayer.

—Melissa. ¿Le apetece una limonada? Hoy he traído dos tazas.

—Claro. ¿De dónde es, Melissa?

—De Londres. Tenga.

Deseó que le rozara los dedos al tomar la taza, pero no lo hizo.

—¿Ha venido de vacaciones?

—Sí, hoy es mi último día. Luego tendré que volver al trabajo. Pero me lo he pasado muy bien. He visitado la ciudad y el castillo. Y este sitio me parece maravilloso, me encanta la vista que hay desde aquí —dijo con una sonrisa tímida.

Bret terminó las galletas y se apoyó sobre un brazo mientras ella le contaba lo que había visto y lo que le había parecido excepcional, observando las emociones que cruzaban por su rostro. Bret tenía las piernas extendidas y cruzadas a la altura de los tobillos y parecía la viva imagen de la satisfacción.

Melissa, sin dejar de hablar, recogió meticulosamente toda la basura, agradeciendo que no hubiera viento que la dispersara.

—La verdad, si tuviera todo el dinero del mundo, le compraría esta pradera y construiría una casa grande que tuviera toda la fachada de cristal para poder disfrutar todos los días del paisaje.

—Suponiendo que yo se la vendiera —dijo él sonriendo.

—¡Oh! Pero si tuviera todo el dinero del mundo, no le quedaría más remedio, así tendría más dinero para comprar otras cosas.

Melissa soltó una risilla ante el absurdo que acababa de decir, pero vio satisfecha que él ampliaba su sonrisa.

—Melissa, está usted chiflada —dijo él como si ella le dejara perplejo. —Ya he oído eso antes. Pero no lo estoy, sólo trato de divertirme. La vida es tan emocionante, está llena de promesas. Me encanta vivir.

La expresión de Bret cambió y apartó la mirada.

—Ya me doy cuenta.

Su voz ya no era cálida y amistosa, sino formal y distante. ¿Qué había hecho ella para molestarle?

—Cuénteme algo sobre usted. Es obvio que vive aquí, ¿por qué? ¿Qué hace? ¿Tiene una casa o vive o acampa en una tienda?

Melissa no estaba dispuesta a reconocer que conocía muchas cosas sobre él, desde los estudios que había cursado hasta que había asumido la dirección de la Austerling S.A. Incluso el hecho de que era viudo y tenía un hijo único. Sin embargo, sentía curiosidad por ver qué le contaba.

—Trabajo aquí. Dirijo una empresa electrónica.

—¿Cómo es que un inglés dirige una empresa austriaca?

—Es una larga historia.

—Hábleme de su empresa —sugirió ella recostándose, mirándolo a través de sus pestañas, casi coqueteando con él.

—Quizá en otra ocasión —dijo él sonriendo.

—¿Vive cerca de aquí?

—Tengo una casa cerca, muy grande y muy antigua. No disfruta de esta vista, pero tampoco tiene nada que envidiarle.

—¿Es tan hermosa como ésta?

Bret la miró, sus ojos se fijaron en la boca. De repente, Melissa sintió que tenía los labios secos, sin embargo, sonrió pícaramente, como retándole a que la besara. Mientras esperaba a que hablara, lo miró a los ojos, con el corazón en vilo. ¿Por qué?

—Casi tan hermosa —dijo él lentamente, mirándola fijamente mientras inclinaba la cabeza hacia ella.

Al momento siguiente, Melissa yacía tumbada de espaldas con el pelo alrededor de su cabeza, sólo veía el rostro de Bret que se inclinaba sobre ella poniéndole las manos en los hombros. Terrel estudió su cara un rato, antes de buscar su boca.

Melissa cerró los ojos para saborearle mejor. Sus labios eran cálidos y firmes y se movieron persuasivamente hasta que ella le respondió. Sintió que el corazón se le aceleraba y que la sangre le hervía en las venas como si él la hubiera encendido. Cuando él empujó a través de la barrera de sus dientes acariciándole la lengua suavemente, la colmó de sensaciones y deleites embriagadores.

Bret enredó las manos en sus cabellos suaves y le sujetó la cabeza buscando placer. Ella saboreó su boca, disfrutó de los dedos que le acariciaban la nuca y enredaban su pelo. Abrió los brazos para cerrarlos en torno a su cuello y sintió que él se dejaba caer sobre su cuerpo.

Estaba perdida en el encanto de aquel día, en el hechizo del escenario, en la alegría de sus caricias. Todo su cuerpo despertó a la vida, vibrando, anhelando. El corazón le latía con fuerza, dejó de respirar y la sangre le corrió por las venas en un ardiente tumulto de felicidad. Olvidó dónde estaba y porqué había ido. Sólo podía sentir la boca de Bret sobre sus labios y la fuerza de su cuerpo musculoso bajo sus manos.

Cuando él ladeó la cabeza para trazar una senda ígnea a lo largo de su cuello, ella se estremeció. Entonces una mano grande se cerró sobre uno de sus pechos, masajeándolo suavemente, jugueteando con el pezón hasta que estuvo enhiesto y palpitante.

Las sirenas de alarma bramaban en la cabeza de Melissa. Cuando él deslizó la mano bajo su camisa para encontrar otra vez su pecho henchido, ella le empujó, luchando débilmente por romper el hechizo que les había atrapado a ambos.

—No —susurró cuando tuvo la boca libre.

¡Buen Dios! ¿Qué estaba haciendo? ¡Al día siguiente tenía que sentarse en la mesa de negociaciones frente a él! ¿Cómo iba a mirarlo a la cara?

Bret se retiró un poco con una expresión hosca.

—¿Cómo que no?

Melissa hizo un gesto negativo, evidentemente arrepentida aunque él no lo viera.

—Lo siento. No puedo, de verdad —murmuró ella mirándolo a los ojos para luego apartarlos avergonzada.

Lentamente, Bret sacó la mano de su camisa y se sentó.

—¿Cuál es el juego, Melissa? —dijo en una voz dura y controlada mientras su rostro permanecía impasible.

Abochornada, Melissa se sentó sintiendo toda la rabia que había provocado

en él. —No lo había planeado, no sabía que...

—No me vengas con ese cuento —la atajó él—. Las mujeres nacen sabiendo. Y sobre todo las inglesas. ¿Es una especie de venganza por haberte dicho ayer que te fueras?

—¡Claro que no! Yo no te he besado, has sido tú —chilló Melissa, ofendida de que pensara aquellas lindezas sobre ella. Era evidente que el beso no significaba nada para él.

—Lárgate, pequeña, y no empieces cosas que no estés dispuesta a terminar —dijo él sarcásticamente y con una mirada de desprecio en los ojos.
—¡No soy ninguna pequeña y no he empezado nada! Creí que sólo ibas a besarme. Sólo eso.

—Estás muy verde si pensabas que nos íbamos a detener después del primer beso. ¿Para qué si no has vuelto hoy? Sabías que ibas a encontrarme aquí después de todas las provocaciones de ayer.

—Creí que podrías estar aquí, esperaba encontrarte, pero sólo para pasar el día juntos. Quería pasármelo bien y pensé que no te vendría mal un poco de diversión. Eres demasiado serio.

Estaba ruborizada de vergüenza. ¿Cómo le había parecido una mujer tan fácil? ¿Acaso creía que había ido sólo para retozar con él?

—No me conoces. Sólo porque te dijera que te fueras de mis tierras eso no me convierte en un hombre «demasiado serio».

Melissa no podía decirle que sabía mucho más de él, que era Bret quien no la conocía. Todos los informes que había estudiado le describían como un adicto al trabajo, decidido y mortalmente serio. Pero ninguno había mencionado lo atractivo que era. Había disfrutado conociéndolo, estando con él. «Sus caricias le habían hecho olvidarse de todo». Se pasó los dedos por los labios, estaban ligeramente hinchados. Al humedecerlos, encontró su sabor. Se volvió a mirarlo con ojos asombrados.

Bret la contemplaba con una mirada sombría, recelosa, burlona. Como si estuviera a punto de volver a llamarla pequeña.

—Tengo veintisiete años —dijo ella con voz ahogada, como si quisiera demostrar que era una mujer madura sólo por su edad.

—Yo treinta y cuatro. Para mí, eres sólo una chiquilla. Tus reacciones son las de una niña. ¿Estás segura de que vives en Londres?

Su tono era burlón, sus ojos de un azul helado.

—Pero eso no significa que sea fácil para el sexo, sobre todo con alguien que acabo de conocer.

Melissa recogió rápidamente todo excepto la manta. Bret seguía sentado sobre ella.

—Será mejor que me vaya.

Su día maravilloso se había vuelto amargo. Sólo deseaba marcharse, olvidar que había estado allí. Quería recuperar una parte del sentimiento que aquel lugar le evocaba antes de que todo hubiera desembocado en desastre.

—Escóndete, pequeña. Vuelve cuando tengas más experiencia y estés dispuesta a jugar con adultos —dijo él en un tono sarcástico y odioso.

Con una última mirada atrás, Melissa se dio la vuelta y huyó por la senda que llevaba a su coche.

Capítulo 2

La mañana del lunes llegó demasiado pronto para Melissa. Sus breves vacaciones habían pasado rápidamente, tenía que volver al trabajo. Se arrebujó entre las sábanas pensando en los cuatro días maravillosos que había vivido en Salzburgo. La imagen de Bret Terrel sobre su caballo magnífico apareció sin ser invitada. Durante un instante de felicidad, recordó el beso que habían compartido en el prado de la montaña. Suspirando arrepentida por el modo en que había terminado, se levantó a su hora acostumbrada y se vistió para los negocios. Aquella mañana iba a verlo en un escenario completamente distinto. Se preguntó si haría algún comentario al respecto de la pradera o si fingiría que no se conocían. ¿Le preguntaría por qué ella no había mencionado que conocía su nombre? Melissa no le había dado el apellido. De haberlo mencionado, ¿lo habría reconocido? Ella sólo era un miembro más del personal de una empresa británica. Bret era el director de su firma.

Vestida con un traje azul oscuro serio, trató de imaginar cuál sería su reacción al verla. ¿Había sentido deseos de volver a verla? De haber sabido cómo localizarla, ¿la hubiera llamado?

Pero iban a reunirse en unas circunstancias muy distintas. Melissa, su jefe, Derek Millan, y diferentes miembros de las dos empresas, tenían una cita para reunirse con Bret a las diez.

Melissa se cepilló el pelo y lo recogió en una coleta. Aquel estilo severo la hacía parecer mayor y más responsable. Las gafas ligeramente tintadas que necesitaba para la luz fluorescente completaron su atuendo. Estaba preparada.

Se contempló un momento en el espejo. ¿Era ésa la verdadera Melissa Carmichael? ¿Una ejecutiva de éxito que había ascendido por sus propios méritos en la empresa gracias a su dedicación y al trabajo duro? ¿O era la verdadera Melissa la mujer despreocupada que tanto se había divertido los cuatro últimos días?

Hasta ese momento, no le había ido mal en un mundo dominado por

hombres, debido a su determinación de conseguir el éxito. Tomó su portafolios y salió de la habitación sin hacerse más introspecciones.

Derek Millan tenía cincuenta y tantos. Era el segundo de abordo en Industrias Larbard, un gran conglomerado en proceso de negociar un acuerdo con la empresa de Terrel para el intercambio de existencias entre las dos compañías y para la compra de los sofisticados componentes electrónicos por los que era famosa la Austerling S.A. En teoría, ya habían cerrado el acuerdo y las dos compañías se reunían para ultimar detalles.

El señor Millan había insistido en que ella asistiera. Melissa había sido la analista financiera que había dirigido el equipo de investigación sobre la viabilidad del acuerdo propuesto y el señor Millan quería contar con ella durante todas las fases de la negociación. Su dominio del alemán también había ayudado un poco.

Fue la última en llegar al edificio que albergaba las oficinas de Bret. Contempló el vestíbulo recargado y se dirigió al grupo que la esperaba junto a las escaleras de mármol.

—Me preguntaba dónde te habías metido —dijo.
Derek por todo saludo.

El pelo gris le daba un aspecto distinguido. Sabía llevar bien su edad y sus ademanes inspiraban respeto. Ella asintió y reprimió una sonrisa. Derek nunca decía algo sin una intención.

—Todavía faltan cinco minutos para que subamos. Tengo toda la información que me pediste. ¿Le has visto ya? —preguntó ella con calma.

—No. Hemos hablado por teléfono, pero no cara a cara. Gerry, ¿tienes los gráficos de crecimiento económico? —preguntó a uno de los ejecutivos más jóvenes del grupo.

—Sí, señor. Estamos preparados para demostrar cómo... —Sí,
es todo lo que quería saber.

Todos disculpaban la brusquedad del señor Millan. Aunque era exigente y trabajaba duro, también se mostraba justo y toda la gente que trabajaba para

él aprendía.

—Subamos.

Abrió la marcha al ascensor al lado de su secretaria personal. Melissa iba detrás reprimiendo su sonrisa. Le parecía estar participando en unas maniobras militares. ¿Qué pensaría Bret Terrel cuando invadieran sus oficinas?

En el ascensor, trató de imaginarse lo que pensaría al verla. Parecía una mujer completamente distinta a la que él había besado el día anterior. ¿Se sorprendería, haría algún comentario ofensivo sobre su encuentro en la pradera? Sentía curiosidad por verlo en acción. Habían circulado informes sobre él antes de que el grupo dejara Londres. Derek creía que hacía falta conocer al oponente para sacar el máximo provecho.

La sala de juntas a la que les llevaron era lujosa. Una moqueta amortiguaba sus pasos, las paredes estaban empapeladas a base de rayas plateadas y marrones. La mesa y sillas de caoba le daban a la sala un aire serio y conservador. Grandes ventanas se abrían en una de las paredes y dejaban entrar el sol. Desde allí se veía el río, las montañas que rodeaban la ciudad y el cielo limpio y azul.

Por un momento, Melissa deseó volver a estar en la pradera, disfrutando del sol y del olor del bosque, de la belleza del paisaje alto.

Pero había ido allí a trabajar. Ocupó una silla a tres puestos de su jefe y esperó a que el equipo de Terrel se les uniera. Los segundos pasaban lentamente, pero no tardó en abrirse una puerta y entrar Bret, liderando un pequeño grupo de ayudantes. La tensión de la sala subió al instante como un cohete. Bret caminaba como un general conquistador, dominante, dinámico, rozando la arrogancia. Los demás hombres no podían competir con él en energía o en atractivo. No era sólo su envergadura, sino su porte lo que le daba aquel carisma.

Al mirarlo, Melissa volvió a sorprenderse. Con un traje a rayas azul marino, una camisa azul claro y una corbata plateada y azul, estaba formidable. El color del pelo estaba atenuado en aquella luz, pero su bronceado resaltaba

con la camisa clara. Seguía pareciendo un dios escandinavo, algo inesperado en una sala de juntas. Sin embargo, era un hombre tan dominante allí como lo había sido en la pradera. Incluso el señor Millan parecía disminuido.

Temerosa de llamar la atención, Melissa reordenó sus notas y las carpetas que contenían los diferentes presupuestos y cuotas que el señor Millan había pedido. No podía permitirse que la descubrieran contemplando a Bret, no era propio de ella. No obstante, tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Cuando volvió a alzar la vista, Bret estrechaba la mano de su jefe.

—Es un honor, no me cabe duda. ¿Permite que le presente a mi personal?

—Tengo la lista de todos, la señorita Stomford, el señor Toliver, la señorita Carmichael, el señor Ross y usted —repuso Bret—. También estoy seguro que ustedes tienen la lista de mis ayudantes.

Parecía impaciente por acabar con las formalidades y señaló brevemente a los aludidos que ya se habían sentado.

—Creo que los dos disponemos de personal suficiente para proporcionarnos cualquier información que necesitemos o para elaborar detalles. Usted y yo tenemos que discutir la estrategia global del acuerdo.

Bret imponía las reglas del juego y esperaba que los demás las acatasen. Millan pareció perdido un momento. Melissa ocultó una sonrisa. En Inglaterra, él siempre era la persona dominante. Allí, sin saber siquiera qué había pasado, se había visto superado por su anfitrión.

—Me acompaña la señorita Carmichael ya que fue ella quien hizo la mayoría de los análisis financieros para las compras de material propuestas y además habla alemán —dijo el señor Millan volviéndose hacia ella.

Melissa alzó la mirada, curiosa por ver cómo la saludaba Bret. Una mirada indecisa temblaba en sus labios.

Bret le echó un breve vistazo, entonces se detuvo y su mirada se endureció ligeramente. Hubo un momento interminable en el que nadie habló. Melissa sintió el calor en sus mejillas al darse cuenta de la gelidez de su mirada y de

la curiosidad de los asistentes.

—Señorita Carmichael, ¿no?

Su voz era aterciopelada, pero Melissa supo de inmediato que estaba furioso. Ella asintió y trató de sonreír, aunque tenía el corazón en la garganta. Se preguntó si iba a decir algo sobre el día anterior.

Los ojos de Bret se clavaron en sus labios, en sus senos. ¿Acaso estaba recordando el beso, las caricias? Se sonrojó hasta ponerse escarlata mientras recordaba aquellas manos sobre su piel, aquellos labios sobre su boca.

—¿Así que habla alemán? ¡Hum!
Sus ojos volvieron a taladrarla.

—Excelente, puede dirigir el grupo y ayudar cuando sea necesario. No todos mis ayudantes dominan el inglés, de modo que no desperdiciaremos sus servicios — dijo con una inclinación cortés y los ojos brillantes.

Melissa supo que no había escapado por completo. Mirando a su alrededor, sólo vio una cierta curiosidad en las caras de sus compañeros. Suspiró aliviada de que Bret no hubiera hecho insinuaciones sobre sus encuentros anteriores.

Las negociaciones avanzaron según lo previsto. Los diferentes jefes de sección y de personal de Industrias Larbard habían preparado sus pronósticos y sus previsiones, y el departamento de ventas lo había trasladado todo a cartas y gráficos espectaculares para causar la mejor impresión en Austerling S.A. Sólo se trataba de revisarlo todo y conseguir que Terrel firmara el acuerdo.

Las dos mañanas que siguieron, el equipo de Industrias Larbard se reunieron en la sala de juntas a las diez. Bret también se presentaba, les saludaba y se llevaba a Derek para reuniones en privado. Cada mañana miraba con ojos chispeantes a Melissa, pero nunca le dirigía la palabra. Nunca hablaba directamente con nadie excepto con Derek y dos de sus ayudantes más antiguos, Erich Meyer y Karl Müller.

Y cada Mañana a Melissa le enfurecía un poco más que se negara a hablar con ella y se sentía un poco más orgullosa cada vez que la miraba tratando de provocar una respuesta. La había reconocido, pero la ignoraba. Sin embargo, ella se negaba a morder el anzuelo. Bret sabía quién era ella, podía hablar si lo deseaba. Una vez, ella se humedeció los labios como si quisiera recordar el sabor de su boca. Miró al fondo de sus ojos profundos y rememoró su expresión al besarla. La excitación fulguró desnuda en los ojos de Bret, pero se negó a hablar.

Melissa actuaba como una quinceañera enamorada y lo reconocía. Ya era hora de centrar la mente en los negocios y olvidarse de aquel hombre. El programa estaba fijado para dos semanas, luego se marcharía. Se preguntaba si podría acortar el tiempo trabajando duro.

El jueves por la tarde la convocaron al despacho interior. El señor Millan tenía informes que el personal de Bret acababa de preparar y quería que Melissa los leyera y se los resumiera. Con los nervios de punta, fue a la oficina.

Era espaciosa, con un amplio escritorio cerca de las ventanas. Un sofá en tonos apagados ocupaba una de las paredes y una pequeña mesa de reuniones la otra. La habitación estaba forrada de madera oscura, lo que le daba un aire de comodidad atemporal que no se encontraba en oficinas modernas.

Derek Millan estaba sentado a la mesa de reuniones, rodeado de informes y carpetas. Bret estaba sentado en la de despacho, hablando por teléfono. Sus ojos cayeron sobre Melissa en cuanto entró. Ella trató de fingir que no le había visto entrecerrar los párpados, controló el vuelco de su corazón y se reunió con el señor Millan en su mesa.

—¡Ah, estás aquí! —dijo cuando se sentó a su lado—. Léete todo esto y resúmeme lo esencial. No analices todos los números, sólo dame tu valoración general —le dijo con impaciencia.

Una breve mirada hacia Bret le bastó para saber que todavía la contemplaba. Melissa se concentró en su trabajo e intentó ignorar la presencia perturbadora de aquel hombre. Le resultó fácil resumirle a su jefe el contenido del informe de una manera que pudiera comprender rápidamente. Mantuvo un tono de

voz bajo, como si no quisiera molestar al otro ocupante del despacho.

Una o dos veces giró la cabeza para observarle de reojo. Parecía estar completamente concentrado en su trabajo. Melissa no sabía si sentirse aliviada o resentida. Cuando terminó, se levantó para regresar a la sala de juntas, y volvió a echarle un vistazo a Bret.

—¿Ha acabado? —preguntó él, levantándose con una carpeta gruesa entre las manos —. Tengo unos documentos para Karl, iré con usted.

Su mano firme la tomó del brazo y la llevó hacia la puerta. Melissa lo miró sorprendida. Pronto se hallaron solos en el pasillo, donde les llegaban las voces apagadas de la sala de juntas.

Los ojos de Bret relampagueaban cuando la miró y le quitó las gafas, observándola con cuidado, apretándola con fuerza.

—¿Qué juego del demonio te llevas entre manos, señorita Carmichael? —siseó él con rabia evidente.

—Estoy trabajando.

—Debe resultarte muy útil que nos hayamos conocido antes de la reunión. —Eso fue un accidente. Bret, me estás haciendo daño.

Bret aflojó la presión, pero no la soltó. Su expresión seguía siendo airada.

—¿Accidente? ¿Y el domingo? ¿También fue un accidente? ¿O más bien una manera poco inteligente de sonsacarme información sobre mi compañía para negociar con ventaja? ¡Qué conveniente que me conocieras accidentalmente antes de la reunión y me preguntaras por casualidad en qué trabajaba! —dijo con una voz que rezumaba desprecio.

—No lo hice deliberadamente.

—¿Te atreves a negar que sabías quién era yo?

—Lo supe después de que me dijeras tu nombre, no antes.

Melissa lo admitió porque sabía que él tenía razones para sospechar, pero había sido un encuentro inocente.

—Pero no intenté sonsacarte información. Sentía curiosidad, nada más. Bret fijó los ojos en sus labios, como si estuviera recordando el beso, la breve

alegría que habían compartido aquel día y por qué ella había huido.

—¿Qué clase de disfraz pretendes con esto?

La mano que sostenía sus gafas hizo un gesto hacia su pelo. Ella se irguió todo lo que pudo y alzó la barbilla.

—Resulta que éste es el modo en que suelo vestirme para trabajar. —¿Y lo que llevabas el fin de semana era para jugar?

Melissa sabía que pretendía insultarla.

—La manera en que vista durante las vacaciones es asunto mío.

Melissa le apartó las manos. Estaba ruborizada y excitada al mismo tiempo. Echó un vistazo a ambos lados del pasillo para cerciorarse de que seguían solos. ¿No tenía Bret ninguna llamada de teléfono que atender, ninguna carta que dictar?

—En la pradera no me dijiste que sabías hablar alemán, ni que teníamos una reunión el lunes —dijo él con una voz casi seductora.

—Tengo que volver al trabajo.

Bret tenía razón y Melissa no acababa de comprender por qué se había comportado así. Tampoco entendía las sensaciones que experimentaba cuando él estaba cerca. A esas alturas, debía ser inmune a los hombres encantadores. Recordaba muy bien el pasado.

Bret se la quedó mirando un rato.

—Muy bien, vuelve a tu trabajo. Pero ven a verme después. Estaré en mi despacho.

No era una petición, sino una orden. Melissa titubeó.

—Si no me prometes venir, te llevaré a rastras ahora mismo y le pediré a Millan una explicación del comportamiento de sus subordinados.

Su voz era dura, sus ojos implacables.

—¡No te atreverás!

Pero claro que se atrevía, por supuesto. No había llegado a lo más alto a base de faroles.

—Ponme a prueba.

—De acuerdo, pasaré por tu despacho sobre las cinco y media —dijo ella

mirándolo fijamente a los ojos.

Bret le devolvió las gafas y contempló en silencio cómo se las ponía. No se movió cuando ella dio media vuelta y entró en la sala de juntas. Melissa sí miró hacia atrás. El seguía observándola con una expresión enigmática e ilegible. Ella cerró la puerta, no quería que se diera cuenta de cuánto la molestaba.

Durante toda la tarde, Melissa estuvo preocupada por la reunión que le esperaba. No había hecho nada malo, aunque hubiera sido un acto de cortesía decirle quién era y la relación que tenía con las Industrias Larbard, sobre todo después de saber el nombre de Bret. Pero ya era demasiado tarde. Tendría que hacérselo comprender, por mucho que ella misma no lo comprendiera.

El tiempo transcurrió rápidamente y, antes de que estuviera preparada, los demás comenzaron a recoger documentos y a dar señales de que se marchaban.

—¿Vienes, Melissa? —preguntó Joe Ross.

—Aún no, tengo que acabar unas cosas.

Melissa agitó unos papeles mientras le sonreía a su compañero. Uno a uno, tanto ingleses como austriacos, fueron dejando la sala de juntas hasta que se encontró sola.

Sintiéndose como si acudiera a una ejecución, la suya, cerró de un golpe su portafolios, se echó el pelo hacia atrás y se dirigió al despacho de Bret. Llamó suavemente y abrió la puerta.

—Pasa.

—Ya hemos acabado por hoy —dijo ella desde el umbral.

Millan se había ido. Bret estaba solo.

—Vamos, pasa.

Melissa entró y cerró la puerta, avanzando nerviosa por la oficina. Los edificios que se veían por las ventanas estaban bañados en la luz dorada del atardecer. Aquí y allí el sol se reflejaba en los cristales con brillos de diamante.

—Es precioso —dijo ella, acercándose a las ventanas para ver mejor.

Dejó el portafolios apoyado contra la pared, estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de retrasar el enfrentamiento que se avecinaba. Bret se levantó y se reunió con ella junto a la ventana.

—Es una ciudad hermosa, nada agobiante como Londres, ¿eh?

—Sí, aunque Londres también es una ciudad bonita —se apresuró a responder ella, muy consciente de su proximidad.

—Sí, es verdad. La echo de menos. Pero debo quedarme aquí unos cuantos años más. ¿Por qué escondes tu pelo con un peinado tan poco atractivo? —dijo él levantando la mano y soltando la horquilla que lo sujetaba.

—¡Eh!

Se dio la vuelta para encontrarse casi abrazada. Bret no quitó la mano de su nuca y la rodeaba con el brazo. Ella contuvo el aliento, estaban tan cerca que le hubiera tocado con el menor movimiento.

Bret la miró un momento y luego siguió con su tarea. No tardó en soltar el pelo de su coleta y acarició sus mechones castaños, masajeándole ligeramente la nuca, disfrutando de aquella textura suave. Después le quitó las gafas.

—No soy una muñeca con la que se pueda jugar —dijo ella, enfadada por su atrevimiento.

Dio un paso atrás, intentando poner distancia entre los dos.

—No, no eres una muñeca. ¿Por qué escondes tu pelo?

—Me gusta dar una imagen profesional en los negocios. ¿Te parezco muy profesional ahora mismo?

Bret la estudió largo rato, luego sonrió levemente.

—No mucho, pero infinitamente más accesible.

—¿Accesible? Bonita manera de hablar. Eres como un general encerrado en un mausoleo sagrado, todo el mundo está espantado de hacerte la menor pregunta.

Melissa sabía que la mejor defensa era pasar a la ofensiva. No se fiaba de estar con él, no confiaba en sí misma si llegaba a tocarla. Quería que Bret pensara en otra cosa, no en ella. Él frunció el ceño.

—¿Me tienen miedo? ¿De qué estás hablando?

—Hoy necesitábamos cierta información y tus ayudantes no la tenían. Pero, en vez de preguntarte a ti, han preferido acudir a varias personas para obtenerla. En Larbard jamás haríamos una cosa así.

—Podrían haber venido a preguntarme.

—No, tenían demasiado miedo de tu reacción. No me parece que seas muy accesible.

—Eso nunca ha sido un problema. Estás haciendo una montaña de un grano de arena —dijo él sin dejar de arrugar la frente.

Melissa no sabía si el pelo suelto le daba una apariencia más accesible. Se volvió hacia la ventana y vio un tenue reflejo suyo en el cristal. Parecía que seguía de vacaciones, ya no era la mujer de negocios conservadora que tanto se había esforzado en ser.

—Ven a cenar conmigo esta noche —dijo Bret—. Podemos discutir ese fallo de accesibilidad que tú me reprochas. —Pero yo...

Bret le puso un dedo en los labios.

—No, no discutas. Sólo ven.

Dejó el dedo sobre sus labios hasta que ella asintió. Entonces, se los acarició brevemente antes de retirar la mano.

—¿Estás lista ya?

—Lo estaré. Tengo algunas cosas que hacer, pero puedo dejarlas para mañana —dijo ella empezando a recogerse el pelo.

—Déjalo así, me gusta.

—Pero está muy desordenado.

—No, en absoluto.

Bret le pasó los dedos por el cabello, peinándolo con suavidad, sonriendo mientras la miraba.

—Me parece encantador. Déjate así. Como todavía es temprano, iremos andando. Conozco un sitio muy pintoresco que te gustará.

En el momento en que entraron, Melissa pensó que él tenía razón. El restaurante ocupaba la planta baja de un edificio de piedra y madera, debía tener varios siglos, sin embargo era elegante y acogedor.

—Es perfecto.

—Y la comida es muy buena —dijo él, sonriendo satisfecho—. Y bien, señorita Melissa Carmichael, ¿por qué no me cuentas los motivos que tuviste para mantener en secreto tu identidad el fin de semana pasado?

Melissa se miró las manos como si allí pudiera encontrar una respuesta, entonces levantó la cara, hablando con el mismo tono de seriedad.

—Es difícil explicarlo ahora. Supongo que pensé que te comportarías de otra manera conmigo si sabías quién era. Fue un accidente que nos encontráramos, una extraña coincidencia. Pero no sabía si tú ibas a tomártelo así.

—Demasiado oportuna para ser una mera coincidencia, ¿no te parece?

—¿Lo ves? Eso es lo que pensé que creerías. Yo sólo dejé el coche y me puse a andar por una senda que me llevó a la pradera. No esperaba encontrar a nadie, sólo estaba explorando.

—El sábado puede que sí. Pero el domingo volviste sabiendo quién era yo y era obvio que esperabas encontrarme.

—Tenía una esperanza remota —dijo ella sonriendo—. Me alegré de que te presentaras sin el caballo. Algunos momentos de la comida fueron divertidos, ¿no? Por un instante volvió a ser la turista despreocupada, Melissa casi pudo sentir el aire fragante y el calor del sol de aquel domingo.

—Hubo momentos divertidos, aunque deliberadamente premeditados.

—¡No! Sólo era una oportunidad de conocerte de una manera informal y no me arrepiento de haberlo hecho. Tú eres formidable en la oficina y yo no soy

muy accesible.

—¡Ah, el tema de la accesibilidad! ¿Quién necesitaba esa información y tenía miedo de preguntarme?

—Karl Müller.

—Es curioso. Lleva muchos años en la empresa. Sabe que siempre tengo tiempo para él. ¿De qué se trataba?

—Tenía algo que ver con una empresa alemana que comparte parte de las reservas. Por lo visto, firmaste un acuerdo similar con esa compañía hace algunos años.

—Es cierto. Estoy en mi derecho de hacerlo —dijo él en tono duro. —Yo no he dicho que no lo estuvieras. ¿Karl también se opuso a ese acuerdo? — ¿Oponerse? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que se muestra muy contrario al acuerdo en el que estamos trabajando y hace todo lo que puede para retrasarlo.

—Tonterías. Es un empleado leal. Ya estaba aquí cuando yo llegué a la dirección. Karl sabe que el acuerdo es beneficioso para ambas compañías. Nos abrirá nuevas oportunidades en Inglaterra y necesitamos esa expansión.

Melissa se encogió de hombros y levantó la mirada cuando el camarero se acercó con la sopa.

—Lo que tú quieras, pero sigue estando en contra. Igual que Erich. Ninguno coopera tanto como debieran.

La expresión de Bret se endureció.

—No creo que seas una experta en cómo mis ayudantes deben hacer su trabajo. Nuestra empresa se ha comprometido a este acuerdo y trabajamos para ultimarlos. Quizá seas demasiado inexperta en negociaciones como para entender los matices.

—Llevo más de cuatro años trabajando en casos parecidos, señor Terrel. Sé lo que hago y también sé reconocer las tácticas dilatorias —dijo ella fríamente.

Cuando Bret se negó a dar crédito a sus comentarios, Melissa guardó silencio

frustrada y contrariada. ¿Acaso pensaba que estaba tratando de crear problemas deliberadamente? ¿Acaso no le importaban la marcha de las negociaciones?

Cambiaron de tema con la comida. La atmósfera se distendió. Melissa hizo preguntas sobre Salzburgo que Bret respondía de buen grado. Ella sentía curiosidad por Mozart y la historia antigua de la ciudad. Quería saber los problemas a los que se enfrentaban los vecinos en invierno, cuando la nieve llegaba a ser muy alta y cuánto tiempo llevaba Bret allí.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó ella, sabiendo que era una pregunta personal, pero deseosa de conocer más a aquel hombre.

De inmediato, él cambió, se alejó. Obviamente, no permitía preguntas personales.

—Es tolerable. Vine cuando me ofrecieron el puesto de director. He conseguido expandir bastante la firma durante los últimos diez años. Quizá con la expansión en Inglaterra que provocará nuestro acuerdo pueda irme algún día a la sede que la empresa tiene allí.

—¿Tienes familia en Inglaterra?

Melissa no cejaba en su empeño de saber más cosas sobre él. El informe del departamento de mercado se centraba en su vida empresarial y apenas hacía mención de la personal.

—Mi madre y mis hermanas viven allí con sus familias.

—¿Tu esposa era austriaca?

El rostro de Bret se ensombreció con un dolor y una furia evidentes y apartó la mirada.

—Mi mujer también era inglesa —dijo abruptamente—. ¿Te apetece postre o quieres que nos vayamos ya?

Melissa estaba apabullada. Estaba claro que la pérdida de su esposa seguía causándole sufrimiento. Ella creía que su mujer había muerto varios años antes.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Bret la miró, con una sonrisa cínica en los labios.

—¿Por qué? ¿Por meter las narices en mi vida privada? Es algo muy propio de las mujeres. No fue ningún secreto en su momento, trató de matarnos a los dos y sólo consiguió matarse ella misma —dijo llevándose la mano a la cicatriz que ostentaba en la mejilla—. Me dejó este recuerdo, pero todavía conservo la vida.

Melissa estaba horrorizada. ¡Buen Dios! ¿Qué había pasado? ¿De verdad había intentado matarles? ¿Cómo? Las preguntas ardían en sus labios, pero un vistazo a sus ojos chispeantes la conminó a guardar silencio.

—No me apetece postre, gracias. Tendría que volver a mi hotel. He disfrutado con la cena.

Bret llamó al camarero para pagar la cuenta y al poco llegaron a la pequeña pensión donde Melissa se alojaba. Prefería mantenerse lejos del hotel donde se hospedaban sus compañeros para disfrutar de un poco de intimidad y no pasarse las horas hablando del trabajo. Bret hizo esperar al taxi mientras la acompañaba a la puerta.

—Quizá quieras volver a cenar conmigo mañana —dijo él mientras le quitaba la llave de las manos y le abría el portón.

Melissa estuvo a punto de saltar para no dejar que la oportunidad se le escapara, pero algo hizo que se contuviera. Podía sentir la misma atracción que había experimentado en la pradera. Una atracción peligrosa de la que era mejor distanciarse. Sólo le faltaban unos cuantos días para volver a su país y no quería enredarse con Bret Terrel.

—Ya tengo otros planes —se excusó.

Sabía que comer sola nunca podía ser tan agradable como hacerlo con Bret, pero sí era mucho más seguro y más inteligente.

—¿No te apetecería ir a montar a caballo el sábado?

—Me encantaría —se encontró respondiendo antes de poder contenerse.

Sin embargo, sería algo maravilloso. Su rostro se iluminó de alegría mientras

asentía. Si hacía buen tiempo, quizá pudieran comer en la pradera, aunque no sabía si su casa estaba muy lejos de allí.

—Te recogeré a las nueve. Ponte algo cómodo. ¿Tienes botas?

—Aquí no.

—Creo que te vendrán las de mi hermana.

Sin más palabras, se inclinó y la besó ligeramente en los labios.

—Veré a la formidable señorita Carmichael por la mañana, estoy seguro, pero estoy deseando que llegue el sábado para recoger a Melissa, la chiflada que baila en los prados —dijo él en voz baja.

Se dio la vuelta y desapareció en un instante. Melissa sonrió con expresión soñadora y subió flotando las escaleras a su cuarto.

Capítulo 3

Cuando Melissa salió del ascensor a la mañana siguiente, una de las secretarias de la Austerling la recibió con una sonrisa tímida.

—Al señor Terrel le gustaría verla en su despacho antes de que vaya a la sala de juntas —dijo formalmente—. Él acudirá allí dentro de un momento.

Melissa contempló las oficinas abiertas y vio a Bret junto al escritorio de una mujer mayor. Reía por algún comentario que ella había hecho. Por un instante pareció rejuvenecer años. Melissa sonrió, deseando hacer que se riera con la misma despreocupación. Quizá el sábado tuviera su oportunidad.

Con un gesto de agradecimiento a la secretaria, avanzó por el pasillo hacia el despacho de Bret. El portafolios de Melissa seguía apoyado contra la pared. Seguramente quería devolvérselo antes del trabajo, pero no pudo evitar que se le acelerara el corazón al pensar que iba a verlo a solas.

La puerta estaba abierta y entró sin llamar. Vio el portafolios junto a la ventana y se acercó a recogerlo.

—Se me había olvidado. Por supuesto, lo necesitarás —dijo Bret a sus espaldas, su presencia parecía llenar la habitación—. Te has vuelto a recoger el pelo. —Naturalmente, estoy trabajando.

Melissa intentó ignorar el modo en que su corazón se disparaba cuando estaba cerca de él. Respiró profundamente.

—No me gusta que lo lleves así.

—Lo siento —repuso ella en un tono que desmentía sus palabras. —Melissa, suéltatelo, estás mucho más guapa.

—No puedo. Y otra cosa, todavía tienes mis gafas. Las necesito para ver con esta luz.

Se plantó ante él con valentía. Al mirarlo, no pudo dejar de recordar la velada que habían pasado juntos, el roce de sus labios en el beso fugaz que le había dado. Miró involuntariamente a su boca y luego alzó la vista hasta sus ojos, sonrojándose al darse cuenta que él conocía sus pensamientos.

—Te devolveré las gafas si te sueltas el pelo —dijo con una voz suave y acariciadora.

—Bret, dame las gafas —dijo ella extendiendo la mano.

Bret buscó en su bolsillo y las sacó, pero en vez de dárselas, las abrió y se las puso con delicadeza. Sin embargo, sus manos prosiguieron hasta la nuca y en un segundo le había soltado la coleta.

—¡Bret!

Melissa intentó sujetársela, pero él ya estaba ocupado peinándole el cabello con los dedos. En un segundo, los rizos castaños que tenían reflejos de oro a la luz de la mañana se derramaron sobre sus hombros.

—Está mucho mejor así —dijo él, besándola suavemente—. No te lo recojas, Melissa. Por favor. Todos estamos impresionados con tu capacidad de trabajo, pero así pareces mucho más «accesible».

Melissa se echó a reír al recibir un poco de su propia medicina y sacudió la cabeza. Se sentía mejor llevando el pelo suelto, pero le preocupaba lo que sus compañeros pudieran pensar. Bueno, Bret tampoco pedía tanto. Conforme se sentía ella en aquel momento, habría sido capaz de darle cualquier cosa.

—De acuerdo, pero si oigo la más mínima insinuación, volveré a recogérmelo. —Si alguien se atreve a hacer insinuaciones, dímelo, yo lo arreglaré —dijo él con arrogancia.

Hizo un gesto hacia la puerta. Melissa abrió el camino hacia la sala de juntas y buscó un poco de conversación con que romper el silencio.

—Tendríamos que haber acabado la semana que viene.

—¿Entonces volverás a Londres?

—Sí. Ya me he tomado unos días de descanso.

—¡Qué lástima! —comentó él secamente antes de abrir la puerta y cederle el paso.

Melissa se ruborizó cuando todos levantaron la mirada para verla entrar con Bret. Podía darse cuenta de la especulación general, aunque nadie osó decir palabra.

El resto del día transcurrió con normalidad. Melissa se sintió un tanto decepcionada de llegar al final sin ver a Bret otra vez. Le había brindado la oportunidad de cenar con él, ella la había rechazado y ahora sólo podía lamentarse. No hubiera dicho no una segunda vez. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba que se lo volviera a proponer.

El sábado, Melissa estaba lista muy temprano, preparada para ir a montar. Se había puesto un par de téjanos viejos que se amoldaban a su figura como una segunda piel. La camisa que ató en la cintura cubría un *top* de lycra sin mangas. Sus cabellos resplandecían bajo el sol.

A las nueve en punto, Bret detuvo el coche frente a la pensión. Melissa corrió a recibirle y se subió al BMW negro antes de que él pudiera bajarse.

—Buenos días —dijo con una sonrisa de felicidad.

—¿Tienes prisa? —preguntó él socarrón, girándose en el asiento para verla mejor y devorándola con la mirada.

Abrió mucho los ojos al notar el espacio que había entre la camisa y los pantalones que dejaba al descubierto su piel de alabastro y sus manos apretaron el volante. —No quería entretenerte —dijo ella—. Ni hacer esperar a los caballos.

Bret sonrió y puso el coche en marcha. Le señaló diversos sitios de interés mientras atravesaban la ciudad pero pronto se encontraron subiendo por la montaña hacia su casa.

Melissa disfrutó de la belleza del paisaje, aunque tenía su atención dividida entre la naturaleza y el hombre que conducía.

La yegua baya y tranquila que él le había escogido era perfecta. Melissa se calzó las botas de una hermana de Bret y corrió a montarla. Se llamaba Shönfeld, campo hermoso, y Melissa miró a Bret con recelo. ¿Acaso era un romántico? Él se acercó para comprobar los estribos y, al mirarla, vio su expresión divertida.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Con la cabeza erguida, los anchos hombros y los pies firmemente plantados en el suelo del establo, parecía un conquistador. Melissa contuvo el aliento

mientras trataba de calmar su pulso.

—Me preguntaba si no serías un romántico. El nombre de la yegua me recuerda la pradera donde nos conocimos.

—Por desgracia ha sido su nombre desde el día en que nació. Pero si te pones a pensarlo...

—Déjame con mis fantasías. Yo sí soy romántica y no me avergüenzo de decirlo. ¿Vamos a salir a cabalgar hoy o qué?

Bret montó el alazán castrado que cabalgaba el día que se habían conocido. Melissa se le unió y salieron del establo camino al bosque.

La cabalgada fue estimulante. Atravesaron el bosque y la pradera que ella conocía. Bret la llevaba cada vez más alto, deteniéndose de vez en cuando para mostrarle las vistas que se extendían bajo ellos. El aire estaba claro y limpio, el día era cálido y soleado, sólo los caballos les acompañaban en la ladera de la montaña.

Conversaron sobre el campo, comparándolo con otros países que habían visitado, con otras montañas en las que habían estado. Melissa se cuidó de no hacer preguntas personales para no ensombrecer el día, recordando cuál había sido su reacción en la cena. Pero no tuvo inconveniente en contarle cosas de su propia vida. Se mostró atrevida al contarle sus carreras de caballos en campo libre en Wyoming, cuando había ido a ver a su madre, poniendo todo su empeño en divertirlo.

—Se sintió muy sola después de que papá murió. Entonces decidió ir a un rancho para turistas en Colorado. Jason estaba allí haciendo negocios y se enamoraron. Al cabo de tres semanas estaban casados.

—¿Te molestó? —preguntó él con curiosidad.

—No después de conocer a Jason. Es un encanto. Verlos juntos es maravilloso. Espero que yo también pueda tener un matrimonio así. Papá y mamá fueron felices, siempre lo pensé. Pero ahora, mi madre está radiante de amor.

—¿Estáis muy unidas?

—Sí. Aunque no esperó a que llegara para casarse —dijo ella riendo—. No importa, hubiera estado de más. De todas formas, cuando fui a visitarlos, aprendí mucho sobre ranchos y pude llenarme de polvo en las carreras que se organizaban.

Melissa le contó anécdotas divertidas de su trabajo, que tenía un piso en Londres, que había crecido siendo la hija de un vicario. No se dio cuenta de que había pasado la mañana hasta que se encontró otra vez en el establo.

—Ha sido maravilloso.

Desmontó, le echó los brazos al cuello a Bret y le dio un abrazo entusiasta. Lo había pasado estupendamente.

Bret la apretó contra sí, sus manos buscaron la porción de piel descubierta entre la camisa y el pantalón.

—Estás jugando con fuego, chiquilla —murmuró.

Melissa lo miró sonriendo.

—¿De verdad? —preguntó provocativa, con el corazón desbocado.

Sentía en todo su cuerpo el calor que él desprendía, no se habría movido por nada del mundo. No era tan inmadura como él pensaba, pero tampoco había necesidad de decírselo.

Bret asintió enfáticamente, dejó caer los brazos y la tomó de la mano. —El establo no es el lugar apropiado —dijo haciendo un gesto hacia los trabajadores que atendían los caballos.

Echó a andar conduciéndola a la casa. Melissa no protestó, caminó deprisa para mantenerse a su lado, la anticipación burbujeaba en su interior.

Tras el exterior luminoso, la gran casa parecía oscura y sombría. Apenas había empezado a acostumbrarse a aquella luz cuando Bret la metió en un gabinete y cerró la puerta firmemente.

La estrechó entre sus brazos besándola. Sus labios cálidos, firmes, acariciaron aquella boca suave, provocando una respuesta rápida en ella. Con un suspiro, Melissa se apretó contra él, moviendo los labios para disfrutar de la caricia.

Melissa abrió los labios para que él introdujera la lengua y estalló en llamas

al sentirla en la boca. Apenas podía sentir el calor de Bret ya que ella misma ardía. Estaba atrapada en un beso de fuego y de deleite, en los movimientos ávidos de su lengua, en la presión excitante de sus labios. Se aferró a él mientras el beso se hacía más hondo.

Al final, Bret se separó un poco. Respiraba pesadamente y le brillaban los ojos que la miraron sedientos para ir a fijarse en sus labios hinchados con profunda satisfacción.

—Creo que me has embrujado —dijo él en voz baja, dándose cuenta del rubor de sus mejillas, del resplandor de sus ojos.

—A mí me parece que has sido tú quien me ha hechizado a mí. ¿Hay hechiceros en Austria? —dijo ella, adelantándose para besarle otra vez.

Bret apoyó la espalda contra la puerta y la atrajo hacia sí. Melissa enterró los dedos en su pelo sedoso y se movió sensualmente contra su cuerpo. Oyó que él gemía. Bret introdujo las manos bajo la camisa suelta y recorrió su espina dorsal. Ella suspiró de puro placer. Podía sentir su cuerpo, la dureza de sus músculos contra su carne más suave. Podía sentir su erección y, por un momento, disfrutó de la delicia femenina que le proporcionaba la conciencia del poder que tenía sobre él. Hacía muchos años que no se había entregado tanto a un hombre, hacía mucho que no lo había deseado. Bret la colmaba de sensaciones y delicias sensuales que nunca antes había experimentado.

Cuando le acarició los senos, ella empezó a jadear. Una voz de advertencia resonó en su cabeza. Debía detenerse. Se dijo a sí misma que debía acordarse de la última vez.

Lentamente, sin querer poner fin al placer, pero decidida a no repetir los errores del pasado, Melissa se apartó. Sentía las manos sobre los pechos ardientes y delicados. El torbellino de deseo que la abrasaba tenía origen en aquellas caricias. Aborrecía tener que parar, pero debía hacerlo.

—Bret —susurró ella poniéndole las manos en los hombros y empujándole suavemente.

—¿Hum?

Bret le besó la garganta, lamiendo la arteria pulsante, casi derrotándola con su ardor.

—Bret, tenemos que parar. Vas demasiado deprisa para mí —dijo ella, empujándole con más fuerza.

Bret levantó la cabeza, sus manos quedaron inmóviles.

—Te deseo, Melissa. Y sé que tú también me deseas.

—Quizá, pero eso no significa que tengamos que hacer el amor. Melissa le empujó pero él la retuvo con firmeza.

—¿A qué juegas? —preguntó él entrecerrando los ojos.

—No es ningún juego. Quería besarte. Me gusta besarte, tocarte, sentir que me acaricias. Pero vas demasiado deprisa.

—Puedo tumbarte en ese sofá en un abrir y cerrar de ojos y tú no podrías negarte.

La miraba fijamente a los ojos mientras hablaba sin dejar de acariciarle los pechos, jugueteando con los pezones, provocando oleadas de deseo, ardor y anhelo que atravesaban su cuerpo.

—Te diría que no —dijo ella con valentía.

Tenía miedo de las sensaciones que provocaba en ella. Le asustaba que quizá tuviera razón y fuera incapaz de decir no. No era justo. Ella no había buscado aquella atracción devastadora, sobre todo con alguien que acababa de conocer.

Bret dejó caer las manos y se apoyó contra la puerta. Melissa se apoyó contra él. Recostó la cabeza contra su pecho, cerró los ojos y escuchó el latido acelerado de su corazón. No quería parar, pero sabía que debía hacerlo. Bret la agarró de los brazos y la apartó para poder verle la cara.

—¿Porqué?

Melissa bajó la vista al suelo y no dijo nada. La vergüenza enrojecía sus mejillas. No quería que pensara que le había excitado sólo para tomarle el pelo.

—Simplemente no puedo. Casi no nos conocemos. Nuestras vidas son demasiado diferentes...

No pudo decir más. ¿Cómo iba a decirle que tenía demasiado miedo de que volvieran a herirla? Ella proyectaba una imagen fuerte, no podía dejar que se derrumbara.

—Yo no te pido un compromiso de por vida —dijo él obviamente furioso. — Yo tampoco lo pido. Sin embargo, no soy alguien que se vaya a la cama así como así. Quiero que haya amor.

—¿Y tú me acusabas de ser romántico? ¿Y si no te enamoras nunca? — Entonces no haré jamás el amor —espetó ella.

No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Había dicho que no, ¿tenían que discutir el por qué?

—Ningún hombre esperaría que una mujer de tu edad llegara virgen a la noche de bodas —dijo él lentamente.

—¡Ah, estupendo! Bonito cuento. Ya no tengo que preocuparme por eso. Sobreestimas el sexo, pero no voy a acostarme contigo.

—No era ningún cuento —dijo él inclinándose hacia ella amenazadoramente—. ¿Y qué sabrás tú del sexo, chiquilla?

—¡Eso no es asunto tuyo, maldita sea! Pero ya he pasado por esto antes, los hombres utilizáis a las mujeres para vuestros propios fines. Tú me deseas y te he contestado que no. Te has encontrado con el paso cerrado y quieres despejar el camino. No me importa lo que pudieras esperar o no, no pienso acostarme contigo.

—Podría obligarte.

—¿Cómo? ¿Forzándome?

—No, jamás forzaría a una mujer.

Bret capturó sus labios. No la tocó en otra parte y Melissa supo que estaba desafiándola. Respondió involuntariamente, atrapada en la delicia de su beso, en los recuerdos de los sentimientos que él hacía aflorar y se acercó un poco más a Bret. Sin embargo, cuando sintió que sus labios sonreían triunfantes, volvió a la realidad con una brusca sacudida.

Se apartó de un empujón y lo miró consternada.

—¡No!

Le rodeó y se dirigió a la puerta preguntándose si aquel día iba a terminar así.
—¡Sólo pretendías excitarme! —le escupió él.

Melissa cerró de un portazo ofendida por lo que él le había dicho. No era verdad. Había sido sincera, le gustaba besarle, pero él iba demasiado deprisa y demasiado lejos para ella. ¿No podían haber avanzado un poco más despacio? Quizá habrían podido establecer una amistad, incluso algo más. Maldijo para sus adentros, no podía negar que se sentía muy atraída por él. La vida sería mucho más sencilla si nunca le hubiera conocido.

Por supuesto, Bret jamás había insinuado nada parecido a la amistad. Quizá las experiencias de su vida habían sido demasiado terribles para que tuviera en cuenta cualquier tipo de relación. Quería sexo con ella y nada más.

Y ella... no podía confiar en sí misma. Ya una vez había cometido un error al juzgar. Había creído estar enamorada pero no era verdad. No se atrevía a arriesgarse de nuevo. Se deprimía sólo con pensarlo.

Melissa estaba junto a la puerta del estudio, preguntándose cómo iba a volver a su alojamiento. No sabía si llamar a un taxi o esperar a que Bret se enfriara un poco. Captó un movimiento con el rabillo del ojo y miró hacia las escaleras. Había un niño sentado en el último escalón y apoyado en los barrotes de la barandilla.

—Hola —saludó ella sonriendo.
El niño tenía un aspecto demasiado solemne.

Melissa subió los escalones y se sentó a su lado, sabiendo que se trataba del hijo de Bret. Se parecía a su padre, el mismo pelo rubio y los mismos ojos azules. Era adorable.

—Soy Melissa.
—¿Cómo está usted? Me llamo Maximilian Terrel —dijo él dándole la mano.
Melissa tuvo que reprimir una sonrisa.
—Tu nombre es más grande que tú. ¿Puedo llamarte Max? ¡Ah! Y tutéame.
El niño lo consideró un momento y asintió con una sonrisa tímida.

—Claro, mi padre también me llama así. Esperaba verlo hoy —dijo

mirándola seriamente.

—¿Esperabas verlo? —repitió ella confusa.

—Sí. Casi siempre pasamos los fines de semana juntos, pero hoy tenía que hacer algo importante. Puede que no necesite todo el día. ¿Tú qué crees?

Ella era ese algo importante. Melissa empezó a sentirse culpable por haberle robado el tiempo de Bret. Debería haber pasado el día con su hijo, no tratando de conquistarla. Contempló al pequeño y recordó a su propio padre. Siempre se alegraba de verla cuando ella le buscaba. Se preguntaba si Bret también era así. Max miraba anhelante hacia la puerta del estudio.

—Ahora está solo, ¿por qué no vas a verlo?

—Greta me ha dicho que no le moleste.

—¿Quién es Greta?

—Mi niñera.

La puerta del estudio se abrió y Bret salió buscando a Melissa en el pasillo. Cuando la vio sentada junto a su hijo se detuvo con las manos en las caderas, completamente inmóvil, esperando mientras los miraba.

—¿Lo ves? —dijo ella en voz baja—. Ahí tienes a tu papá. Seguro que se alegra de verte. Vamos a bajar.

Melissa se levantó y le tendió la mano al niño. Max no se lo pensó y la aceptó sin titubeos. Bajaron lentamente los escalones. Melissa era muy consciente de la mirada de Bret.

—Ya veo que conoces a Max.

—Sí, estaba esperando para verte. Le he dicho que ahora estás libre y que te alegrarías de encontrarlo.

La expresión de Bret se endureció al tiempo que la ira llameaba en sus ojos.

—¿De modo que ahora me sermoneas sobre cómo tengo que tratar a mi hijo?

—No. Estoy convencida de que en esto tienes tanto éxito como en los negocios, pero Max estaba esperándote. No hay razón para que no pases el día con él, ¿verdad?

—No, sólo que había pensado pasar el día contigo.
Bret le miró los labios, aún hinchados por el beso.
Melissa sonrió tímidamente, olvidándose en parte de la tensión.

—Entonces me quedaré y así podrás estar con los dos. Puedes llevarme a mi alojamiento después de la cena.

—Anda, papá —dijo Max que había asistido a la conversación de los adultos en silencio.

—Muy bien, hijo —dijo Bret sonriendo—. Vamos a pasar el día con Melissa. ¿Te gusta la idea?

—Claro, será estupendo. Puedo enseñarle mis soldados.
Una gran sonrisa iluminaba la cara del niño.

—¡Qué bien! —dijo ella inclinándose para besarle en la mejilla—. De pequeña, me gustaba jugar con los soldados.

—Yo también quiero besos y abrazos —dijo Bret.

—Luego te daré unos cuantos, pero sólo besitos —dijo ella sin mirarlo a los ojos—

. Ahora tenemos que jugar con Max.

—¿Trata usted de mandar en mi casa, señorita Carmichael?

—No, señor Terrel. Si le das un beso a tu hijo, yo te daré uno a ti —dijo ella sin dejar de sonreír.

Se sentía mucho más valiente en presencia del niño, más segura. Bret tomó a Max en brazos y lo tiró hacia arriba para luego agarrarlo con soltura y estampar un beso en su mejilla. Se volvió para mirar a Melissa. La tomó con su brazo libre y la atrajo hacia sí para besarla en la mejilla.

—Eso por ahora —prometió él.
Melissa se estremeció de anticipación.

Capítulo 4

—Has comido ya? —preguntó Bret a Max.

—Sí, señor. Greta me dio de comer al mediodía.

El pequeño se encontraba encantado de estar con su padre y a Melissa le fascinaba el cambio que se había operado en Bret. Era evidente que disfrutaba con su hijo y el niño adoraba a su padre.

—Bien, pero la señorita Carmichael y yo todavía no. Iba a decirle a Marta que nos preparara algo.

—Me ha dicho que podía llamarla Melissa —dijo Max mirándola. —Claro que sí. ¿Por qué no vas al cuarto de juegos mientras nosotros comemos? Después iremos a jugar contigo o a leerte, o a lo que tú quieras —sugirió Melissa.

—¿De verdad, papá? —preguntó Max con los ojos brillantes.

—Si Melissa lo dice es que sí.

Bret la miró con otra clase de brillo en las pupilas.

Melissa tragó saliva con dificultad. No creía que le hubiera hecho gracia. ¿Tan diferentes eran los planes que tenía para ese día? ¿Habría pensado en pasarlo en la cama? Creía que lo había dejado lo suficientemente claro antes. Bret esperó a que su hijo subiera las escaleras para volverse hacia ella.

—No es lo que yo tenía pensado para hoy.

—Los niños necesitan que se les preste atención. Está acostumbrado a pasar los fines de semana contigo, no quiero ser la causa de que eso cambie —replicó ella sosteniéndole la mirada sin ceder un milímetro.

—Los niños grandes también la necesitan —repitió él mirándola a la boca. Melissa le mostró su buen humor echándole los brazos en torno al cuello y apretándose ligeramente contra él.

—Quizá podamos darnos los besos y los abrazos que quieres más tarde, pero deberíamos dedicar la tarde a tu hijo.

Bret la abrazó y la estrechó contra sí, besándola en la boca apasionada y brevemente.

—¡Te tomo la palabra!

—Pero sólo besos y abrazos, Bret —dijo ella muy seria.

—Ya lo has dejado claro antes —dijo él con un último abrazo—. Cuéntame lo que te pasó con ese otro hombre.

Melissa se puso pálida y se apartó de él.

—¿Qué quieres decir?

—En el estudio mencionaste que lo sabías todo sobre el sexo, dijiste que los hombres utilizamos a las mujeres. Debiste aprenderlo con la experiencia, ¿no? —No es asunto tuyo.

—Yo digo que sí. Cuéntamelo. Melissa miró al suelo sintiendo que se sonrojaba. Su lengua respondona no hacía otra cosa que meterla en problemas. No quería contárselo a Bret, ni siquiera deseaba volver a pensar en Brian.

—¿Melissa?

Bret le puso un dedo bajo la barbilla y le hizo alzar el rostro hasta que lo miró a los ojos. Algo en aquella mirada la impulsó a hablar.

—Creí estar enamorada, pero él sólo quería poner celosa a otra mujer. No pudo seguir ocultando su sufrimiento. Se sintió inundada de dolor y confusión al recordar la traición de lo que le era más querido.

—Yo no te ofrezco amor, pero jamás te mentaré. El placer que sientas será real y verdadero —susurró él mientras le acariciaba los labios con la yema del pulgar. Melissa negó lentamente con la cabeza. No podía hacerlo, por mucho que anhelara sus caricias, por mucho que anhelara el éxtasis que Bret podía proporcionarle. —Vamos a comer —dijo él, apartándose.

La comida fue sencilla pero sustanciosa, pero ella apenas le prestó atención. Estaba demasiado ocupada averiguando todo lo que podía sobre Bret Terrel.

Se encontraba relajado divirtiéndola con relatos sobre la historia de Salzburgo y el papel que había desempeñado la iglesia. Le habló de sus hermanas y sus familias, de su madre, y mencionó que su padre había muerto.

No dijo nada sobre su esposa.

Bret quería quedarse charlando después del café, pero ella le apremió a subir la escalera, consciente de que Max los esperaba y de lo interminable que podían ser las horas para un niño.

El cuarto de los juguetes era luminoso y alegre. Las grandes ventanas dominaban el bosque y dejaban pasar mucha luz. Por el número de juguetes, de libros y de juegos que vio en las estanterías, se dio cuenta de que Bret no le negaba nada a su hijo.

Max le enseñó todas sus posesiones. Le explicó orgulloso quién le había regalado cada uno de los juguetes y cuáles eran sus preferidos bajo la mirada complacida de su padre. Cuando acabaron el recorrido, Melissa le preguntó qué quería hacer y él sugirió un juego.

—No lo conozco, pero puedes enseñarme. ¿Tú sabes jugar, Bret? —preguntó ella decidida a enrollarle.

—Claro, yo lo jugaba de niño —se acercó a ellos con una expresión de buen humor—. Pero no creo que esas sillas soporten nuestro peso —añadió mirando los diminutos muebles.

—Bueno, jugaremos en el suelo entonces —dijo ella quitándose los zapatos—. ¿No os importa que juegue descalza? Si voy a tener que arrastrarme y sentarme en el suelo, prefiero estar cómoda.

—¿Puedo quitarme los zapatos yo también? —preguntó Max ilusionado. —Claro. Y tu papá también debería quitárselos —dijo Melissa.

En realidad, era un reto para ver lo que hacía Bret. En la oficina, era un hombre estrictamente correcto formal y dominante. Melissa se preguntaba si en casa era capaz de relajarse y divertirse sin complejos.

—No puedo ser el único que lleve zapatos —dijo él con una sonrisa.

Bret se sentó al estilo indio frente a Max y comenzó a distribuir las piezas sobre el tablero. Melissa se sentó a su izquierda, estiró una pierna hasta que

su pie tocó el muslo de Bret. Con expresión inocente, comenzó a acariciarle el muslo.

Bret la ignoró y se concentró en las piezas del juego, pero ella veía cómo apretaba los dientes. Sonriendo con tranquilidad, prestó atención al tablero. Sabía que estaba jugando con fuego, pero se sentía segura en compañía de Max. Y siempre le había gustado divertirse. Era muy divertido incitar a Bret.

Mientras Max explicaba las reglas, Bret le acarició con toda naturalidad el pie a través de los calcetines de algodón que llevaba. Melissa sintió el movimiento de su mano con todo su cuerpo y, de repente, se dio cuenta de que le costaba trabajo respirar. Era imposible concentrarse en lo que Max estaba diciendo, sólo podía dejarse llevar por aquellas caricias exquisitas y los extraños deseos y anhelos que suscitaban. Nunca había pensado que sus pies pudieran ser una zona erógena ni que las caricias de un hombre al que acababa de conocer pudieran despertar en ella aquellos apetitos. ¿Cómo se las arreglaba Bret para provocarla así estando delante de Max?

—¿Crees que ya entiendes el juego? —le preguntó Bret.

—Sí.

Melissa se preguntó si aquella voz sin resuello era la suya. ¿Y qué juego tenía que entender? ¿El que Max estaba explicando o el más picante al que Bret se refería? Ese lo entendía de sobra. Lo que no sabía era si sería capaz de jugarlo a su manera.

Max estaba en la gloria, ilusionado y contento de que los dos adultos jugaran con él. Su charla infantil durante la partida supuso un alivio para Melissa. Sólo faltaba que el padre se comportara para que el día fuera perfecto.

Siempre que lo miraba, él la estaba observando. Se estaba riendo de ella, pero en lo profundo de sus ojos ardía un deseo controlado. Era peligroso y excitante. —¡He ganado! ¡He ganado! —exclamó Max.

Aquella felicidad provocó la sonrisa de Melissa y se volvió para compartirla con Bret. Seguía mirándola, pero el buen humor había desaparecido de su cara, su expresión era abiertamente sexual y apasionada. Sí, Melissa estaba jugando con fuego.

—La tía Sally dice que soy muy bueno jugando. Ella también juega a esto con mis primas. Si tuviera una madre, jugaría conmigo —dijo Max mientras recogía las fichas.

Melissa lo miró preocupada ante el repentino cambio de humor. — Naturalmente.

Por primera vez se preguntó cómo se había tomado Max la muerte de su madre. ¿Cuánto hacía que había muerto? Ni siquiera sabía si aún la recordaba.

—Mi madre murió —continuó él melancólicamente, mirando a Melissa que le contemplaba con expresión compasiva—. Pero ella me quería —dijo en tono desafiante de cara a su padre.

—Estoy segura de que sí, eres un niño encantador —se apresuró a decir ella. Se había dado cuenta de que Bret tenía una expresión pétrea. Sus ojos sombríos evitaban a Max.

—La tía Sally dice que papá debería volver a casarse y tener más niños para que yo no estuviera solo. Tengo cuatro primas en casa de tía Sally. Me lo paso muy bien con ellas.

—Max... —comenzó Bret, pero Melissa le puso una mano sobre la rodilla para detenerle.

—Sé lo que quieres decir. Yo también fui hija única. Siempre soñaba con tener hermanos y hermanas, pero sólo estaba yo. Pero piensa que tienes primas, tienes una familia. Yo ni siquiera tenía primas.

—Prefiero tener una madre —dijo el niño muy serio, como si hiciera una declaración solemne—. Mis primas viven en Inglaterra y no pudo verlas mucho. Una madre viviría aquí, con papá y conmigo.

—Max, ahora que hemos acabado la partida, ¿por qué no le enseñas el jardín a Melissa?

Bret se puso en pie sin esfuerzo. Le ofreció la mano a Melissa, pero ya no

había en él nada del hombre sensual que había sido aquella tarde. Al contrario, irradiaba tensión y algo más que ella no pudo identificar.

—¿De verdad? Me encantaría verlo —dijo ella, calzándose también. Se preguntó por qué se habría molestado tanto Bret. Era lo más natural del mundo que un niño añorase una madre.

Max miraba titubeante a los dos adultos. Recogió el juego y lo guardó ordenadamente. Se daba cuenta de que algo andaba mal pero no sabía lo que era.

Melissa dedicó el resto de la tarde a tratar de demostrarle a Max lo bien que se lo pasaba con él. Se rieron inventando historias sobre las flores y las estatuas del jardín. Bret les acompañó, pero no participó en los disparates. Melissa trató de ignorar su presencia descorazonadora dedicando toda su atención al niño. Estaba agotada cuando Max sugirió que volvieran al cuarto de juegos.

Cenar con Max fue el colofón de aquel día. Mientras comía el último dulce, Melissa se preguntó si podía irse tranquila. La atmósfera había sido tensa desde que el niño había mentado a su madre. Estaba cansada y deseaba irse a su habitación para escapar de las corrientes negativas que había en la casa de los Terrel. Le deseó a Max buenas noches y Bret la acompañó abajo.

—Tendría que irme ya. ¿Llamo a un taxi? —dijo ella deteniéndose sobre el último escalón.

Le daba cierta ventaja. Allí estaba a la misma altura que él y podía mirarlo a los ojos sin levantar la vista. Bret se dio la vuelta, alzando una ceja sorprendido. —¿Y qué hay de los besos y los abrazos? —preguntó mientras se acercaba a ella. —Bret, la verdad es que después de tu actitud de «aparta, no me toques», creía que un encuentro romántico era lo último que te apetecía.

—Esto no tiene nada que ver con lo romántico. Se trata de sexo, puro y simple.

La tomó de la mano y la llevó al estudio. Melissa tuvo que esforzarse para no caer. La sujetaba con fuerza, sin darle oportunidad de escapar. Melissa empezó a tener miedo. Bret cerró de un portazo y la obligó a darse la vuelta.

—Hace mucho tiempo, me casé por amor. ¿Y qué conseguí? Un amor destruido, mi negocio arruinado y estar a punto de que me mataran. No creo en el amor y no volveré a arriesgarme. Nunca te he hablado de amor, ¿verdad?

Melissa hizo un gesto negativo con la cabeza, el corazón le latía violentamente. Bret estaba furioso y ella no sabía qué hacer para calmarle.

—¿Te dijo ese amiguito tuyo que te amaba?

Parpadeando para controlar unas lágrimas repentinas, Melissa asintió. Brian había jurado que la amaba y ella le había creído.

—Entonces ya sabrás que en este mundo no te puedes fiar de nadie. No confundas lujuria con amor.

Melissa, yo te deseo.

—No, no puedo —susurró ella.

Bret se apartó de ella y dio unos pasos por el gabinete. Se sentó en el borde de la mesa de despacho y se pasó las manos por los vaqueros, observándola con ojos sombríos.

—Cuando Louisa murió, juré que nunca más me comprometería emocionalmente con otra mujer. Casi arruina mi negocio y quiso matarme. Y todo por su egoísmo. —¿Qué pasó? —preguntó ella.

Tenía miedo de moverse, miedo de detener la avalancha de palabras amargas que parecía avecinarse. Tenía miedo de lo que podía pasar si él dejaba de hablar y la besaba. Bret la miró un momento, como si tuviera que decidirse. Al cabo, habló lentamente.

—Ella trabajaba en la empresa. Fue allí donde nos conocimos y nos enamoramos —dijo en un tono sarcástico y agrio—. Estábamos levantando el negocio y era una tarea monumental. Éramos jóvenes y pensábamos que podíamos conquistar el mundo. Pero las cosas no se movían lo bastante rápido para ella. Y tampoco le gustaba Austria. Volvió a Inglaterra y empezó a hablar de vender. En aquella época, éramos una pequeña firma manufacturera, nada comparable a lo que somos hoy. Yo me negué a vender o a fusionarme con otra compañía.

Bret tomó aliento y apretó los puños contra las piernas al recordarlo.

—Ella se puso de parte de unos alemanes que querían expandirse. Negoció un trato que estuvo a punto de acabar con la Austerling S.A., incluso llegó a gastar parte del dinero de sus socios alemanes, todo sin mi conocimiento. Descubrí su traición justo el último día previo al plazo para la firma de los acuerdos. Si no lo hubiera averiguado, ella habría vendido la mayoría de las acciones. Me apresuré a comunicar a los alemanes que Louisa carecía de autoridad en la compañía y me negué a firmar los acuerdos, pero tuve que reponer el dinero que ellos le habían adelantado.

Bret se levantó y caminó hasta la ventana, el sol se ponía detrás de la casa, las sombras se alargaban sobre la hierba.

—Louisa se gastó el dinero con su amante. Aquel día, volvíamos de la oficina discutiendo durante todo el camino. Me advirtió de lo que intentaba justo antes de que tomara el volante. El coche dio varias vueltas de campanas y se salió de la carretera. Cuando nos encontraron, ella estaba muerta.

Bret se llevó la mano a la cicatriz de la mejilla, la única huella visible que le había dejado el accidente.

Melissa estaba horrorizada. Se preguntó cuántas cicatrices llevaría Bret por dentro. Louisa debía haber sido una mujer terrible. No sabía qué decir. —No todas las mujeres somos así —dijo ella en voz baja al cabo de varios minutos.

—¿No? —se burló él—. Mi hermana Margaret se casó con un hombre rico sólo para salvarse de lo incierto de nuestra situación. No se anduvo con chiquitas para decirnos que se casaba por el dinero y por la seguridad económica.

—¿Y tu hermana Sally, esa tía Sally de la que Max habla tanto?

Bret se encogió de hombros pero se acercó a ella como una pantera que acechara a su presa. Le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos. Melissa sintió el peso de aquellas manos que le hacían sentir escalofríos de deseo.

—Lo que siento por ti no tiene nada que ver con el amor romántico y glorioso. Es pura y simple sexualidad. Eres una mujer bonita, sexy como una diablesa y me excitas. No hay nada más.

Melissa alzó los brazos y le tomó el rostro entre las manos sintiendo la fuerza ruda de su mandíbula, los lóbulos suaves de sus orejas. Sentía un afecto creciente por él y eso la inquietaba.

—Es más que simple lujuria.

—No. Aparte de hoy, que también estarás de acuerdo en que no ha sido el mejor de los días, sólo me habrás visto un total de siete u ocho horas. No trates de verlo todo a través de un velo romántico como hacéis las mujeres. Acepta lo que hay entre nosotros y disfruta o recházalo, pero no te engañes a ti misma.

Melissa sentía que se ahogaba en aquellos ojos azules, pero era incapaz de apartar la mirada. ¿Podía tener razón? Su única experiencia con el amor le había enseñado que su juicio no era infalible. ¿Había aprendido algo desde entonces? ¿De verdad era demasiado pronto, de verdad iba demasiado rápido? ¿No estaba convirtiendo en una fantasía romántica la atracción física que sentía hacia él?

Sin embargo, su madre se había casado con su ranchero sólo tres semanas después de haberlo conocido. No había necesitado mucho tiempo para saber que le amaba. Melissa abrió mucho los ojos. ¿Podía estar enamorada de Bret? Quizá no, pero se estaba enamorando rápidamente. Tampoco le serviría de mucho, él se lo había puesto bien claro. Bret no buscaba amor, no confiaba en las mujeres, sólo quería sexo con ella. No estaba dispuesta a dejar que eso la hiriera, no podía permitírselo.

—No me engañaré a mí misma ni a ti —dijo suavemente sin soltarle la cara—. Empiezo a tomarte cariño y no es bueno que tú no me correspondas. Me encantaría que nos acariciáramos y nos besáramos, pero eso nos llevaría a algo que no deseo hacer.

—Me has dicho que te estás reservando para el amor —dijo él apretándole los hombros—. Yo te he dicho que puedo hacer que cambies de opinión.

—¿Para qué? ¿Para descargar en mí la ira que sientes por Louisa? No soy tu esposa. No te he hecho daño ni te he traicionado. No me castigues por algo que hizo otra persona.

Bret se la quedó mirando un rato antes de responder.

—Tienes razón. Te llevaré a tu hotel.

Lentamente le quitó las manos de los hombros y le tomó las suyas para apartarlas de su cara.

—Vamos, antes de que me arrepienta.

Capítulo 5

El lunes por la mañana, Melissa llegó temprano a la oficina. Derek Millan y Gerry Toliver ya se encontraban en la sala de juntas cuando ella llegó. Discutían excitadamente.

—¡Melissa, hemos conseguido la fábrica Standford en Birmingham! — exclamó Gerry en cuanto la vio entrar.

—¡Genial!

Se apresuró a felicitar a su jefe, había trabajado duramente para lograr aquel acuerdo y finalmente rendía sus frutos. Gerry le dio un fuerte abrazo y en aquel momento, Melissa se encontró mirando a los ojos implacables de Bret. Supo que estaba malinterpretando la escena. Con amabilidad, se desembarazó de Gerry, pero Bret ya había desaparecido.

—Esto significa que tengo que volver a Inglaterra y que te quedas encargada de acabar todo aquí. Yo volveré para la firma definitiva —dijo Derek antes de empezar a trabajar.

—Ya casi hemos terminado. Los últimos cálculos y propuestas deberían estar acabados para la semana que viene. Entonces, sólo nos quedará esperar a ver lo que Terrel decide.

—No hay problema, podré manejarlo —dijo ella con más compostura en la voz de la que verdaderamente sentía.

Ni siquiera estaba segura de que Bret se aviniera a negociar con ella. Cuando Derek le explicó la situación fue evidente que el giro de los acontecimientos no le hacía muy feliz. Miró fríamente a Melissa y después a Derek, como si sopesara diversas opciones para discutir el arreglo que le estaba proponiendo.

—Quizá debiéramos esperar a que pueda concluir las negociaciones usted en persona, señor Millan. No hay prisa por llegar a un acuerdo. A mí no me importaría suspender la operación hasta que podamos contar con usted.

—Tampoco es necesario retrasarse. Melissa puede hacerse cargo de dirigir el equipo en mi ausencia. El trabajo preliminar casi está concluido. Presentaremos nuestra oferta definitiva en unas pocas semanas. Me gustaría proseguir con las negociaciones, ya que marchan tan bien. Y sólo estaré a una llamada de teléfono de distancia.

Derek sonrió. Estaba deseando volver a Inglaterra.

—¿Me necesita en este momento, señorita Carmichael? —preguntó Bret en un tono horriblemente formal.

—No, señor Terrel. Preguntaré por usted si le necesito —dijo ella en voz baja.

Le entristecía que su relación se convirtiera en algo tan encorchetado. Se preguntó a dónde habían ido los momentos de despreocupación que habían pasado en el cuarto de los niños, el gozo de montar a caballo a través del espectacular paisaje austriaco, los besos que habían compartido.

En varias ocasiones, Bret se pasó por la sala de juntas para discutir alguna cuestión con Karl Müller o Erich Meyer. Cada vez que la veía fruncía el ceño y se negaba a dirigirle la palabra. Melissa sabía que era mejor mantener las distancias, aunque le dolía que la ignorara.

De modo que se esforzó en corresponderle del mismo modo, tratándole de un modo exclusivamente formal cuando la ocasión lo requiriera y olvidándose del sábado maravilloso que habían pasado juntos. Sin embargo, que él estuviera tan cerca y a la vez tan lejos era un peso que llevaba en el corazón. Le habría gustado dar marcha atrás al reloj pero, ¿de qué hubiera servido? Bret había sido directo y sincero con ella al decirle que sólo le interesaba el sexo. No importaba lo que Melissa sintiera por él.

—Gerry, ¿has visto el informe de producción del año pasado? Lo tenía aquí ayer, había escrito muchas notas en los márgenes.

—No. Te lo habrás dejado en el otro despacho.

—Imposible, estuve haciendo las comprobaciones aquí —dijo Melissa frunciendo el ceño.

Sobre la mesa de la sala había muchos documentos ordenados por grupos, pero ninguno era el que ella buscaba. Gerry alzó la cabeza y dejó su bolígrafo

con gesto exagerado.

—¿No es la cuarta vez que desaparece algo de suma importancia?

Melissa asintió. Los informes desaparecían. Desperdiciaban mucho tiempo valioso buscándolos o reelaborándolos. Dos veces había tenido que pedir a Inglaterra que le mandaran duplicados, lo que retrasaba las negociaciones un día más.

Se preguntó si no habría alguien interesado en sabotear sus esfuerzos. El daño era solapado, nada evidente, pero resultaba igualmente frustrante y retrasaba la propuesta definitiva. Tenía el borrador de lo que querían ofrecerle a Bret, sin embargo necesitaban pulir las cifras y los términos finales. El acuerdo saldría adelante. ¿Qué ganaban con retrasarlo?

—Yo creo que alguien cambia algunas de las recomendaciones que hacemos antes de que lleguen a Terrel —intervino Joe—. No puedo probarlo, pero lo sospecho por algo que le oí decir ayer a Erich.

—Estupendo. Quizá sea mejor que aclaremos las cosas con nuestros colegas austriacos.

Decidida a airear todo el asunto, Melissa discutió cada uno de los incidentes con su equipo. Cuando se reunió con Karl y Erich para repasar la lista de lo ocurrido, se sorprendió y se enfadó al ver que ellos la menoscababan y le quitaban importancia a sus averiguaciones.

—Estas cosas llevan su tiempo, *fräulin*. Quizá si tuvieras los mismos años de experiencia que yo te darías cuenta. No podemos apresurarnos. En tu ansia por lograr el éxito, ves problemas donde no los hay —dijo Karl en tono paternal.

—No estoy viendo visiones. Es muy raro que todos esos informes y borradores hayan desaparecido y no aparezcan por ninguna parte —dijo ella.

—Lo más seguro es que hayan ido a parar a la basura por accidente —sugirió Erich, tratando de mantener la paz.

—Entonces sugiero que cambiéis de servicio de limpieza —replicó ella frustrada. Se levantó de la mesa y fue directamente al despacho de Bret. Ya

era hora de que se enterara de lo que estaba sucediendo.

—Adelante —dijo él cuando llamó a la puerta.

Melissa la abrió sabiendo que no estaría contento de verla. La había evitado desde el fin de semana. Ella, en cambio, anhelaba verlo aunque se mostrara distante. Ahora tenía un motivo legítimo.

—¿Melissa? ¿Qué pasa?

Bret se levantó y esperó a que ella cerrara la puerta y se sentara.

—Respóndeme a una pregunta, Bret. ¿De verdad deseas concluir este acuerdo con Industrias Larbard?

—Por supuesto —contestó él frunciendo el ceño—. ¿A qué viene esta pregunta ahora?

—Pues hay alguien que no lo desea.

—¿De qué estás hablando?

Bret tiró el bolígrafo sobre la mesa y se inclinó hacia ella con los párpados entornados.

—Estoy hablando de informes, de borradores sobre los términos del acuerdo, de notas, todo ha desaparecido. Ha estado sucediendo desde el primer día, pero ahora es peor. No perdemos los informes, pero cuando he intentado discutirlo con tus asesores le han echado la culpa al personal de limpieza. Creo que hay alguien en la Austerling que quiere retrasar las cosas, puede que hasta quiera impedir las negociaciones.

—¿Por qué demonios piensas eso? Yo dirijo esta firma y soy yo el que quiere el acuerdo. El resto del personal se pliega a mis decisiones. Karl me ha dicho que no estás cualificada para llevar a cabo este trabajo. ¿Estás tratando de crear problemas?

Melissa no podía creer lo que estaba oyendo. Bret no confiaba en ella, pero acusarla de crear dificultades premeditadamente para cubrirse las espaldas era algo muy distinto. Se puso en pie furiosa, plantó las manos sobre la mesa y se inclinó sobre ella. Sus ojos chispeaban de ira.

—Deja que te diga una cosa, Bret Terrel, yo no causo problemas a menos que me vea obligada, pero no soporto malgastar deliberadamente mi tiempo y el del equipo de mi empresa. Si no deseas llegar a un acuerdo que beneficie a nuestras dos compañías, dilo ahora. De otro modo, tomaré medidas para asegurarme de que nada vuelve a desaparecer. Y te aseguro que no serán del agrado de tus orgullosos asesores.

—¿Como cuáles?

Bret se recostó contra el respaldo, los ojos alerta, el cuerpo preparado, como si refrenara su reserva de energía para dejarla estallar en cualquier momento.

—Como firmar un recibo por cada trocito de papel que se estudie y volver a firmar cuando se nos devuelva. Si echamos en falta algo, sabremos a quién atribuírselo. Y también empezaremos con reuniones diarias para saber exactamente cuáles son nuestras posturas para que todo el mundo oiga la misma historia al mismo tiempo.

Le era más difícil de lo que había pensado expresar sus sospechas. Bret no se mostraba receptivo. Se preguntó si sería un motivo personal, si reaccionaría de la misma manera si fuera Millan quien protestara.

—Hablaré con mis asesores. No me amenes, Melissa.

—No amenazo a nadie, pero cumpliré con mi trabajo lo mejor que pueda. Le debo lealtad a mi empresa.

—¿Y qué ganas tú con este acuerdo? —preguntó él con una voz de terciopelo. —La satisfacción de un trabajo bien hecho —dijo ella irguiéndose y yendo hacia la puerta—. Espero que cese la desaparición de documentos.

Tenía ganas de dar un portazo, pero sabía que sólo serviría para que él supiera que le había hecho perder el control. Trabajaba para las Industrias Larbard por un salario, no tenía nada que ganar o perder con el acuerdo, excepto el orgullo de haber cumplido con su obligación.

Melissa fue la última de su equipo en marcharse aquella tarde. Recogió su portafolios y echó un último vistazo a la sala de juntas. Había comprobado todos los documentos que había sobre la mesa. Estaban apilados en el centro, no había manera de que el personal de la limpieza los tirara a la basura por error. Si al día siguiente faltaba alguno, tendría la prueba de que alguien los

estaba escamoteando intencionadamente.

Cruzaba el vestíbulo de mármol cuando un guardia de seguridad se acercó a ella. —Disculpe, *¿Fräulein Carmichael?*

—Sí —contestó ella en alemán, curiosa por saber cómo sabía su nombre.

—*Herr Terrel* ha pedido que le espere usted aquí. Ha dicho que ya bajaba.

El guardia la acompañó a un lado del vestíbulo. Estaba cansada y no quería más enfrentamientos con Bret. Había planeado pasarse una hora en un baño caliente e irse temprano a la cama.

Bret salió del ascensor, paseó la mirada por el vestíbulo y se dirigió hacia ella. Tenía una expresión airada y la miraba fijamente a los ojos. Melissa no podía entender aquel estado de ánimo y se levantó preguntándose qué andaba mal.

—¿Puedo ver el interior de tu portafolios? —preguntó él en cuanto llegó a su lado. —¿Qué?

Melissa era consciente de que el guardia esperaba alerta a sus espaldas. ¿Qué pasaba? ¿Por qué quería registrarle el portafolios?

—Creo que puedo aclarar el misterio de los informes perdidos —dijo él con voz helada.

Melissa sintió que la invadía una oleada de temor.

—Bret, ¿estás sugiriendo que soy yo la responsable?

—Si pudiera revisar el contenido del portafolios, quizá lo averiguaríamos, ¿no? —Bien. Registra todo lo que quieras —dijo ella abriéndolo de un tirón.

Bret tomó la primera carpeta, una de las últimas adquisiciones de Industrias Larbard que Melissa había llevado de Inglaterra y todavía no había necesitado. Dentro había otras tres carpetas con la palabra «CONFIDENCIAL», bien visible impresa en ellas.

Sintió que se desmayaba. Aquellas no eran sus carpetas, sino de la Austerling. Melissa miró a Bret y el corazón se le cayó a los pies. ¿De verdad creía que había sido ella quien había tomado los informes?

—Bret, no sé cómo... —¡Cállate!

Bret cerró el portafolios y se lo quitó de las manos al mismo tiempo que la agarraba del brazo.

—Ven conmigo. Es todo, Konrad. Gracias por detenerla.

Bret la condujo al aparcamiento.

—Escúchame, por favor. Yo no he tomado esos informes y no sé cómo han llegado a mi portafolios.

Melissa proclamó su inocencia durante todo el camino hasta su coche, pero Bret no le hizo el menor caso. Ella podía sentir su furia por la fuerza con que la sujetaba, por la expresión de su rostro, por el esfuerzo que hacía para controlarse.

La metió de un empujón en el coche y cerró la puerta. Subió al asiento del conductor, arrancó y se dirigió hacia su casa a toda velocidad.

—¿Bret?

—No me hables ahora. Discutiremos la situación cuando lleguemos a mi casa, por el bien de las negociaciones. Si nadie más se entera de esto, todavía podemos salvar el acuerdo.

Melissa guardó silencio mientras consideraba y desechaba ideas sobre cómo habían podido ir a parar a su cartera las carpetas. ¿Habría sido un simple caso de confusión? ¿Algún empleado de la Austerling con un portafolios similar que quisiera llevárselas a casa para estudiarlas? Y hacía varios días que ella no había metido nada en la cartera. Las carpetas eran rojas y llamativas, se hubiera dado cuenta. La única explicación era que alguien las había puesto allí a propósito. ¿Pero quién? ¿Y por qué? ¿Para desacreditarla? ¿Para paralizar las negociaciones? Era una pesadilla de la que no podía despertarse.

—Bret...

—Cuando lleguemos a casa.

Estaba furioso. Tenía los nudillos blancos de la fuerza con que agarraba el volante. Un músculo de su mejilla palpitaba mientras él trataba de dominar la ira que amenazaba con explotar.

Melissa no dejaba de pensar en quién podía haber hecho aquello. ¿Cómo podía Bret pensar, si quiera por un momento, que ella era capaz de robar información confidencial? Ya sabía la desconfianza que sentía hacia las mujeres por causa de su esposa, pero le costaba trabajo admitir que pudiera creer que ella era capaz de algo tan poco ético.

El sol se ponía detrás de la casa cuando llegaron. Bret tenía que escucharla. Quizá entre los dos pudieran averiguar quién estaba sabotando las negociaciones.

Bret abrió la puerta del coche y tomó el portafolios. Abrió la de Melissa y le hizo un gesto de que fuera a la casa. Con la cabeza bien alta, Melissa fue a la puerta. Tenía la impresión de caminar hacia su propia ejecución. ¿Por qué siempre se sentía así con Bret?

En el gabinete, Bret cerró con llave y se la guardó en el bolsillo.
—Bret, yo no he tomado esos informes —dijo ella atemorizada.

Bret era un hombre corpulento y ella no acertaba a imaginar qué clase de castigo pensaba emplear contra ella por sus supuestas transgresiones. ¿El castigo físico? Bret abrió el portafolios sobre la mesa, ojeó los informes y le lanzó una mirada acusadora.

—Señorita Carmichael, estos informes no tienen nada que ver con el acuerdo entre nuestras compañías. Dos de ellos conciernen al intento fallido de un consorcio alemán de hacerse con el control de mi empresa y el acuerdo al que llegué con ellos. Tú ni siquiera lo sabías hasta que yo te lo dije como un verdadero imbécil la semana pasada.

—Ni los he tomado ni los había visto antes. ¿Por qué habría de interesarme algo que sucedió hace tiempo?

—No te hagas la inocente. Los términos de este acuerdo pueden cambiar la propuesta final de Larbard. Podías tratar de arrancarme más concesiones, ya que las tuve que hacer con otra compañía. Pero el tercer informe es mucho más importante.

Contiene los resultados de los diseños experimentales que estamos poniendo

a prueba en nuestras instalaciones de Innsbruck. Algo crucial si Larbard llegara a intentar incluirlo en el acuerdo. Una parte de mi empresa que quiero mantener separada de Larbard.

—Bret, he ido a verte esta misma mañana para denunciar lo que estaba

sucediendo con los informes, para decirte que no estaba segura de que los datos que te están llegando sean los correctos.

—Muy astuta, avisarme de un problema que nadie más ha mencionado para que, en el caso de que echara algo en falta, buscara en otra parte.

—¡No!

—Excepto que sé algo de cómo trabajáis las mujeres en los negocios, de lo solapadas y traicioneras que sois.

—Te equivocas.

Melissa se dejó caer en la silla frente al escritorio. Bret hacía oídos sordos a su inocencia. Había tomado una decisión y nada de lo que ella dijera podía cambiarla. Se sintió acusada, juzgada y condenada por lo que Louisa había hecho hacía tantos años.

—Podría llamar a la policía, seguro que les interesa atrapar a una ladrona —dijo él con ira y amargura.

—¡No! ¡Yo no los he tomado! ¿Por qué iba a interesarle a la policía? Sólo son unas hojas de papel.

—Estamos hablando de una información confidencial que puede ser muy valiosa. Su venta a la competencia reportaría varios miles de dólares. Creo que eso bastaría para presentar una acusación por robo.

—¡No he tomado esos informes! —dijo ella dando un puñetazo sobre el escritorio. —Quizá sólo deba llamar a Millan y contarle que el trato entre nuestras empresas queda roto —dijo él ignorándola—. Y, claro, también tendré que explicarle el por qué. —No, hemos trabajado muy duro para conseguirlo. No lo echés a perder. Por favor, escúchame.

—Muy bien. Explícate.

—No puedo, «no lo sé». Pero alguien ha puesto esos informes en mi cartera.

—¿Quién?

—Tampoco lo sé. ¿Quién tenía acceso a ellos?

—Se guardan en los archivos centrales, el mismo que tú y tu equipo habéis usado desde el primer día. Los archivos confidenciales han de estar cerrados. Es obvio que algo ha pasado y tú te has aprovechado de una oportunidad inesperada.

—No es verdad.

—Disculpa, eras tú la que se estaba explicando.

Melissa estuvo a punto de odiarle por aquel sarcasmo. No le estaba dando una verdadera oportunidad de defenderse. La había sentenciado de antemano. ¿Cómo podía haber pensado que estaba enamorándose de un hombre así? Sí, era muy atractivo, pero tenía una mente retorcida y amargada, secuela de su matrimonio.

—Creo que viste una oportunidad de sacar mayor provecho del acuerdo entre nuestras dos empresas y volver a casa como una especie de heroína, habiendo superado al propio Millan. Necesitabas toda la información que pudieras conseguir para tenerme pillado y sabías dónde buscarla después de nuestra charla del fin de semana. No sé cómo pudo estar abierto el archivo, pero es obvio que no desaprovechaste la ocasión. Por eso hiciste la comedia de esta mañana, para que nunca pensara que tú eras la que estaba causando todos los problemas.

Melissa apretó los labios y lo miró furibunda. A menos que ella misma averiguara quién y por qué había robado los informes para inculparla, Bret no la escucharía. Debía tratarse de la misma persona que estaba haciendo desaparecer los informes de su acuerdo, ¿pero quién? Se atrevía a jurar que no era nadie de su equipo. Entonces, ¿quién del grupo de Bret estaba interesado en que el acuerdo se malograra? Quizá, incluso había tenido éxito.

—Bret, ¿quién te ha dicho que tenía los informes en mi cartera? Esa es la persona que los ha puesto allí.

Bret sacó un papel del bolsillo de la chaqueta y lo tiró sobre la mesa.

—He encontrado esta nota en mi despacho cuando he vuelto esta tarde. Es un informe de Erich Meyer dando parte de los documentos que habían desaparecido, tal como tú habías dicho. Sólo que él sugiere que es el equipo inglés el que los estaba tomando sistemáticamente. Un equipo inglés bajo la

dirección de *fräulein* Carmichael. Erich no sabía nada del acuerdo con el consorcio alemán. Entró a trabajar para mí después de su conclusión. No tiene motivos para haber puesto los informes en tu portafolios.

Melissa volvió a la mesa y estudió el memorándum. Abatida, volvió a dejarlo. —Yo no sugería nada parecido.

—Eso es lo que tú dices.

—No miento, si es lo que insinúas —dijo ella apasionadamente. —¿Dejamos que lo decida la policía? ¿O quizá prefieres que sea tu jefe? —Haz lo que te dé la gana, maldita sea.

Melissa pensó que tenía que llamar a la embajada en cuanto pudiera conseguir un teléfono. Era inocente y sería mejor que la escucharan e hicieran algo para convencer a aquel cabezota de que ella no había tomado sus preciosos informes.

—Hay una tercera alternativa —dijo él desde la silla, mirándola con ojos inexpresivos.

—¿Cuál?

Melissa preguntaba por preguntar. Estaba pensando cuándo habrían tenido ocasión de acceder a su portafolios. En realidad, tampoco lo guardaba bajo llave. Había salido de la sala de juntas varias veces a lo largo del día.

—Puedes casarte conmigo.

El mundo empezó a dar vueltas antes de volver a calmarse. Melissa lo miraba atónita. Se dejó caer en la silla, mirándolo sin poder creer las palabras que acababa de oír.

Por un momento, su corazón rebotó de felicidad, pero se preguntó si no sería una manera retorcida de declararse. Llevarla hasta allí acusada de robo para luego pedirle matrimonio. ¿Estaba Bret enamorándose de ella?

Un vistazo a su rostro le bastó para saber que ese no era el caso. Su cara no era la de un hombre enamorado. Parecía furioso, vigilante, desconfiado. Melissa estaba perpleja.

—¿Por qué propones una cosa así?

—Sólo se trata de una medida temporal, te lo aseguro. Me proporcionaría el tiempo que necesito para completar el acuerdo con Larbard sin revelar a nadie las circunstancias referentes al robo de los informes y para asegurarme de que tú no sacas nada del acuerdo. Al convertirte en mi esposa, tendrías que dejar Industrias Larbard. Eso te deja fuera de las negociaciones y pone fin a cualquier sabotaje que hayas planeado.

Melissa lo miró en silencio, incapaz de abrir la boca por temor a gritarle. — También evitaría que te interrogue la policía.

—¡Yo no he robado los malditos informes!

Bret se encogió de hombros.

—Lo que tú digas. La evidencia demuestra lo contrario. Tienes una alternativa, que es más de lo que debería ofrecerte. Puedo llamar a Millan y hacer que te despidan, llamar a la policía con la posibilidad de que te encarcelen y puedes casarte conmigo.

—¿Has dicho que sería algo temporal?

—Sí. Hasta que el acuerdo esté ultimado y todos los documentos firmados.

—No merece la pena, Bret. Todo habrá terminado dentro de unas pocas semanas. —No, creo que llevará más tiempo. Si no, mejor para ti.

—¿Por qué haces esto?

—Eso no debe preocuparte. Sólo necesito un sí o un no para mi... oferta.

Ni siquiera se molestaba en fingir que era una declaración. Melissa suspiró. Era una verdadera pesadilla.

—¿Y bien?

—¿Anularemos el matrimonio cuando el acuerdo esté firmado?

Necesitaba tiempo para pensar. Quizá pudiera conseguir una baja. —Cuando el acuerdo esté sellado, sí.

Melissa se fijó en su porte firme, en la mirada fría y furiosa de sus ojos azules, en la línea fuerte y tozuda de su mandíbula, en el dorado de su pelo. Volvió a recordarle a un antiguo guerrero escandinavo, acostumbrado a la conquista y a la victoria.

—¿Puedo darte mi decisión mañana? —pregunto ella.
Bret dejó escapar el aliento, como si lo hubiera estado conteniendo. —
Mañana por la mañana.

Melissa se levantó y contempló la puerta cerrada con llave. Se preguntó si lograría sobrevivir.

—¿Me llevas a Salzburgo o llamo a un taxi?

—¡Ah, no, Melissa! No tienes manera de escapar de esta situación. Puedes pasar aquí la noche. Si necesitas algo, estoy seguro de que Marta podrá encontrártelo. Si decides no aceptar la tercera alternativa, te quedarás aquí hasta que venga la policía.

Capítulo 6

Cuando la puerta del dormitorio se cerró a sus espaldas, Melissa se quitó los zapatos. Se sentó en la cama. No podía creer que le estuviera pasando aquello. ¿Cómo podía Bret pensar que ella era capaz de robarle documentos importantes? ¿Cómo podía creer que ella era capaz de robar?

Aún estaba perpleja cuando Marta llamó a la puerta unos minutos después. Le llevaba en una bandeja sopa, carne fría y un pastel ligero. Un gran pote de té humeaba agradablemente.

—Le he traído un poco de cena —dijo Marta con una sonrisa afable—. Y tengo un camisón para usted *Herr* Terrel me ha avisado de que ha tenido que quedarse inesperadamente.

Marta sacó un camisón blanco encantador de uno de los cajones de la cómoda. —Esa es la puerta del baño. La despertaré a las siete de la mañana. ¿Necesita algo más?

—No, gracias por la cena.

El aroma de la sopa era tentador y Melissa no tardó en sentarse a la mesa y comerse todo lo que Marta había llevado. Volvió a repasar todos los acontecimientos del día con la esperanza de descubrir quién había podido meter los informes en su cartera. Uno de los problemas era que no la había cerrado, cualquiera había podido tener acceso. Otra cosa era que alguien lo hubiera visto. Tal vez Gerry o Joe, tendría que preguntárselo por la mañana.

La frustración y la rabia crecían en su interior, con la suerte que tenía últimamente estaba segura de que el responsable de todo aquello se habría asegurado de que nadie lo viera. Sin embargo, tenía que haber una manera de desenmascararle.

Bret no podía mantenerla prisionera. Se levantó y fue a la puerta, estaba abierta. Echó una ojeada al pasillo y vio que estaba vacío. Salió de la habitación lentamente, atenta al menor ruido. ¿Se habría marchado Bret? ¿Tenía vía libre?

Melissa se acercó de puntillas a las escaleras y miró al vestíbulo. No había nadie, pero la puerta del gabinete estaba abierta y había luz allí. Bret la vería si intentaba marcharse. Llena de indecisión, se mordió el labio y volvió al dormitorio diciéndose que lo intentaría más tarde, cuando todos estuvieran durmiendo.

Resignada a pasar la tarde en aquella casa, Melissa aceptó lo inevitable. Un baño caliente la relajaría y le ayudaría a pasar el tiempo.

Mientras se relajaba, consideró la oferta de Bret. Se preguntó, no sin emoción, cómo sería estar casada con él, verlo cada día y cada noche. Al final, tendría que admitir que ella no había robado los documentos y acabaría enamorándose. Verían crecer a Max mientras tenían otros hijos.

El pulso se le aceleró. Las alternativas eran volver deshonrada a Inglaterra o, peor aun, enfrentarse a una pena de cárcel en Austria. Ninguna era muy atractiva, Sin embargo, ¿cómo podía casarse con un hombre que no la quería?

Cuando el agua se enfrió, Melissa salió de la bañera y se puso el camisón. Se tumbó en la cama para dejar pasar el tiempo. La habitación estaba a oscuras, sólo la luz débil de las estrellas entraba por las altas ventanas. Se sentó de pronto. ¿Qué la había despertado? Buscó el reloj que había dejado sobre la mesita, eran más de las dos. ¿Cómo podía haberse quedado dormida?

Se levantó y pegó el oído a la puerta. No oyó nada, solo la sangre de sus propias venas. Se vistió rápidamente. Con los zapatos en la mano, abrió la puerta y salió al pasillo. La oscuridad era densa. No se atrevió a encender la luz.

Tanteando su camino, anduvo lentamente hasta encontrar las escaleras. Bajó despacio, manteniéndose tan cerca de la barandilla como podía. Si las maderas crujían, no quería averiguarlo aquella noche. Sintió el frío del suelo de baldosas bajo sus pies, estaba en el vestíbulo. La puerta debía estar delante de ella. Se esforzó para ver en la negrura.

Cuando la encontró, se detuvo el tiempo suficiente como para calzarse. Después, tanteó con manos torpes aquellas cerraduras desconocidas. El chasquido del pasador sonó como un tiro en mitad de la noche. Se quedó

inmóvil, con el oído alerta por si alguien se había despertado. No oyó nada, excepto los latidos de su corazón. Empezó a tantear la otra cerradura.

Necesitaba una llave. Empujó la puerta pero no se abrió. ¡Maldición! Tendría que salir por una ventana.

Cruzó el vestíbulo y llegó a la puerta del gabinete. Entró, cerró tras de sí, y buscó una luz. Parpadeó como un búho al encenderla, después de haber pasado tanto tiempo en la oscuridad. Sus ojos se posaron sobre la mesa del despacho, el teléfono estaba allí. Se le ocurrió una idea. Se sentó en el sillón de Bret y acercó el teléfono. Podía llamar a su madre. En Wyoming todavía sería muy temprano.

Cuando la operadora le pasó la conexión, Melissa se sintió mejor sólo con oír la voz de su madre.

—¡Hola, mamá! —dijo tratando de reprimir el impulso de echarse a llorar. —
¿Qué te pasa, cariño?

—Estoy metida en un pequeño problema. No sé qué hacer.

—¿Quieres venir a visitarnos y así podremos hablar?

Melissa rió suavemente.

—Me temo que no será posible. Tengo hasta mañana para decidirme. ¡Ay, mamá! Estoy hecha un lío.

Bret me ha pedido que me case con él. Bueno, no del todo.

En el fondo, Melissa deseaba que su oferta hubiera sido una declaración de amor y no una alternativa a la cárcel.

—¿Por el amor de Dios, Melissa! ¿Quién es Bret? No sabía que salieras con alguien. ¿Así, de repente? ¿Y qué quieres decir con eso de que no del todo? Melissa oyó que hablaba con otra persona, debía ser Jason.

—Mira quién vino a hablar de bodas repentinas, mamá. Te casaste con tu marido a las tres semanas de conocerlo.

—Háblame de ese Bret.

—Es inglés, pero vive en Austria. Está viudo y tiene un hijo. ¡Ah! Y cree que he robado de su empresa unos documentos muy importantes.

Parpadeó para no llorar, no debía ceder. ¡Bret estaba equivocado! —Si no me caso con él, llamaré a la policía.

—¡Dios mío!

—Me ha dado de plazo hasta mañana para decidirme. Yo no he robado esos documentos, mamá.

—No tienes que decírmelo, cariño. ¿Quieres a ese hombre, Melissa? Cerró los ojos y lo vio ante sí con su mirada azul, sonriéndole, como había hecho un par de veces desde que lo conocía.

—Creo que sí.

—¿Y él? ¿Te quiere?

—Creo que no.

—¿Todo esto es por lo que te ocurrió con Brian?

—No, mamá. Es diferente.

En aquel momento se dio cuenta de lo distintos que eran sus sentimientos por aquellos dos hombres. Bret era directo y sincero. No la amaba, sólo la deseaba. No intentaba jugar con ella. Al otro lado del teléfono hubo más conversación y Melissa esperó a que su madre y Jason terminaran.

—¿Melissa? —dijo Jason.

—Hola.

—Tu madre me dice que ese tal Bret te ha dado un ultimátum para casarte con él y que debes tener la respuesta mañana, ¿no?

—Exactamente.

—¿O si no...?

—Me acusa de haber robado unos documentos de su oficina. Amenaza con llamar a la policía o, como mínimo, hacer que me despidan y me manden a casa bajo sospecha de robo.

—¿Tú le quieres?

—Sí.

Cada vez que lo decía se sentía más segura de su amor por él.

—Cásate con él. Ningún hombre se casaría con una mujer que no quiere, sobre todo si encima tiene motivos para no hacerlo. A mí me parece que trata

de protegerte —dijo Jason en tono de suficiencia.

—Está muy furioso.

—Eso no hace sino darme la razón. ¿Tenemos tiempo de llegar allí para la boda? —Lo dudo. Ya os avisaré. Gracias, Jason.

—Se pone tu madre.

—¿Te encuentras bien, cariño?

La preocupación de su madre era evidente a través de la línea. Melissa cerró los ojos para imaginar que la tenía a su lado.

—Sí, gracias, mamá. Volveré a llamar para contaros cómo van las cosas.

Cuando su madre colgó, Melissa se quedó mirando al aire lo que le parecieron horas sin quitar la mano del teléfono. Bret había dicho que el matrimonio sería temporal, hasta que estuviera firmado el acuerdo. Contaba con varias semanas antes de la anulación y se preguntó si sería tiempo suficiente para averiguar si era amor de verdad. ¿Podría lograr que la quisiera? Si no, se separarían sin hacerse daño. Sin embargo, no estaba tan segura de poder soportarlo.

—¿Qué? ¿Llamando a un taxi?

La voz de Bret surgió de la oscuridad, sobresaltándola. Melissa lo buscó con la mirada y lo vio cuando entró en el estudio. Llevaba un albornoz corto, sus piernas musculosas asomaban por debajo. Tenía el pelo revuelto y Melissa sintió el impulso de acariciárselo.

—Ya veo que te has vuelto a vestir —dijo él sin dejar de bloquearle el paso. Melissa alzó una ceja interrogante.

—Hace un rato pasé a verte, estabas dormida y llevabas el camisón de mi hermana. ¿Has llamado a un taxi?

—No, he llamado a mi madre.

—¿Por qué la has llamado? —preguntó él, sorprendido.

—Para decirle que voy a casarme —dijo ella, observando cuidadosamente la reacción de Bret.

No la decepcionó. Bret dio un paso atrás como si le hubieran golpeado, sus ojos se encendieron de repente con una luz nueva. La sujetó por los hombros, la atrajo hacia sí e inclinó la cabeza para mirarla muy de cerca a los ojos con los párpados entornados.

—¿Estás diciéndome la verdad?

—Siempre digo la verdad, Bret —dijo ella enfáticamente.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Ha preguntado si les daba tiempo a llegar para la boda. Le he dicho que probablemente no. No se me ha ocurrido advertirle que no merecía la pena hacer el viaje para un matrimonio temporal —dijo ella, retándole a negarlo.

Bret la miró a los ojos buscando algo que ella no estaba segura de poseer. Sin embargo, le hizo frente con la esperanza de que lo que sentía por él no fuera demasiado obvio. No quería que se burlara de ella. Se sentía demasiado vulnerable, sobre todo porque Bret no parecía estar enamorado de ella lo más mínimo, por mucho que Jason hubiera dicho.

Pero Jason era un hombre. Entendía la manera de pensar masculina mucho mejor que ella. Al menos, Melissa tenía esa esperanza.

—Has hecho bien. Estaremos casados pasado mañana.

—¿Tan pronto?

Ahora era Melissa la sorprendida. Había confiado en que esperarían algunos días. —Si puedo arreglarlo. Mandaré a por tus cosas.

—Soy perfectamente capaz de...

—No, por ahora te quedarás aquí.

La expresión de Bret se hizo más remota, sus manos le apretaban suavemente los hombros. Melissa se acercó un poco más e inclinó la cabeza. Buscó alguna señal que le diera confianza en que todo iba a salir bien. No estaba segura de hacer lo correcto con aquel matrimonio. Además, todavía tenía que averiguar quién había puesto los informes en su portafolios.

—Buenas noches —dijo él.

Bret apartó las manos de ella y se dio la vuelta. Antes de irse, dejó encendida la luz del vestíbulo.

Con un suspiro, Melissa volvió a su habitación. Un beso no le hubiera hecho daño y sí le habría dado mucha más confianza. Quizá fuera un error, pero era mejor que nada.

Marta la despertó a las siete con la bandeja del desayuno que dejó sobre la mesa junto a la ventana. El día prometía ser soleado y hermoso. Melissa sonrió satisfecha. Cuando se aseo y desayunó, salió de la habitación. No creía que Bret quisiera tenerla prisionera en la casa hasta el día de la boda.

Bajó la escalera y vio la puerta del gabinete cerrada, pero oyó un murmullo de voces al otro lado. La puerta principal no estaba cerrada y salió. El sol caldeaba el aire y podía ver a lo lejos las torres de la ciudad vieja.

Fue al jardín y le parecía que había transcurrido toda una vida desde el sábado. Tendría que ver a Max. Se preguntó si se sentiría contento de tenerla como madre. Se detuvo de pronto. Si el matrimonio sólo iba a ser un acuerdo temporal, ¿no alentarían las esperanzas del chico para luego dejarle peor que al principio? Se preguntó si Bret había tenido en cuenta aquella cuestión.

—¡Melissa!

Oyó que la llamaba y regresó desanimada a la casa. La noche anterior la decisión que había tomado le había parecido correcta. A la luz del día, empezaba a hacer agua. Quizá fuera mejor que volviera a Inglaterra, hablara con el señor Millan y le convenciera de su inocencia. Un arreglo temporal no cambiaba nada y se arriesgaba a destrozarse el corazón si no conseguía que Bret la quisiera. Si tenía que marcharse después de haber vivido con él, sería mucho peor que si se marchaba en seguida. — ¿Sí? —dijo ella.

Bret la tomó de la mano sorprendiéndola.

—¿Sigues dispuesta a casarte conmigo?

—Claro, ¿qué alternativa me queda? Volver como sospechosa a Inglaterra y perder mi empleo y mi medio de vida o batallar contigo en un juzgado austriaco. Comparado con eso, casarme contigo es el mal menor. Y será un matrimonio benditamente breve.

Bret apretó los labios, pero las manos que la sujetaban eran

sorprendentemente suaves. Le acarició el dorso con el pulgar y provocó chispazos de anhelos y deseos que era mejor olvidar. Melissa intentó apartar la mano, pero él no se lo permitió.

—Para evitar preguntas sobre nuestra repentina decisión, quiero que actúes como si desearas esto cuando estemos delante de otras personas —dijo Bret.

—¿Como si te adorara? —dijo ella sarcásticamente.

Aquello le resultaría mucho más fácil de lo que él se imaginaba. Bret se sonrojó ligeramente y apartó la mirada.

—Sí. No quiero preguntas ni sospechas sobre el por qué de un matrimonio tan precipitado.

—¿Por Max? —preguntó ella, extrañada por aquel cambio—. ¿Has pensado en lo que un matrimonio temporal puede significar para él? Suponiendo siempre que le guste la idea de que me convierta en su madrastra. Al cabo de unas semanas conseguiremos la anulación y yo me iré. ¿Cómo va a tomárselo?

—Yo me ocuparé de eso. No necesitas preocuparte.

—Muy bien, te adoraré tanto como pueda —dijo ella con una sonrisa espontánea—. Pero tendrás que corresponderme —añadió con malicia.

—Lo comprendo —dijo el muy serio. Se volvió hacia la casa sin soltarla—. Ha venido mi abogado. Le he pedido que redacte un acuerdo prematrimonial. No pienso volver a arriesgarlo todo por una mujer.

Primero, Melissa se sorprendió, luego se enfadó. ¿Cómo se atrevía a pensar que accedía a casarse temporalmente con él para luego tratar de sacar provecho?

Tras presentarle a *herr* Rollard, Bret la hizo sentar en su sillón y le entregó los documentos que el abogado había preparado. Cuando Melissa los leyó, sintió que se le encogía el corazón. Era un contrato frío e implacable por el que se comprometía a no reclamar jamás un sólo céntimo de su fortuna, a no tener intereses o acciones en su empresa y a, si el matrimonio se disolvía antes de que ella muriera, carecer de derechos de herencia.

Melissa no quería nada de él, excepto su amor. Pero ver aquellos términos

escritos en un documento legal era insultante. Y doloroso. Se sintió enferma al leerlo, dándose cuenta de cuánto la despreciaba.

Aquel matrimonio no podía funcionar. Si Bret tenía tanto miedo del daño que ella pudiera hacerle a su vida y a su negocio, ni siquiera tendrían una oportunidad. Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó para contenerse, dando gracias por estar inclinada sobre los papeles y así poder ocultar su cara. No quería que él supiera cuánto daño le estaba haciendo.

Sin embargo, su inmovilidad le alertó.
—¿Melissa?

Sin alzar el rostro, Melissa buscó a tientas un bolígrafo y firmó al pie del documento. Cuando se lo entregó a *herr* Rollard que estaba al otro lado de la mesa, sus miradas se cruzaron brevemente y vio a través de las lágrimas que él la contemplaba con compasión.

—¿Melissa? —repitió Bret.

Se levantó estremecida y procuró alejarse de él acercándose a la ventana, parpadeando para secar sus ojos. Anhelaba encontrarse en la soledad de su habitación, pero Bret le cerraba el paso a la puerta.

Entonces sintió que sus manos la obligaban a dar la vuelta y que sus dedos le alzaban el rostro. Las lágrimas brillaban en sus pestañas, inundaban sus ojos aunque intentaba no mirarlo. Sin decir una palabra, Bret la estrechó contra sí, confortándola con caricias cálidas. Melissa se apoyó contra él un momento, deseando que aquel momento hubiera sido completamente distinto.

—Si no me necesitas para nada más... —dijo *herr* Rollard.
—No, gracias Franz. Llévate el documento.

Bret no se volvió para hablar con el abogado, siguió sosteniendo a Melissa. Pudo oír la vibración de su voz en su pecho y, a pesar de todo el dolor que sentía, disfrutó de su abrazo, de la fuerza que él representaba. Ella deseaba abrazarse a esa fuerza para no ser derrotada.

Pero Bret no necesitaba una vid trepadora, ni siquiera quería una esposa. Sólo

pretendía mantener la seguridad de su empresa y asegurarse de que las negociaciones continuaban. Melissa lo empujó y él la soltó al instante.

Sin mirarlo, salió del gabinete rezando para contener el llanto hasta que llegara a su habitación. Sin embargo, un sollozo se le escapó en las escaleras y echó a correr hasta encontrarse al otro lado de la puerta. Allí dejó que las lágrimas fluyeran.

Añoraba a su madre. Deseó poder irse a Wyoming y olvidarse de todo aquello. Se derrumbó sobre la cama y trató de ahogar los sollozos contra la almohada. La traición de Brian la había herido, pero esto era mucho peor. No podía dejar de llorar. Se preguntó cuánto tiempo tardaría su corazón en estallar en pedazos. ¿Cómo podía haberse derrumbado todo su mundo en apenas veinticuatro horas?

Llamaron suavemente a la puerta. Melissa no contestó con la esperanza de que, fuera quien fuese, se marchara. Muy al contrario, la puerta se abrió. —¿Te encuentras bien? —preguntó Bret sin pasar.

Melissa asintió y escondió la cara contra la almohada. No quería que la viera con los ojos hinchados y la cara manchada. Que se fuera y la dejara sola. Oyó que entraba en el baño y abría un grifo.

—Ven. Melissa. Deja que te limpie la cara.

El colchón se hundió bajo su peso cuando se sentó en la cama, haciendo difícil que Melissa se ocultara de él.

—¡Estoy bien! —dijo contra la almohada.

Bret la obligó a incorporarse y tiró la almohada al suelo. Entonces ella sintió la toalla mojada en el rostro, Bret le enjugaba los ojos y las mejillas.

—Tengo que proteger mi empresa, Melissa. No puedo arriesgarme a que me pase lo mismo que con Louisa.

—Lo sé —dijo ella con voz mortecina.

Bret le dio su pañuelo limpio y ella se sonó la nariz. Se sentía mejor, pero no quería estar tan cerca de él. Le había pedido que fingiera adorarle en público. Melissa deseaba que el amor que ella sentía fuera correspondido. Sólo entonces habría una posibilidad de que él la creyera y no tendría que volver a experimentar un dolor tan atroz.

—He hecho arreglos en el registro civil para casarnos mañana por la mañana.
¿Quieres comprar un vestido nuevo?

Melissa lo pensó un momento.

—Sí.

Se puso una vez más la toalla en el rostro y luego la tiró. No podía esconderse para siempre.

—Te llevaré de compras. No sabes dónde están las tiendas.

—¿Puedo ir a cambiarme a la pensión? Estoy hecha una pena —dijo ella señalando su vestido arrugado.

—Claro. Antes que nada iremos allí para que puedas cambiarte y recoger tus cosas. Después comeremos algo en el restaurante Hohensalzburg, en el castillo. Desde allí se domina toda la ciudad.

—Muy bien.

Bret titubeó un momento y le acarició la mejilla.

—Te espero abajo dentro de treinta minutos.

Melissa asintió, negándose a mirarlo a los ojos.

—Tendría que llamar a la oficina para avisar al equipo de Larbard que no voy. —Ya me he encargado yo de eso. También les he dicho el motivo.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Melissa pensando que le habría dicho a todo el mundo que ella había robado los documentos.

—Que nos casábamos, claro —dijo él levantándose.

Melissa lo vio irse y se sintió aún más deprimida. Al paso que iba, la vida sería una montaña rusa constante.

Capítulo 7

Bret la llevó a la Getreidegasse, la principal calle de compras de Salzburgo. Conocía las tiendas y sabía dónde podían encontrar un vestido apropiado para una boda. Melissa descubrió el que estaba buscando en la segunda tienda a la que entraron.

Era un vestido de seda de color crema con una falda amplia, escote alto y mangas largas. Le sentaba tan bien que parecía que se lo habían hecho a la medida. Era caro y necesitó un montón de cheques de viaje, pero merecía la pena. Pensó que tendría que ocuparse de que su banco de Inglaterra le hiciera una transferencia, pero tenía suficiente por el momento.

Bret insistió en que necesitaba un sombrero que hiciera juego y no tardaron en encontrar uno a su gusto. Melissa empezó a sentirse mejor respecto a la boda al verlo tomarse las cosas de un modo casi normal. Se mostraba solícito con ella en las tiendas, tocándola con frecuencia, siendo incluso atrevido. Melissa se sonrojó al oír el comentario de una de las dependientas sobre el amor de los jóvenes. Si aquella mujer hubiera sabido la verdad...

Cuando terminaron las compras, Bret la llevó a su hotel.

—¿Quieres que te espere mientras te cambias y acabas de recoger antes de subir a ayudarte?

—Sí. Dame veinte minutos.

Melissa le agradecía su consideración más de lo que él podía figurarse. Tenía pensado llamar a su oficina y hablar con Gerry Toliver.

No tuvo dificultad en localizarlo.

—Melissa, ¿qué pasa? Terrel ha dicho que ibais a casaros y que tendríamos que arreglárnoslas sin ti.

—Sí, algo parecido. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Igual que todos los días. Tendríamos que acabar pronto. ¿Es verdad que no vas a volver?

—No lo creo. Escucha, ¿sabes si han desaparecido más informes? —Esta mañana no.

—Gerry, tenéis que llevar mucho cuidado. Creo que alguien está tratando de sabotear el acuerdo. Alguien puso ayer varios informes confidenciales en mi portafolios para que pareciera que los había robado yo. ¿Recuerdas si viste a alguien cerca de mi cartera?

—¡Dios, no! ¿Lo sabe Bret?

Melissa tuvo que cerrar un momento los ojos al recordar la furia que había visto en sus ojos la noche anterior.

—Sí. Mira, ésa es una de las razones por las que no puedo volver. No consideró necesario decirle a Gerry que la razón principal era que Bret no se lo permitía. Prefería que Gerry pensara que era idea suya.

—Pero tú y los demás debéis andar con pies de plomo. No dejéis vuestros portafolios al alcance de nadie. Y tratad de no ir solos a los archivos de la compañía, vigilad vuestra espalda.

—Enterado.

—No le perdáis la pista a los informes y estad atentos por si desaparece alguno más. Supongo que en ese caso debéis decírselo a Bret.

—¿De quién sospechas? —preguntó Gerry en voz baja.

—Yo no me fiaría de nadie allí. Llamaré dentro de un par de días para ver cómo marchan las cosas. Quizá podamos descubrir al culpable.

—Mantendré los ojos bien abiertos. ¡Ah, felicidades!

—¿Cómo? ¡Ah, ya! Gracias. Nos mantendremos en contacto. Llamaré al señor Millan para comunicárselo.

Colgó el teléfono y echó un vistazo a su alrededor. No había mucho que recoger, lo que era una ventaja. Bret se presentaría allí en cualquier momento.

Melissa se puso un vestido de seda color amarillo, retocó su maquillaje y se cepilló el pelo. Metió la ropa en una maleta y los objetos de tocador en una bolsa. Volvió a echar un vistazo para asegurarse de que no se dejaba nada. Entonces llamaron a la puerta.

Fueron en el BMW negro al Hohensalzburg, la antigua fortaleza de los príncipes arzobispos que gobernaban la ciudad. Melissa había visitado el castillo durante sus cortas vacaciones, pero no había comido en el restaurante. La fortaleza se alzaba en el acantilado a más de cien metros sobre el Salzach y disfrutaba de una vista espectacular sobre el río y la ciudad.

Bret consiguió una mesa junto a la ventana y a Melissa le encantó el paisaje que se contemplaba desde allí. Deseó comer contemplando la ciudad sin tener que hablar con él. Además, ¿de qué iban a hablar? Bret tenía la cabeza dura como una piedra.

—Es hermoso el paisaje que se ve desde aquí —dijo ella haciendo un esfuerzo. —Sí, es hermoso.

—¿Te has ocupado de todas las formalidades? —preguntó ella buscando un tema de conversación seguro.

—Sí, nos casaremos por la mañana. A las diez hay que estar en el ayuntamiento. No será una ceremonia religiosa.

—Es preferible que no —murmuró ella preguntándose qué habría pensado su padre de aquella situación.

—No por eso deja de ser vinculante.

—Ya lo sé. Temporalmente.

Bret asintió en silencio. El camarero llegó con el primer plato y Melissa se dedicó a comer y a disfrutar de la vista. Hablaron muy poco durante la comida y, cuando terminaron, Bret la llevó a casa.

—Tengo que ir a la oficina, ya he estado mucho tiempo fuera —dijo él en cuanto detuvo el coche—. Llamaré a Marta para que te suba las maletas.

—Puedo subirlas sola, Bret. Supongo que no tendrás objeción en que llame a mi oficina de Londres y les explique por qué no voy a seguir trabajando en las negociaciones, ¿verdad?

Bret dudó un momento y acabó asintiendo.

—Pero ten cuidado con lo que les cuentas. Pienso vigilar de cerca a los miembros de tu equipo. Ya he tomado medidas para asegurarme de que estos incidentes no vuelvan a repetirse.

—Ojalá me hubieras hecho caso cuando fui a decírtelo ayer. Quizá ahora no me encontraría en esta situación —rezongó ella mientras salía del coche. Bret la miró a los ojos pero no dijo nada.

Melissa se quedó en la puerta hasta que el coche se perdió de vista. No vio a nadie cuando subió las maletas a su cuarto. Intentó localizar a Derek, pero no estaba en la oficina y tuvo que dejarle un mensaje. Como no podía explicarse abiertamente, tuvo que conformarse con pedir que le devolviera la llamada.

Deshizo las maletas y pasó la tarde con Max, que se mostró encantado al saber que Melissa iba a vivir con ellos. Dejó que fuera su padre quien le explicara los detalles a su antojo. Empezaba a encariñarse con el pequeño y veía en él tanto de su padre que a veces le causaba dolor.

Cuando Marta les anunció que Bret no iba a cenar en la casa, Melissa decidió acompañar a Max. Después le acostó y le leyó un cuento con mucha soltura, como si no hubiera olvidado los de su infancia.

Se fue a dormir tras un largo baño caliente. Pensó en la boda, no acudirían ni su familia ni sus amigos. Aquello no se parecía a lo que ella había soñado. Era como si le estuviera sucediendo a otra, como si viviera el sueño de una desconocida.

Se despertó a la mañana siguiente pensando en un viejo dicho que deseaba felicidad a la novia sobre la que brillaba el sol en el día de su boda. Hacía un hermoso día soleado. Había dejado las cortinas abiertas para poder ver el paisaje nada más abrir los ojos.

No tardó en bañarse y en vestirse. Se encontraba lista a las ocho y media. El vestido de seda acariciaba su piel y llevaba el pelo suelto, como le gustaba a Bret. Sentía un revoloteo tan intenso en el estómago que dudaba de poder desayunar. Tomó aliento y bajó las escaleras.

Bret estaba sentado en la mesa ante los restos de su desayuno. Max, a su lado, charlaba animadamente. Llevaba unos pantalones cortos, camisa y chaqueta. Se había peinado cuidadosamente y estaba encantador. Melissa se detuvo un momento en la puerta para contemplar a los dos hombres que aquel día se convertirían en parte de su familia, aunque fuera por poco tiempo.

—¡Buenos días, Melissa! —dijo Bret levantándose y haciendo un gesto para que se sentara—. Estás preciosa.

Bret llevaba un traje gris charol, una camisa inmaculada y una corbata beige.

Melissa pensó que estaba espléndido. Empezó a animarse un poco.
—Buenos días, Bret —dijo tímidamente—. ¡Cuánto te has arreglado, Max!
¿Vas a algún sitio?—añadió con más confianza en sí misma.

Max soltó una risita y asintió.

—Con papá y contigo, para que seas mi mamá.

Melissa miró inquisitivamente a Bret.

—Pensé que lo más apropiado sería que él nos acompañara.

Se sorprendió aún más al llegar al ayuntamiento y encontrarse a los empleados de Larbard junto con Marta, Greta, varios ejecutivos de la Austerling, y *herr* Rollard. —No me esperaba tanta gente.

—Pensé que debía asistir gente que tú conocieras. ¿Te molesta? —dijo él en un tono demasiado formal.

—No, me siento muy agradecida.

Melissa le palmeó el brazo, le conmovía que pensara en ella en aquellas circunstancias. Bret estaba decidido a que todos pensaran que se trataba de una boda normal. ¿Por qué? Entonces, si se esforzaba tanto por ella, ¿por qué no creía que ella no había robado los informes?

Franz Rollard era el padrino de Bret y Sandra Stomford acompañó a Melissa gastándole bromas sobre la rapidez de un romance que nadie había sospechado. Melissa deseó poder contarle la verdad. En unos pocos minutos les declararon marido y mujer. El beso del novio fue breve y frío.

Un tanto decepcionada, aunque riñéndose a sí misma por haber esperado otra cosa, Melissa recibió las felicitaciones de sus antiguos compañeros y de los amigos de Bret. Max le tiró de la falda y, cuando ella se agachó para ponerse a su altura, le echó los brazos al cuello.

—Tú eres mi nueva mamá, ¿verdad que sí? —susurró él.

—Sí, cariño.

Melissa le devolvió el abrazo, emocionándose al sentir aquellos brazos pequeños en torno a su cuello. Tuvo que recordarse que sólo serían unas pocas semanas. «¡Oh, Bret!», pensó. «¿Qué has hecho? Le romperemos el corazón a esta criatura cuando tenga que irme. ¿Cómo va a soportar perder

una segunda madre?» Bret invitó a todo el mundo a champán y todos brindaron a la salud de los novios antes de volver al trabajo. Melissa encontró un momento para hablar aparte con Gerry. —¿Cómo van las cosas? —preguntó ella, mirando nerviosa hacia Bret.

—Bien, aunque han tomado medidas que nos restringen el acceso a la información. Si no fuera por lo que tú me contaste, diría que Bret sospecha de que éramos nosotros quienes perdíamos deliberadamente los informes. Menos mal que habías intimado, si no él hubiera pensado lo peor al encontrarlos en tu portafolios.

Melissa no vio la necesidad de decirle que Bret pensaba lo peor. —¿Tienes alguna idea de quién está haciendo esto y por qué?

—Nada concreto. Pero apuesto por Erich o Karl. Los dos parecen demorar o soslayar temas cada vez que nosotros los planteamos. Sin embargo, no se les ocurre mantener esa actitud cuando el jefe está en la sala de juntas. No es nada evidente, pero ahora que estoy alerta resulta claro. Sin embargo, no lo entiendo. Los dos son altos ejecutivos muy respetados en su empresa. Llevan años trabajando aquí. No puedo imaginármelos haciendo una cosa así.

—Supongo que no. Ojalá supiéramos el motivo, quizá podríamos seguir la pista del responsable.

Volvió a mirar a Bret y le encontró observándola irritado. Se excusó con los dos invitados con los que estaba hablando y se acercó a ella como un animal de presa. Melissa bebió un sorbo de champán, incapaz de apartar los ojos de él. ¿Por qué estaba tan enfadado?

—Hola, señor Toliver —dijo sin dejar de mirarla.

—Felicidades, Terrel. Se lleva usted una gran mujer. Vamos a echarla mucho de menos.

—Estoy seguro. Espero que no se les habrá ocurrido hablar de negocios en nuestra boda —dijo con una voz gélida mientras se volvía para mirar a Gerry. Pero Gerry no se dejó intimidar. Antes de responder, le guiñó el ojo a Melissa.

—La verdad es que no. Estábamos hablando sobre la felicidad del

matrimonio y el cambio que supondrá para ella vivir en Salzburgo. ¿Supongo que no pensará ir a la oficina hoy?

Melissa sintió que le ardían las mejillas. No podía mirar ni a Bret ni a Gerry. Fijó los ojos en las burbujas del champán. Bret le pasó el brazo por la cintura y la atrajo junto a sí.

—No. ¿Me censura?

Las mejillas de Melissa eran de un color escarlata. Le dolían aquellas insinuaciones. Bret le pasó un dedo por la mejilla encendida con cara de estar divirtiéndose.

Cuando volvieron a la casa, Bret sugirió que comieran y salieran a cabalgar. Ella aceptó aliviada y subió a cambiarse.

Llegaron a la pradera a media tarde. Hacía frío bajo los árboles, pero el aire era cálido bajo el sol. Hablaron de todo, excepto de trabajo. Bret le contó cosas de su familia y anécdotas divertidas de su infancia. Melissa le relató cómo era crecer en casa de un vicario. Era una tregua frágil en la que los dos se esforzaban por mantener su propia conversación y ambos evitaban escrupulosamente cualquier controversia.

Para su sorpresa, Melissa se divirtió. No veía signos de la tensión e inquietud que había esperado encontrar. Bret se mostraba amistoso y encantador y ella se relajó en su compañía, deseando que todos los días pudieran ser tan placenteros.

Para la cena, se puso el vestido de boda. Se cepilló el pelo y no tuvo necesidad de maquillarse después de haber pasado la tarde al sol. Quería sacar el máximo partido de la situación en que se encontraba. No era propio de ella estar mucho tiempo deprimida, la vida era demasiado preciosa y divertida como para dejarla pasar de largo.

Max no asistió a la cena que Marta había preparado con mucho esmero. Bret también se puso el traje con que había ido a la boda, Melissa se sintió casi festiva. La mesa estaba puesta con formalidad, con un gran candelabro en el centro que daba al comedor un aire romántico y suavizaba los rasgos duros de

Bret.

—No he pensado hacer un viaje de luna de miel —dijo él cuando Marta sirvió el primer plato.

—Yo no lo esperaba. ¿Hay algo especial que quieras que haga?

—¿A qué te refieres?

—No sé, por eso te pregunto. Ocuparme de las flores, limpiar tu gabinete, lo que sea. No puedo pasarme todo el día sentada.

Bret frunció el ceño como si hubiera pasado por alto algo que habría debido tener en cuenta.

—Dentro de unos días comenzará el festival de Salzburgo, podemos asistir. Tengo entradas para varios de los conciertos y de los ballets. Seguramente nos invitarán a algunas fiestas, también podemos pensar en dar una nosotros.

—No creo que eso necesite mucha dedicación —dijo ella secamente. Estaba acostumbrada a trabajar al máximo y la perspectiva de pasarse los días en blanco la aterrorizaba.

—Puedes ocuparte de Max. Greta se está haciendo mayor y ha tenido poco tiempo libre en los últimos siete años. Me gustaría que se fuera de vacaciones, si a ti te parece bien.

—Perfecto.

A Melissa le gustaba el niño, sería divertido pasar el tiempo con él. Al menos, hasta que comenzara el curso escolar. Y también le iba a encantar asistir al Festival de Música de Salzburgo. Tenía que sacarle el mejor partido posible a aquella situación temporal. De repente la comida perdió su sabor.

Bret la invitó a dar un paseo por el jardín después de cenar. Las sendas estaban iluminadas con luces indirectas y discretas que dejaban el resto del jardín sumido en sombras misteriosas. A Melissa le intrigó lo distinto que parecía por la noche. El cielo estaba salpicado de estrellas que la iluminación exterior no ocultaba.

En un recodo de la senda, donde la luz se transformaba en un suave resplandor, Bret se detuvo y le puso las manos sobre los hombros.
—¿Estás de acuerdo con esto, Melissa?

Lo pensó antes de responder. Lo miró a los ojos y su corazón rebotó de amor por aquel hombre tan difícil. No podía saber lo que le depararía el futuro, pero quizá todo se solucionara. Al menos tenía una meta y no se había enamorado ciegamente como antes.

—Sí, creo que sí —dijo ella en voz baja.

Cuando él le rozó la boca con los labios, Melissa se acordó del beso que le había dado en la pradera y de las caricias en el gabinete.

—Los niños grandes también necesitan que se les preste atención —dijo él.

Melissa se acercó y le echó los brazos al cuello mientras él la estrechaba contra sí y profundizaba el beso, buscando con la lengua la suavidad húmeda de su boca, dándole placer, invitándola a que explorara por su cuenta en una danza de lenguas. Melissa sintió que le fallaban las fuerzas de puro deleite. El corazón le latía enloquecido y le costaba trabajo respirar. Sin embargo, no quería detenerse. Amaba a Bret Terrel, anhelaba sus caricias, sus besos ardientes, deseaba sentirle contra su piel para que la hiciera consciente de su propia feminidad. Deseó que nunca tuvieran que parar.

Pero Bret se refrenó. Fue él quien rompió el beso respirando pesadamente. Melissa se apretó contra él temerosa de que las rodillas se negaran a sostenerla. Su respiración también era rápida, errática. Se preguntó si Bret podía sentir cómo le latía el corazón.

—Creo que deberíamos volver a casa mientras podamos —le dijo él al oído. Melissa no quería volver a moverse nunca. Sin embargo, al escuchar sus palabras, se enderezó y se apartó de él.

—Ha sido un día muy largo —dijo alegrándose de que su voz sonara normal—. Creo que me voy a la cama.

En cuanto entraron al vestíbulo, Melissa le dio las buenas noches y se apresuró a subir a su habitación. Tras darse un baño, se puso el camisón largo y se metió en la cama. Contempló las estrellas mientras pensaba en el día de su boda.

Casi estaba dormida cuando oyó que se abría la puerta. Vio la silueta de Bret recortada contra la luz que entraba desde el pasillo un momento antes de que volviera a cerrar.

—Melissa, ¿estás durmiendo?

—No.

Bret se sentó en la cama y tomó aliento.

—En el jardín me ha parecido que mis caricias no te resultan repulsivas. —
No, ya lo deberías saber.

Todo lo contrario. Melissa contuvo la respiración. ¿Iba a besarla otra vez? —
Bien.

La satisfacción de Bret era evidente. Se levantó y Melissa oyó un roce de ropas. Se sobresaltó cuando él levantó las sábanas y se metió en la cama.

Con un chillido de sorpresa, Melissa intentó apartarse de él, dejarle espacio, pero unos brazos fuertes la sujetaron y la estrecharon contra su cuerpo. Sintió su pecho cálido y desnudo. Antes de que ella tuviera tiempo de pensar le acarició la espalda, las nalgas, las piernas. Podía sentir el calor de sus manos a través del camisón y le pareció que el calor pasaba de las manos a su cuerpo y de repente se sintió terriblemente acalorada.

—¿Bret?

—¡Ssst!

Le acarició los muslos por encima del camisón, calentándola cada vez más. Entonces, se lo subió y los dedos tuvieron acceso a su piel desnuda. Melissa se apretó contra él, la cara contra su hombro, respirando su olor, el pino del bosque, la loción de afeitar, y ese aroma masculino que era exclusivamente suyo.

Ya no podía pensar, sólo podía sentir la mano que le acariciaba los muslos arriba y abajo, una y otra vez. Y cada vez llegaba más arriba, hasta que rozó su trasero con la punta de los dedos. Melissa cerró los ojos para concentrarse mejor en las deliciosas sensaciones que aquellos dedos sabios hacían aflorar en ella.

Sus entrañas se convertían poco a poco en fuego líquido. Ya no tenía

estómago, solo un estanque de feminidad ardiente que se adueñaba rápidamente de todo su cuerpo. Los senos le hormigueaban anhelando que los acariciara y se apretó contra su pecho desnudo, tratando de calmar aquella ansia.

—Relájate, estás muy tensa —susurró él.

—No puedo relajarme —contestó ella en el mismo tono.

Se sentía al borde de un precipicio enorme, lista para volar o caer de cabeza al abismo insondable.

Cuando los dedos acariciaron los rizos suaves que coronaban sus muslos, Melissa jadeó y se abrazó a él con todas sus fuerzas. Una mano se deslizó por debajo del camisón hasta encontrar los pechos ardientes, acariciándolos por turnos, convirtiendo los pezones en picos erguidos que clamaban pidiendo más.

—Siéntate —dijo él empujándola sin mucha delicadeza para quitarle el camisón.

Melissa tenía la sensación de ser una muñeca de trapo sin voluntad de resistir. Se apretó contra aquel pecho ansiosamente, el vello que todavía no había visto rozaba sus pezones sensitivos. Bret le aplastó los senos al abrazarla. Buscó su boca y comenzó un asalto más sensual que ninguno de los besos que le había dado.

Bret le daba fuego, calor y un anhelo infinito que sólo sus caricias podían satisfacer. Las manos aprendieron las formas de su cuerpo para luego dar paso a la boca. La saboreó entera, acariciándola, volviéndola loca. Sentía aquellos labios ardientes y húmedos sobre la piel, sus pequeños mordiscos, los besos que la inflamaban hasta que todos sus nervios gritaban de deseo.

Bret chupó sus pezones con suavidad, los azotó con la lengua hasta que Melissa creyó que se ahogaba en aquella voluptuosidad del placer.

Melissa se movió contra él impulsada por un deseo irrefrenable. Sus manos también querían aprender los contornos de aquel cuerpo, perderse entre su pelo, acariciar aquel pecho fuerte. Se sorprendió de la respuesta que

consiguió al acariciarle los pezones. Se apretó aún más contra él, deseándole con una necesidad visceral y abrasadora.

Cuando Bret consideró que estaba preparada, hizo que se tumbara de espaldas y separara las piernas, deteniéndose un momento antes de penetrarla. Le sintió grande, hirviente y la colmó hasta que Melissa pensó que iba a explotar con las sensaciones exquisitas que le arrancaba de lo más hondo. Moviéndose con él, trató de tenerlo más dentro, más cerca. Melissa jadeaba fuera de control, buscando alivio bajo sus caricias, bajo la boca que sorbía la consciencia de su mente.

Al final explotó con unas sensaciones al rojo vivo, como una supernova. Y Bret le daba todo lo que siempre había deseado, más de lo que había llegado a imaginar.

Bret gimió y se hundió profundamente en ella, refrenándose hasta que Melissa gritó de alegría y alivio. Entonces se derrumbó sobre ella, descargando una lluvia de pequeños besos sobre su boca y sus mejillas. Alzó la cabeza al sentir la humedad de sus lágrimas.

—¿Te he hecho daño?

—No —dijo ella adormilada. Estaba exhausta, cómoda, saciada—. No, ha sido maravilloso —murmuró antes de quedar dormida con una sonrisa en sus mejillas húmedas.

Justo antes de quedar dormida, oyó su voz en el oído.

—No habrá anulación, Melissa.

Capítulo 8

Melissa se despertó sola a la mañana siguiente. La almohada todavía conservaba la huella de Bret y ella la abrazó lentamente, recordando los sucesos de aquella noche.

Bret la había despertado de madrugada para volver a hacerle el amor. Sonrió al recordarlo. Él había sido maravilloso, paciente, apasionado y febril. Todavía recordaba los estallidos de fuego que se habían adueñado de su cuerpo. ¡Dios, cómo lo quería!

En la ducha recordó las palabras que había dicho antes de que se quedara dormida. «No habrá anulación». No, claro, después de haber consumado el matrimonio tan a conciencia. La pregunta era, ¿por qué? Se había casado con ella porque no la creía, para evitar que continuara con su supuesto sabotaje. Se preguntó si Jason tendría razón, si Bret deseaba que el suyo fuera un verdadero matrimonio.

Se saltó el desayuno y, a las diez, decidió ir a ver a Max y comer con él al mediodía. Decidió preguntarle a Greta el horario del niño para saber a qué atenerse.

La tarde pasó deprisa y conforme se hacía más tarde su ansiedad crecía. Faltaba poco para que él llegara y Melissa estaba deseando verlo. Miles de preguntas bullían en su cabeza y le necesitaba para contestarlas.

Melissa y Max estaban riéndose de un cuento disparatado que ella le leía cuando Bret abrió de golpe la puerta del cuarto de los juguetes y se quedó allí mirándolos. El corazón de Melissa empezó a latir más rápido al verlo, urgiéndola a que se arrojara a sus brazos. Pero siguió sentada en el suelo, aunque no pudo impedir que la delicia que sentía al verlo se reflejara en su rostro.

—Hola —dijo ella alegremente.

Bret sonrió ligeramente, pero la alegría no brilló en sus ojos.

—Hola —dijo él sin hacer el menor gesto de pasar al cuarto.

Melissa se tragó el desengaño e hizo un esfuerzo por mantener la sonrisa.

—¿Por qué no te cambias y te unes a nosotros? Casi hemos acabado el cuento, pero podríamos jugar una partida como el otro día. Sólo que esta vez voy a ganar yo —dijo dirigiéndose a Max y haciéndole cosquillas.

Sin embargo, tenía el corazón partido. Bret no la había besado al llegar. El brillo en los ojos con que le había recibido, murió lentamente. Bret no parecía alegrarse mucho de verla.

—Casi es la hora de la cena —dijo Bret.

—Dile a Marta que la retrase una hora y veinte con nosotros —dijo ella temerosa de mirarlo a la cara.

—De acuerdo.

Diez minutos más tarde, Bret estaba en el cuarto de los niños. Melissa y Max había preparado el juego y el pequeño estaba explicándole las reglas otra vez. Pero a Melissa no le importaba mucho con tal de que los tres se lo pasaran bien. Y era mucho más fácil estar con Bret si contaba con un amortiguador.

Bret se sentó en el suelo a su lado. Ella le sonrió y se inclinó para besarle en la comisura de los labios, incapaz de seguir conteniéndose, deseando que él le correspondiera.

Al principio pareció sorprendido, pero luego le puso la mano bajo la barbilla y la besó largamente. Cuando se separó de sus labios, se quedó mirando el color encendido de sus mejillas con una expresión satisfecha en el rostro.

—¿Por qué hacéis eso? —preguntó Max.

—Es lo que hacen los papas y las mamas —murmuró Melissa, mirando fijamente a Bret.

—Y, a veces, hacen más cosas —intervino Bret, contemplando satisfecho cómo el rubor se intensificaba.

—¿Qué cosas? —preguntó Max inocentemente.

—Cosas como ganar esta partida a los niños pequeños —dijo ella riendo—. ¿No tirabas tú?

Melissa era tan consciente de la presencia de Bret a su lado que todo lo

demás desapareció. Recordaba el cuerpo que no había visto por sus formas, por la firmeza de sus músculos, por el tacto del vello que cubría su pecho. Pensó que debía ser rubio, como su pelo. Le había amado como si estuviera ciega. Sin embargo, Melissa deseaba ver el cuerpo que tanto placer le había proporcionado entre las sombras.

Melissa les sonrió y dejó a Max y Bret hablando animadamente cuando se marchó a cambiarse para la cena. Más tarde le preguntó a Bret de qué charlaban. —Max me estaba contando lo que había hecho durante el día y lo mucho que se ha divertido contigo.

Tú no eres vieja y estás cansada, como Greta. Has jugado con él y os habéis marchado a explorar. ¿A dónde? —preguntó él con curiosidad.

—Al bosque que hay detrás de los establos, pero no nos alejamos mucho.

Bret, ¿por qué Max no puede tener un perro?

—¿Un perro?

—Claro. Un cachorro que crezca con él. Creo que le sentaría bien. Tendría algo a lo que querer y, al mismo tiempo, sentirse responsable.

Melissa estaba pensando en el momento en que tuviera que irse. Max se lo tomaría mejor si tenía algo hacia lo que dirigir todo el amor que llevaba dentro. Era un niño adorable y Melissa deseaba que creciera feliz.

—¿No te parece que es demasiado pequeño?

—No.

—Me encargaré de solucionarlo esta misma semana. ¿Has pensado en alguna raza en particular?

—No, sólo en un cachorro que juegue con él. Puede que no sea tan vieja como Greta, pero tan poco soy tan joven como Max.

Melissa se echó a reír y le contó algunas de las anécdotas de aquella tarde. La cena transcurría tranquila hasta que ella habló.

—¿Cómo te ha ido en la oficina?

La expresión de Bret cambió al instante mientras la miraba con los ojos entornados y apretaba los labios en una mueca de disgusto.

—Eso no te importa. Mi trabajo ya no es asunto tuyo.

Melissa se sintió como si la hubiera abofeteado, sobre todo después de la camaradería que habían compartido toda la tarde.

—No te preguntaba por el trabajo, sino cómo te había ido el día. Aunque ya

veo que no muy bien, ¿por qué si no ibas a estar tan irritable y caprichoso? — ¿Caprichoso? Eso es para los niños que no quieren irse a la cama.

—Y también para los maridos que no responden con educación a sus esposas cuando les hacen una pregunta inocente —dijo ella levantándose de la mesa —. Discúlpame.

Sin esperar respuesta, se apresuró a salir del comedor. Se echó un chal por encima de los hombros y fue a los establos, no quería que Bret la encontrara en su habitación. Pensó que tal vez los caballos la ayudarían a tranquilizarse. Buscó a Schönfeld mientras acariciaba las testuces de los demás animales que se asomaban curiosos a ver quién era.

Se sentó sobre una bala de paja cerca de la cuadra de la yegua y se preguntó si alguna vez podría entenderse con Bret, si llegaría el día en que él creyera en su inocencia.

Tenía que descubrir al responsable del robo para probarle a Bret Terrel que ella no era una ladrona.

Cuando volvió a la casa para acostarse, Bret la llamó desde su gabinete. — ¿Sí? ¿Qué quieres?

—La semana que viene vamos a ir al festival. Tengo entradas para un concierto. Si quieres comprarte un vestido nuevo, mañana puedo llevarte a la ciudad. Melissa asintió. No tenía nada para una ocasión tan formal. Necesitaba ir de compras y podía ser divertido.

Salió del gabinete y subió las escaleras pensando que no le quedaba mucho dinero. Tendría que pasar por algún banco. La ropa era cara y no quería escatimar para desempeñar su papel como esposa de Bret.

Al ponerse el camisón recordó la manera en que Bret se lo había quitado la noche anterior. Apagó la luz preguntándose si iría a buscarla aquella noche. Se volvió para mirar las estrellas mientras permanecía alerta al sonido de la puerta.

Eran más de la una cuando tuvo que admitir que Bret no iría. Se sintió

desengañada. ¿Acaso no le había dado placer? ¿Tan poco la deseaba que se conformaba con pasar una sola noche con ella? Bret no había insinuado que se mudara a su habitación y ella tampoco lo había mencionado. Ahora se alegraba. Hubiera sido muy vergonzoso sacar el tema a colación para recibir una negativa.

A la mañana siguiente, Melissa se levantó temprano y se apresuró a vestirse. Greta se iba de vacaciones a finales de semana y a partir de entonces, Melissa habría de llevar a Max cada vez que saliera si Marta tenía trabajo.

Frunció el ceño al ver las ojeras de su rostro. No había dormido bien, pero no quería que todo el mundo se enterara. Y con todo el mundo se refería a Bret, por supuesto. Utilizó un poco de maquillaje.

Le saludó en el comedor y se cuidó de ocultar el rostro lo más posible mientras se servía el café.

—¿Tengo que volver en taxi? —preguntó mientras Marta le servía el desayuno. —No, yo te traeré. Podemos comer juntos, si quieres.

Melissa asintió. Podía estar bien, sólo debía mantener una conversación que no tuviera nada que ver con su trabajo.

—¿Has dormido bien? —preguntó él, mirándola con sorna.

Melissa levantó la barbilla y lo miró desafiante.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—No. Me he sentido solo.

Melissa se preguntó si él querría que se mudara a su habitación. No había dicho nada y tampoco nada le había impedido visitarla la primera vez.

—Bret, no te comprendo.

—Hay veces que yo tampoco me comprendo a mí mismo. Te espero en el coche dentro de diez minutos.

Y sin más, se levantó de la mesa y se fue, sin hacer caso de la devastación que dejaba detrás.

Bret estaba apoyado en el coche cuando ella salió de la casa. Le abrió la puerta para que subiera y antes de cerrarla, se inclinó sobre ella para ponerle

el cinturón de seguridad. Melissa tomó aliento y se humedeció los labios al sentirle tan cerca. Bret captó el movimiento de sus senos y giró la cabeza para mirarla. Sus bocas estaban muy cerca, sus respiraciones se entremezclaban. Melissa lo miraba con ojos muy abiertos. Lentamente, él se inclinó hasta que sólo unos milímetros separaron sus labios.

Bret esperó.

Cerrando los ojos, Melissa salvó aquella diminuta distancia, rozándole los labios suavemente, saboreándolo, tomando la iniciativa y apretándose contra él para absorber toda su dulzura. Sabía que estaba locamente enamorada y que ese amor se reflejaba en su rostro, pero no podía evitarlo. Las caricias de Bret eran mágicas y ella sentía aquel hechizo cada vez que se encontraba cerca.

—Quizá debiera llevarte de compras todos los días —dijo él contra sus labios, besándola una última vez antes de cerrar la puerta y subir al asiento del conductor. Melissa sonrió recatadamente. Se preguntó si no debía tratar de sacarle más partido a su matrimonio, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo.

—Te dejaré en la Getreidegasse. Allí encontrarás todo lo que necesitas. — ¿Quieres que vaya a recogerte a la oficina a la hora de comer? —preguntó ella dudando de que pudiera permitirse los precios de aquellas tiendas.

—No, ya te he dicho que no te quiero ver cerca de la empresa. Nos veremos en el café Glockenspiel, en la Mozartplatz, a la una. No está muy lejos de las tiendas. ¿Crees que sabrás encontrarlo sola?

—Desde luego.

Melissa trató de disimular que la había herido, pero no tuvo mucho éxito a juzgar por la mirada que Bret le lanzó. Tenía que llamar a Gerry para ver si había averiguado algo. No podía seguir con aquella soga al cuello.

La mañana pasó rápidamente. Estaba deseando que Bret viera cómo le sentaba el vestido. Se encontraba irresistible con él, pero le había costado una pequeña fortuna. Se dio cuenta de que tenía que buscar un sitio más barato para comprar lo que necesitaba. Al paso que iba se encontraría en la ruina

antes de poder conseguir más dinero y no sabía cuánto tardaría la transferencia de su banco de Inglaterra.

Preguntó por un banco y poco después hablaba con el gerente. Necesitó algún tiempo, pero al final se las arregló para dejar pagado el alquiler de su piso para un par de meses y hacer una transferencia a una cuenta que abrió con la ayuda del personal del banco austriaco.

Pensaba que todo habría terminado a finales de octubre. En realidad, tendría que pasar algo porque se quedaría sin blanca antes de eso. Con un suspiro, salió al sol que iluminaba la plaza barroca. Consideró la posibilidad de pedirle un crédito a su madre.

Aún le quedaba tiempo para reunirse con Bret y se dedicó a explorar las calles.

En la Residenzplatz descubrió una pequeña boutique con ropas elegantes a un precio más asequible. Melissa disfrutó investigando hasta encontrar otro vestido que le gustaba. Si tenían que asistir a varias fiestas iba a necesitar más de un vestido. Y eso fue todo. Hasta que no recibiera más dinero, no iba a comprar nada más.

Llegó al café poco antes de la una. Era un sitio popular y la mayoría de las mesas estaban ocupadas. La amplia y soleada plaza era un hervidero de gente, una fuente hermosa en su centro capturaba la luz de sol y lanzaba millones de arcos iris que caían al estanque. Melissa sonrió, alegrándose de que Bret le hubiera propuesto comer fuera.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó con una ligera inclinación el jefe de camareros cuando ella se detuvo junto a las mesas.

—Estoy esperando a mi marido, quizá sea mejor que me quede aquí. —
¿Quién es, por favor? —preguntó el camarero.

—Bret Terrel.

—¡Ah, sí! *Frau* Terrel. Ha reservado una mesa para usted. Si tiene la bondad de seguirme.

Melissa se sintió emocionada al oír que le llamaban *frau* Terrel. El jefe de camareros había sido el primero en hacerlo y se sintió más casada que nunca. Con la cabeza bien alta, le siguió entre las mesas hasta una en el borde del toldo. Tenía una panorámica fantástica de la fuente y de los paseantes.

Se sentí culpable por divertirse tanto en vez de estar trabajando. Y estaría trabajando si alguien no le hubiera jugado una mala pasada. ¿Sería Erich? ¿Pero por qué? Su sonrisa desapareció reemplazada por una sensación de perplejidad y de rabia.

—Cinco chelines por saber lo que piensas. En el último minuto, has cambiado de expresión una docena de veces —dijo Bret sentándose frente a ella.

—No es suficiente, me cotizo bastante más que eso —bromeó ella, feliz de volver a verlo.

Bret se puso muy serio al oírla y a Melissa le dieron ganas de propinarse una buena patada en la espinilla. Sabía que él la consideraba una mujer mercenaria y ella no hacía más que darle la razón. Maldijo su lengua.

—Has vuelto a hacerlo. Las expresiones, me refiero —dijo él con más curiosidad que ira.

—Me siento culpable por pasármelo tan bien cuando los demás están trabajando. No me importa. Estoy aquí, disfrutando de esta maravillosa plaza con un hombre muy atractivo. Pienso divertirme.

—No necesitas halagarme, Melissa. Eso no va a cambiar las cosas. Melissa inclinó la cabeza y lo contempló un momento. Luego prestó atención al menú, pidió una sopa y una ensalada y esperó a que Bret eligiera su comida.

—¿Quieres saber una cosa? —dijo inclinándose hacia él—. Ya no me importa lo más mínimo.

—¿A qué te refieres?

—A lo que pienses de mí. Puedes irte al infierno y creer lo que te dé la gana, no permitiré que eso me siga molestando. Pienso que eres un hombre atractivo y voy a disfrutar comiendo en una hermosa plaza de Salzburgo. Si quieres echar a perder esta experiencia, allá tú. Pero déjame fuera de tus

miserias.

—¿De qué estás hablando? Yo no trato de echar a perder nada.

—Sí, mientras no estés dispuesto a creerme. Pero ya te he dicho que no permitiré que me siga afectando. Puedes pensar lo que demonios quieras.

Melissa se irguió y contempló la fuente con una sonrisa forzada en los labios.

—Te creeré cuando digas la verdad. La evidencia... Melissa apartó la mirada y levantó una mano.

—¡Ni una palabra más! Me has ordenado que no hablara sobre tu trabajo y no lo haré hasta que no averigüe quién me ha tendido una trampa. ¿Puedes llevarme a casa después de comer?

—Sí, te llevaré a casa.

Bret le tomó la mano y le dio un beso ardiente en el centro de la palma para luego cubrirlo con su propia mano. Se quedaron así un momento. Melissa sentía que las descargas eléctricas que emanaban de él la aturdían y la incomodaban.

¿Por qué había tenido que escoger un lugar tan concurrido para hacer algo tan romántico? ¿Era sólo una representación para quien quisiera verla? ¿O sólo lo hacía por ella?

Contra todo pronóstico, la comida acabó siendo encantadora. Melissa inició la conversación inventando historias sobre la gente que pasaba por la plaza. Bret la sorprendió tomando parte en sus disparates hasta hacerla reír con sus invenciones. Luego le hablo de gente de verdad, de la que tendría que presentarle, cuando diera comienzo el Festival, de los amigos que sólo veía una vez al año.

Coqueteó con él encantada de su respuesta cuando él consintió divertido sus avances. Ella se volvió cada vez más audaz hasta que estalló en carcajadas ante una de sus propias frases provocativas.

—Será mejor que te moderes, señora Terrel. ¿Qué harías si tomara tus palabras al pie de la letra?

Sus ojos se burlaban de ella mientras devoraba su cuerpo. Por un momento, Melissa deseó que cumpliera su amenaza, que se tomara el día libre, la pradera y le hiciera el amor apasionadamente. Le habría encantado sentirse libre y completamente irresponsable aquella tarde para compartir todo su amor con Bret.

—Lo estás haciendo otra vez. Tienes una cara muy expresiva y te lanzas por caminos inaccesibles pensando una infinidad de cosas. Y tu cara cambia constantemente. ¿En qué pensabas ahora?

—En hacer el amor contigo en nuestra pradera —dijo ella con descaro antes de echarse a reír al ver su expresión de asombro.

—Algún día, esas bromas van a costarte un disgusto.

Melissa se levantó y recogió su bolso. Inclinandose hacia él para asegurarse de que pudiera oler su perfume, lo miró directamente a los ojos.

—Bret, vas a perderte muchas cosas en esta vida si no puedes creer nada de lo que digo. En este caso, yo también me las pierdo, pero así sea. Sólo son unas cuantas semanas.

Bret se levantó, dejó unas cuantas monedas sobre la mesa, la tomó del brazo y salió con paso casi marcial del café.

—Te dije la otra noche que no habría anulación.

¿No me oíste?

—Te oí, pero no lo comprendí. Hubiera sido mucho más fácil que divorciarse. Bret dejó escapar el aliento entre los dientes.

—Te estaría bien empleado que aceptara tus bravatas y te llevara derecha a la cama. Podría tenerte allí hasta mañana y luego veríamos cómo te sentaba —dijo furioso y desafiante.

Melissa pensó lo mucho que le gustaría si su estado de ánimo fuera el adecuado. Pero no podía acostarse con aquel hombre que rezumaba ira.

—Pero nunca con ira, Bret. Jamás.

Habían llegado a su coche. Bret la obligó a darse la vuelta y la atrapó contra el vehículo, impidiendo cualquier intento de escapada con su cuerpo.

—Si no es con ira, ¿con qué?

—¿Quizá con amor? —pregunto ella insegura.

—No utilices esa palabra, Melissa. Los dos sabemos por qué te has casado conmigo, para evitarte un regreso vergonzoso o algo peor.

—¿Pero por qué te has casado tú conmigo? —preguntó ella en voz baja.

Lejos de sentirse atrapada, Melissa sentía que Bret la estaba protegiendo del resto del mundo. No tenía miedo de él, sólo de sus propias emociones. Lo amaba a pesar de todas sus negativas.

—Para que fuera evidente que te tenía de mi lado en estas negociaciones, para apartarte del trato y mantener la poca confidencialidad que le queda a mi empresa.

—No te creo.

—¿Conoces algún otro motivo?

—No, pero no creo los que me has dicho. La gente no se casa por eso.

Bret le abrió la puerta y esperó a que ella entrara en el coche. Sin embargo, no se inclinó para ponerle el cinturón. Cerró de un portazo y se puso al volante. —Pues créelo —masculló mientras arrancaba.

Capítulo 9

Melissa se vistió con esmero para la velada en el Festival de Música de Salzburgo. El concierto de aquella noche estaba a cargo de la Filarmónica de Viena e iban a celebrarlo en el mismo teatro que Mozart había dirigido.

Se había sujetado el pelo en lo alto de la cabeza y una cascada de rizos le caían por atrás, dejando al descubierto el cuello y las orejas. Llevaba unos pendientes de perlas y un collar también de perlas que su madrina le había regalado al cumplir veintiún años. Se había maquillado más que de costumbre, de acuerdo con una noche de gala. El vestido era un sueño.

Se estudió en el espejo mientras se preguntaba cómo reaccionaría Bret. Tomó un chal y bajó las escaleras pisando apenas los escalones.

Bret estaba en el vestíbulo hablando con Marta. Cuando oyó el roce de las sedas, se volvió para verla bajar.

—¡Oh, *frau* Terrel! Está usted preciosa.

—La verdad es que sí, Melissa —dijo Bret acercándose a recibirla al pie de la escalera—. Estás perfecta.

Melissa sonrió, casi convencida de que lo decía de corazón, pero sabiendo que sólo lo decía porque Marta estaba delante. El ama de llaves se despidió y se retiró a la parte trasera de la casa. Bret volvió a mirar a su esposa.

—Estás encantadora, pero me da miedo de besarte por si te estropeo el maquillaje.

Sin embargo, Bret la besó ligeramente en la mejilla y se inclinó aún más para besar la parte superior de sus pechos. Sus labios rozaron la sombra entre ellos abrasando su piel, lamiéndola provocativamente.

Melissa se estremeció ante las sensaciones que la invadía. Apenas podía respirar, su cuerpo se disolvía en un fuego líquido y tuvo que apoyarse en Bret para no desfallecer. Sin embargo, se negó a pedirle que parara.

Bret la tomó de las manos y se las besó antes de abrirle los brazos para contemplarla.

—¿No tienes una capa o algo parecido para cubrirte los hombros? Hará fresco esta noche.

—Sí —dijo ella mirando a su alrededor.

El chal estaba en el suelo, lo había dejado caer cuando él había comenzado a besarla, Bret se lo echó por encima de los hombros y apoyó la frente contra la de ella. —Quizá no debieras quitártelo. La gente va a ver el concierto, no a distraerse con tu atractivo.

Melissa se sonrojó. Si podía distraerle a él, le importaban un comino todos los demás. Cuando echaron a andar hacia la puerta, la falda se abrió y dejó ver una pierna esbelta. Bret contuvo el aliento.

—Todo hombre tiene un límite, Melissa —dijo él con los ojos brillantes. — ¿Es que no te gusta mi vestido? —preguntó provocativamente, consciente de que al menos podía llegar a él a través de la sensualidad.

El concierto fue conmovedor, aunque Melissa estaba demasiado absorta en sus emociones para prestarle la atención que se merecía. Cuando ocuparon sus localidades en una fila excelente. Bret entrelazó su mano con la de Melissa. Era inquietante. Las sensaciones restallaban a través de sus brazos y se extendían por todo su cuerpo perturbándola y distrayéndola. Melissa se humedeció los labios y trató de prestar atención, pero sólo podía sentir la mano de Bret y pensar en su noche nupcial.

Cuando terminó el concierto, Melissa era un manojo de nervios. Sólo podía pensar en hacer el amor con Bret como lo habían hecho en la noche de bodas. La multitud se dispersó por las calles que rodeaban el teatro, necesitaron caminar varios minutos en el aire frío de la noche para llegar al BMW.

El tráfico era una pesadilla, no se movían con más rapidez que andando. — Me han gustado tus amigos —dijo ella tímidamente.

Sobre todo, le habían caído bien dos de las mujeres. Quizá pudiera empezar a hacer amigas, aunque no merecía la pena para el tiempo que le quedaba. — No sabía que Karl Müller fuera amigo tuyo, sólo que trabajaba para ti —dijo ella.

—Karl lleva muchos años trabajando para la empresa, desde que era casi un adolescente. Más años que yo mismo. Le considero un amigo, aunque no nos vemos a menudo fuera del trabajo.

Melissa guardó silencio, sin atreverse a decir en voz alta sus sospechas. —Y ahora, ¿en qué estás pensando? —preguntó él.

—En que Karl pudo ser uno de los hombres de tu oficina que puso los informes en mi portafolios —respondió ella sinceramente.

—¡Maldita sea, Melissa! ¡Déjalo ya! No entiendo por qué tienes que mencionarlo constantemente. No consigues nada con eso.

Furiosa, Melissa cruzó los brazos sobre el pecho y miró por la ventanilla. En aquel momento, habría dado cualquier cosa por no volver a saber de Bret en toda su vida.

En cuanto llegaron a casa, Melissa salió del coche antes de que Bret tuviera tiempo de abrirle la puerta y corrió a su habitación. Cerró la puerta despacio para no despertar a Max, aunque deseaba dar un portazo que sacudiera la casa hasta sus mismos cimientos.

Su rabia había desaparecido por la mañana. Sin embargo, Bret la esquivó durante dos días. Aunque le dolía su desconfianza, quería seguir a su lado, devolverle la sonrisa, disfrutar del tiempo que pasaba con su hijo. Se preguntó dónde se habría metido Bret. ¿Había tenido que salir a atender sus asuntos o simplemente la estaba evitando?

Aquella noche tenían que ir al Ballet. Se puso el vestido azul que había comprado, el que dejaba un hombro y un brazo al descubierto y, sin embargo, tenía un aire recatado y conservador con su cuello alto y su única manga larga. Volvió a recogerse el pelo en lo alto de la cabeza y a maquillarse con la esperanza de ocultar sus ojeras.

Cuando estuvo lista, fue a ver a Max. Le había pedido que pasara a verlo antes de irse porque no la había visto vestida con el otro traje de noche. Se habían unido mucho en unos pocos días y Melissa estaba encariñada de aquella criatura inteligente e inquisitiva.

—Estás muy guapa, mamá —dijo tímidamente, estudiándola de pies a

cabeza. —Gracias —dijo ella girando en redondo.
Los dos se echaron a reír y Max le aplaudió.
—¿Te ha visto papá ya?

—En este preciso momento —dijo Bret desde la puerta. Melissa se volvió radiante de felicidad.

—No sabía que estabas en casa.

—Acabo de llegar. Te he visto entrar en la habitación de Max cuando subía las escaleras. El niño tiene razón, estás preciosa. Pero eso no es nada nuevo.

A Melissa le sorprendió aquel cumplido y sonrió agradecida y tímida. —¿No vas a vestirte, papá?

—Sí, ahora voy. Y Melissa va a acompañarme.

Bret la tomó del brazo y la empujó suavemente hacia la puerta.

—Pasaremos a verte antes de irnos —le prometió Bret a su hijo.

Bret la condujo a su dormitorio. Era la primera vez que ella entraba allí y lo examinó con curiosidad.

Los muebles eran antiguos, fuertes y muy masculinos. Todo era muy masculino en aquella habitación, desde las cortinas azul marino al edredón marrón que cubría la cama. No se apreciaba por ningún sitio la mano de una mujer. Se preguntó si había hecho desaparecer todos los recuerdos de Louisa después de su muerte.

—Louisa y yo jamás compartimos esta habitación —dijo él como si le hubiera leído el pensamiento—.

Nuestra habitación era la que hay frente a la tuya. Me mudé a ésta después de su muerte.

Melissa no se había repuesto de la sorpresa y Bret aprovechó para contemplarla detenidamente.

—Hace dos días que no te veo —dijo ella sintiéndose atrapada en la tela de una araña.

—Un viaje de negocios.

Bret se quitó la chaqueta y la dejó a los pies de la cama. Aflojó el nudo de la corbata y la tiró sobre la chaqueta. Melissa lo contemplaba fascinada, humedeciéndose los labios. Cuando se desabotonó la camisa, ella apoyó la

espalda contra la puerta. No estaba segura de si sus piernas la sostendrían por más tiempo y tampoco podía apartar los ojos de él.

Bret se pasó una mano por la mejilla y la miró.
—Ven a charlar mientras que me afeito.

En el baño, se quitó la camisa y la puso en un cesto de ropa sucia que había junto a una pared.

Melissa se acercó muy despacio a la puerta del baño. Bret ya se estaba enjabonando la cara. Ella se detuvo en el umbral y dejó que sus ojos disfrutaran con lo que veían. Unos músculos bien definidos se amontonaban bajo su piel. En el espejo, Melissa pudo ver el vello que cubría su pecho, los pezones oscuros rodeados de rizos rubios. Le hormiguearon los dedos al recordar su tacto, la forma de aquellos músculos que tanto la excitaban.

Bret la miró en el espejo y entornó los párpados.
—Dime, ¿qué habéis hecho Max y tú durante mi ausencia?
—¿Dónde has estado?

Melissa dio un paso hacia delante sin dejar de mirarle en el espejo. Era un hombre magnífico.

—Tuve que ir a Viena. Tendré que volver dentro de un par de semanas. Te lo iba a decir después del concierto pero... Bueno, te retiraste abruptamente. ¿Me has echado de menos?

—Sí, pero Max y yo nos hemos divertido mucho.
Ayer fuimos a los Jardines Mirabell. A él le encantaron las estatuas de enanos y a mí me chifla pasear junto al río. Después comimos en un café y volvimos a casa. Se había gastado el último dinero que le quedaba, pero había valido la pena. Max no había estado nunca en aquel jardín y había disfrutado inmensamente. —Algún día podemos ir al castillo Hellbrunn, a Max le gustará. Hay fuentes que te mojan si no llevas cuidado.
—Puede que sea divertido, pero la escuela empezará dentro de poco. Deberíamos hacerlo antes.

Bret dejó la toalla y se acercó a ella. Melissa contempló su pecho, ancho y

sólido. Se pasó la lengua por los labios y lo miró a la cara antes de cerrar los ojos y abandonarse al beso.

Bret tenía los labios fríos. El aroma punzante de su loción de afeitar llenaba el baño. La incitó a que le respondiera y, en aquel momento, Melissa estuvo perdida. Abrió la boca ávida del placer que sólo él sabía darle. Pero él se retiró y prefirió acariciarle la boca con los labios antes de acabar buscando su lengua.

Melissa sintió que su boca se transformaba en el centro de su vida. Las delicias incitantes que le procuraba con labios y lengua absorbieron todo su ser y sintió que sólo sus caricias la ataban a la vida. Bret le bajó el vestido desde los hombros a la cintura.

—¡Dios mío! Si ni siquiera llevas sostén.

—Bret.

Melissa se retiró. La única manga le inutilizaba la mano derecha aunque todavía contaba con la izquierda para empujarle. Pero de repente sus dedos tropezaron con el vello de su pecho y tuvo que acariciarlo.

Bret contempló sus senos blancos y los abarcó con las manos, trazando círculos sobre los pezones con las yemas de los pulgares, provocando que se irguieran enhiestos. Melissa dejó escapar un gemido. Deseaba más, que la acariciara como lo había hecho la noche de su boda.

Cuando creyó morir de deseo, Bret capturó uno de los pezones rosados con su boca. Aquella humedad ardiente era maravillosa. Melissa apretó su cabeza contra sí y volvió a gemir sintiendo un fuego líquido en el centro de su ser. Cuando él chupó suavemente, pensó que se desmayaba y se fundía en un charco de placer sensual. Jadeaba de ansia y deseo, que crecían hasta convertirse en un abismo febril. Estaba haciendo que se consumiera en su propio fuego.

Bret empezó con el otro pezón, lamiéndolo, chupándolo hasta que Melissa no pudo aguantar más.

—¡Bret!

Se estaba cayendo al suelo, no podía mantenerse en pie. Lentamente, él alzó la cabeza buscando su boca. Sus labios estaban húmedos y calientes, llenos de energía. Melissa sentía la fuerza de su pecho, la piel ardiente contra su cuerpo. Bret la estrechó con fuerza sin detener la invasión de su boca.

No esperaban que llamaran a la puerta.

Melissa se quedó paralizada un momento y comenzó a apartarse de él.

—¿*Herr* Terrel? ¿Quiere que le prepare algo de comer antes de irse? —dijo Marta al otro lado de la puerta.

Bret respiró entrecortadamente y soltó a Melissa. La hizo pasar al baño y entornó la puerta antes de cruzar la habitación y abrir la del pasillo sólo una rendija. Habló con Marta. Melissa no podía oír lo que estaban diciendo y tampoco lo intentó. Aprovechó el tiempo para arreglarse el vestido. Al mirarse en el espejo vio que tenía los labios hinchados, el pelo revuelto, el maquillaje arruinado. No necesitaba mucho para reparar los daños, siempre que pudiera ir a su habitación. Todavía sentía debilidad en las piernas y todo su cuerpo ardía de deseo.

Cuando oyó que se cerraba la puerta, salió del baño sin mirar a Bret a los ojos. —Tengo que maquillarme otra vez.

—Yo estaré listo en diez minutos.

La voz ardiente que le había hablado hacía unos minutos había desaparecido reemplazada por el tono frío al que ella estaba acostumbrada. Melissa parpadeó para mantener a raya unas lágrimas repentinas.

El ballet fue hermoso y Melissa disfrutó con toda su alma. Cuando fueron a cenar con unos amigos, pareció olvidarse de su exigencia de adoración pública. Si embargo, la trató cordialmente, pero como si fueran los ejecutivos de firmas diferentes que habían sido antes.

En la cama, sola, Melissa se dio cuenta de que Bret no iría a dormir con ella. Cerró los ojos y revivió cada momento de la noche que habían pasado juntos. Sólo consiguió sentirse peor.

Durante la cena con los amigos, habían recibido dos invitaciones más para

asistir a un par de fiestas relacionadas con el festival. Melissa sabía que necesitaba otro vestido y no tenía dinero. Pero Bret las aceptó y ella no pudo encontrar una excusa para no ir.

Se preocupó por eso a la mañana siguiente. Jugó distraída con Max, no pudo concentrarse cuando Marta le hizo una pregunta y olvidó llamar a Gerry para ver que tal progresaban las negociaciones.

Finalmente, decidió que tenía que hacer algo, estaba en bancarrota. Le repugnaba la idea de llamar a su madre para pedirle un préstamo y tener que decirle que las cosas no marchaban tan bien como le habría gustado, pero no importaba. Su madre siempre la apoyaba.

La llamada fue mejor de lo que Melissa había esperado. Casi no le hicieron preguntas y aceptaron sus respuestas vagas. Pero el dinero tardaría varios días en llegar y después, Melissa tendría que cambiarlo.

Durante la cena, se conformó con hablar de naderías con Bret. Tenía que encontrar una solución o volver a ponerse el traje de boda. Bret la detuvo cuando se levantaba de la mesa.

—Espera un momento. Tengo algo para ti.

Sacó un paquete largo y estrecho de su bolsillo, estaba envuelto en papel plateado. Melissa sentía curiosidad. Nunca le había regalado nada.

Un hermoso collar de diamantes y zafiros relumbró cuando abrió el estuche. También había dos pendientes a juego. El brillo de los diamantes era cegador, los zafiros resplandecían sobre el forro de terciopelo. Melissa contempló las gemas un momento. Entonces, cerró el estuche de un golpe y lo tiró sobre la mesa antes de encararse con Bret.

—Gracias, pero no puedo aceptarlo —dijo ella marchándose.

—¿Porqué no?

Bret casi parecía decepcionado.

—Porque no puedo.

Melissa apartó la mirada para ocultar su dolor. Bret no iba a conseguir nada tentándola con joyas.

—Espera un momento. ¿Por qué no? Yo quiero que te lo pongas. Melissa lo miró desafiante y dio la bienvenida a la cólera que empezaba a crecer en ella. La necesitaba para sostenerse.

—Debido a ese maldito acuerdo que firmamos tú y yo. No pienso tocar tu preciosa fortuna. Bueno, flores si acaso. Pero ese collar debe haber costado una barbaridad. Nunca debí consentir que insinuaras que yo era una mujer mercenaria y codiciosa, me está bien empleado por no haberle puesto remedio desde el primer momento.

—Melissa, esto no tiene nada que ver con el acuerdo prematrimonial. —¿Ah, no? ¿Sigues creyendo que robé los informes?

—Tampoco tiene que ver con los informes. Quería que lo llevaras con alguno de tus vestidos. Te quedaría fantástico con el que te pusiste anoche. Bret evitaba mirarla a los ojos y mantenía una postura rígida, como si estuviera haciendo verdaderos esfuerzos por dominarse.

—¿De modo que es un préstamo hasta que nos separemos?

—¡No, es para ti! —estalló él.

—¿Y qué pasará cuando se firme el acuerdo? ¿Me acusarás de haber tomado las joyas de tu propiedad? No, gracias.

Melissa intentó salir del comedor, pero él la retuvo.

—Es perfectamente aceptable que un marido regale unas malditas joyas a su esposa.

—Eso será en un matrimonio normal, donde hombre y mujer se quieren, se apoyan y se ayudan mutuamente. Pero no en esta farsa de salón nuestra. No confías en mí. Un marido de verdad confiaría en su esposa. ¡Déjame en paz!

Melissa se libró de él de un tirón y salió del comedor furiosa y molesta. El collar era muy hermoso. No sabía qué habría dado con tal de que se lo hubiera regalado con amor, por que hubiera sido él quien se lo pusiera en torno al cuello diciéndole que la amaba.

Pero él no la amaba y ella no quería aceptar nada de Bret.

Capítulo 10

Al día siguiente, Melissa esperó a que Bret se marchara para bajar. Iba a ir a Salzburgo, pero no quería que él supiera lo que había decidido hacer. Llevaba en el bolsillo su collar de perlas. Esperaba encontrar una joyería que le diera por él el dinero suficiente para cubrir sus necesidades más inmediatas. Con un poco de suerte, podría rescatarlo cuando llegara el préstamo de su madre.

Desayunó sola en el comedor preguntándose cuánto faltaría para la firma definitiva del acuerdo.

Melissa había quedado a comer con Gerry para discutir los problemas que tenían y tratar de encontrar una solución. Cada vez estaba más decidida a dar con el verdadero culpable y asegurarse de que Bret quedara convencido de que ella no era una ladrona.

El taxi la dejó frente a la puerta de una joyería que había en una de las muchas plazas de la ciudad. Melissa entró con la cabeza bien alta. No había nada vergonzoso en pasar una mala racha y, en unos cuantos días, podía volver a reclamar el collar con el dinero que su madre le había mandado.

Quizá no tuviera nada de vergonzoso, pero ciertamente era molesto, pensó ella cuando salió de allí rumbo a las tiendas de la Getreidegasse. El encargado había tratado por todos los medios de que la transacción fuera agradable, pero Melissa no había podido evitar una punzada de mortificación al entregarle su precioso collar. Le habían asegurado que no lo venderían en dos semanas.

Le costó dar su apellido para el recibo. Tenía la esperanza de que el apellido Terrel fuera lo bastante corriente como para que nadie la asociara con su marido.

Encontró dos vestidos que podían servir para las cenas a las que estaban invitados. Con cuatro vestidos entre los que elegir, no necesitaría hacer más compras hasta que llegara la hora de marcharse.

Gerry la estaba esperando cuando Melissa llegó al restaurante. Pidieron la

comida y Gerry sacó una carpeta.

—He tomado nota de todo lo que he observado.

Está por orden. ¿Qué te parece? —dijo entregándole la carpeta.

Melissa leyó la lista de incidentes tratando de encontrar alguna pauta general. Gerry tenía sus sospechas, pero nada definitivo que pudiera convencer a Bret.

—Gerry, ¿en qué situación os encontráis?

—Esto nos ha retrasado, claro. Pero estamos a punto de presentar la propuesta final.

—Creo que tengo una idea —dijo ella—. Quizá funcione, quizá no. ¿Puedes preparar una propuesta para presentársela a Bret sin hacerlo realmente? Sería necesario que la tuvieras en tu poder veinticuatro horas.

Gerry la miró y empezó a comprender.

—Claro. Tú crees que la persona que está haciendo esto irá por la noche y la hará desaparecer, ¿no?

—O bien eso, o bien la alterará. Como mínimo la leerá antes que Bret. ¿Tú qué piensas?

Melissa sonrió mientras asentía.

—Naturalmente. Yo estaré allí. Cuando nuestro hombre aparezca, sabré quién es. —No, demasiado peligroso.

—¿Porqué?

—Si alguien se ha esforzado tanto, no querrá que le descubran. ¿Quién sabe lo que puede pasar si ve que estás sola?

—Gerry, tengo que desenmascararle.

—Bien, yo estaré contigo.

—No, ¿y si nuestro hombre comprueba que haya salido todo el personal? Te necesito para que me escondas durante el día. Me ocultaré en el servicio de señoras hasta que se haga de noche y luego en el pequeño recibidor que hay a la entrada de la sala de juntas. Nuestro hombre no tiene por qué enterarse de que estoy ahí.

Gerry meditó un momento y luego asintió.

—Muy bien, Melissa. Pero espero que sepas lo que te haces.

—Quiero saber quién me ha hecho esto, quién puso los informes en mi portafolios.

Ultimaron los detalles de su plan, incluyendo el modo en que Gerry tenía que avisarla de que iba a dejar los documentos para que ella supiera cuándo tenía que ir a la oficina.

Después de comer, Melissa tomó un taxi a casa y se alegró de poder pasar el resto del día con Max.

Estaban en el cuarto, jugando a los soldados, cuando Marta apareció en la puerta. —*Herr* Terrel está en su estudio, *frau* Terrel. Dice que quiere verla.

Melissa se preguntó si pasaba algo malo. Bret nunca iba a casa tan temprano. Bajó deprisa las escaleras, temiendo que hubiera pasado algo en la empresa o a él. Bret estaba mirando por la ventana cuando ella entró al gabinete.

—¿Bret?

Cuando se dio la vuelta, Melissa vio su cólera.

—¿Qué ocurre? —dijo ella, acercándose a él con recelo.

Era consciente de que tenía un aspecto desaliñado con los pantalones cortos y su top comparado con el traje impecable de Bret. Él la miró furioso. Entonces, metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó el collar de perlas. Haciéndolo colgar de sus dedos, habló con una tranquilidad engañosa.

—¿Te importaría darme una explicación sobre esto?

Melissa se sentó en la silla. Contempló el collar delator y sintió que se mareaba. —Parece mi collar —dijo ella temerosa de mirarlo a los ojos.

—Bien. Yo lo reconocí en cuanto *herr* Janis me lo trajo. Te lo has puesto un par de veces. Lo que quiero saber es ante todo por qué lo tenía él.

—Lo he vendido o algo así.

—Pero, ¿pensabas recuperarlo?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

Melissa sintió escalofríos ante aquel tono de voz.

—Dentro de unos cuantos días. Yo... Bueno, me llegará algún dinero para entonces.

—¿Cómo es eso? ¿Estás maquinando otro tipo de tácticas dilatorias para retrasar la firma del acuerdo con tu compañía, algo para cuando se conozcan los términos del trato con el consorcio alemán? ¿Algo que te reporte un beneficio inmediato?

Melissa se puso en pie y lo miró con ojos coléricos.

—¡No! Y si quieres saberlo, señor Desconfiado, estoy esperando un dinero de mi madre. ¿De qué te crees que vivo cuando no trabajo? ¿Del aire? Se supone que tengo que hacer el papel de amante esposa, pero no puedo representarlo en harapos. No ha habido tiempo para traer mi ropa de Inglaterra y tampoco tengo tantas cosas que ponerme.

Melissa avanzó hacia él con los puños cerrados. Estaba tan furiosa que tenía ganas de pegarle. ¿Cómo se atrevía a insultarla de ese modo? ¡No estaba dispuesta a consentírselo!

—Y tampoco es que merezca la pena traer una maldita cosa. En cuanto nuestro acuerdo termine, me largo de aquí.

Bret le tomó la mano, se la abrió, depositó en ella el collar y volvió a cerrársela. —No maldigas, no es propio de la hija de un vicario. Lo siento mucho, Melissa. Me he equivocado. Por favor, perdóname.

Melissa lo miró estupefacta. ¿Bret Terrel estaba disculpándose?

—No espero que gastes tu dinero mientras seas mi esposa. ¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Bromeas?

Melissa era muy consciente de que todavía no le había soltado la mano, de la energía que parecía conectarlos. De repente, deseó que la besara.

—No, no bromeo.

—Bret, después del contrato que firmamos, tengo suerte de poder comer — dijo ella exasperada.

—¡Por el amor de Dios! Eso fue porque yo necesitaba protegerme después de que tú intentaras sabotear las negociaciones, pero no tiene nada que ver con lo demás. Claro que debes tener dinero, ¿cómo si no ibas a hacer tu vida?

—No espero quedarme el tiempo suficiente para que eso importe. Y repito que yo no tomé los malditos, informes.

—¿Tan desgraciada eres aquí?

Bret la atrajo hacia sí, envolviéndola en el calor de su mirada y de su cuerpo, abrazándola lentamente. Melissa apoyó la cabeza sobre su pecho y oyó los latidos firmes de su corazón. Deseó poder quedarse así toda la vida.

—¡Que va! A todas las esposas les gusta que sus maridos piensen que son unas mentirosas y unas ladronas. ¿Cómo puedes pensar que me siento desgraciada? —Yo todavía te deseo —musitó él.

La obligó a levantar la cara y la buscó sus labios apasionadamente. Melissa intentó resistirse. Quería resistirse, demostrarle que no le importaba. Pero era mentira. Le encantaban sus caricias, las anhelaba. Todo lo que podía resistir era un segundo antes de devolverle el beso. Pronto estuvo embriagándose con el sabor de su boca, con sus alientos entremezclados, con el corazón que latía al mismo compás que el suyo. Bret invadió su boca y ella le dio la bienvenida a aquella lengua con un gemido de placer.

—¿Papá?

Bret se quedó inmóvil y le puso las manos en el hueco de la espalda. Lentamente, alzó la cabeza, se separó de sus labios. Melissa se apoyó en él y enterró el rostro contra su cuello, respirando su olor único mientras el corazón le latía desbocado.

—¿Sí, Max?

Melissa se maravilló al verlo tan calmado. Seguía abrazándola, pero ahora miraba a su hijo que se había quedado en la puerta. Pensó que debería haberla cerrado al entrar.

—¿Va a volver a jugar conmigo mamá? —preguntó el niño mirándolo

fijamente. —Sí, ahora mismo. Yo sólo estaba... dándole un abrazo.

—A mí también me gusta que me abrace —dijo Max con su tono solemne. —
¿Quién abraza mejor? —musitó Bret en su oído mientras la miraba con sorna.

Melissa se apartó de él, arrepintiéndose al momento. No obstante, si tenía que ir a jugar con Max, era mejor que fuera cuanto antes.

—Estáis igualados, supongo —dijo ella, riendo al ver su expresión. —
¡Fresca! ¡Eh, un momento!

Bret buscó en su bolsillo trasero y sacó un fajo de billetes. Separó unos cuantos y se los tendió a Melissa.

—Esto bastará por ahora. La semana que viene iremos a abrirte una cuenta en el banco. Toma el dinero. Melissa. No quiero tener otra discusión.

—Muy bien. Bret. Pero abrí una cuenta cuando transferí mi dinero de Inglaterra.

—Papá, ¿no quieres venir a jugar con nosotros?

—Bueno. Pero primero voy a cambiarme.

Max le sonrió a su padre y tomó a Melissa de la mano. Mientras subía las escaleras, Bret pudo oír lo que decía.

—Las cosas son mejores desde que tú estás aquí. Melissa. Papá nunca venía a casa de día y sólo jugaba conmigo los fines de semana.

Bret se les unió y la tarde se iluminó para Melissa. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta. Se justificó diciendo que era mejor jugar descalzo. Melissa sonrió. Sospechaba que unas pocas semanas antes jamás se le habría pasado por la cabeza quitarse los zapatos.

Aquella noche fueron a la fiesta que daba uno de los mejores amigos de Bret. Melissa se divirtió y aprendió más cosas del hombre que amaba. Sin embargo, cuando llegaron a casa se limitó a desearle buenas noches y se quedó en su estudio mientras ella subía a su habitación. Melissa tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.

El domingo, Bret sorprendió a todos llevándoles al Schloss Hellbrunn, al sur de la ciudad. Se pusieron ropas cómodas, adecuadas para un día de calor.

Bret y Melissa caminaban de la mano, Max corría a su alrededor explorándolo todo.

—Este sitio es famoso por ser el primer jardín de Austria, pero el constructor tenía sentido del humor.
Cuidado con las fuentes.

Pasearon por las sendas sólo para verse sorprendidos por chorros de agua que cayeron sobre ellos desde ambos lados, mojando a todos los que se hallaban allí. Melissa rió y trató de escapar corriendo. Bret la miraba divertido.

—Es muy divertido —dijo Melissa—. Pero no vendría en invierno por nada del mundo.

—En invierno, podemos ir a esquiar a Innsbruck.

Melissa lo miró un momento y apartó los ojos mientras contenía el aliento. Cuando llegara el invierno, las dos compañías habrían firmado el acuerdo. Se preguntó si Bret dejaría que se quedara después de sellarlo.

—¿Y ahora, qué? —preguntó él, obligándola a mirarlo.

—Nada. ¿Dónde vamos a comer?

—Espera, antes vamos a una granja que hay cerca de aquí. Tenemos que elegir un perro.

—Estupendo. Max estará encantado. El cachorro era una bola de pelo y Max se enamoró de él inmediatamente. Melissa también. Era una mezcla de razas, canela con el pecho y las patas blancas. La madre no era demasiado grande, de modo que cuando creciera su tamaño no supondría un problema para Max ni para la casa. Mientras regresaban, Melissa quiso saber cómo se había enterado Bret de la existencia de aquella granja.

—¿Son amigos tuyos?

—No, me los recomendó mi secretaria cuando comenté que Max debía tener un perro.

Max estaba completamente feliz abrazando a su cachorro. Melissa volvió a contemplar a Bret y deseó que le hiciera caso en otras cosas. Sin embargo, si

el plan que había elaborado con la ayuda de Gerry tenía éxito, pronto iba a demostrarle que ella no era una ladrona.

Fiel a su palabra, a la semana siguiente, Bret depositó en su cuenta una suma enorme de dinero. Cuando ella protestó, se limitó a decirle que no hacía más que cuidar a su esposa y que no discutiera.

Bret comenzó a pasar cada vez más tiempo fuera de casa y excusaba sus ausencias con motivos de trabajo. Sin embargo, siempre estaba disponible para acudir a los acontecimientos sociales y Melissa empezó a desear que hubiera más fiestas para poder estar con él aunque fuera rodeados de gente.

Cuando estaba en casa parecía cansado, distraído y siempre ocupado. Muchas noches, cuando ella subía a acostarse, él se quedaba en el gabinete revisando documentos y comparando notas.

La escuela había empezado, de modo que Melissa no tenía nada que hacer durante todo el día.

Quería plantearle a Bret la posibilidad de buscar trabajo, pero nunca encontraba el momento oportuno. Gerry la mantenía informada de la marcha de las negociaciones. El tiempo se estaba acabando. Si no ponían en marcha pronto su plan, la propuesta verdadera no tardaría en presentarse y perderían su última oportunidad de ajustar cuentas con el verdadero culpable.

Melissa se levantó temprano y estaba en el comedor cuando Bret fue a desayunar. Alzó las cejas al verla.

—Quería pedirte que me llevaras a Salzburgo —dijo ella cuando se dieron los buenos días.

—¿Vas de compras?

—Sí, faltan un par de semanas para el cumpleaños de mi madre. Quiero mandarle un regalo.

Y también quería buscar trabajo, pero no se lo diría hasta que no lo encontrara. Existía la posibilidad de que Bret se enfadara, pero Melissa había hecho frente a su ira muchas veces.

—Vente a comer conmigo —dijo él.

—Sí, me gustaría —respondió ella tímidamente.

Melissa encontró unas tallas de madera típicas de los Alpes para su madre. Acordó que se las enviaran desde la misma tienda y después fue al Consulado Británico para discutir las posibilidades que tenía de trabajar como profesora de inglés. La trataron con amabilidad y le dijeron que se pondrían en contacto con ella en unos cuantos días. Satisfecha por cómo había resultado la mañana, Melissa se encaminó a la oficina de Bret de buen humor.

La recepcionista le sonrió al reconocerla.

—Ya sabe dónde se encuentra la oficina, *frau* Terrel. Buenos días.

Melissa se asomó a la sala de juntas y le hizo una seña a Gerry. Él se levantó y fue a saludarla con una sonrisa que supuso un bálsamo para los nervios de Melissa. —¿Estás ensayando? —preguntó él mirando hacia ambos lados del pasillo para asegurarse de que estaban solos. Melissa se rió.

—No, sólo voy a comer con Bret, pero va a ser más difícil de lo que yo suponía. Tendré que salir del ascensor en otra planta y subir las escaleras sin que me vean. Tendrás que dejar abierta la puerta de las escaleras de servicio.

—Podemos llamarnos por teléfono, sólo tendré que dejarla abierta a última hora de la tarde. Si no puedo localizarte ese día, tampoco le diré a los demás que ya tenemos la propuesta.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda?

—Quizá tres días. Anoche se perdieron más informes, pero casi hemos terminado. ¿Por qué ha elegido Bret estos días para quedarse en casa? — Quizá porque quiere pasar más tiempo con su mujer, ¿no cree?

La voz de Bret restalló como un látigo. Melissa se dio la vuelta. Había salido de su oficina y se había acercado a ellos sin que se dieran cuenta. Melissa sonrió débilmente, preguntándose cuánto habría oído.

—Hola.

—¿Acaso desea usted pasar algún tiempo con mi esposa? —dijo Bret en un tono implacable.

—Sólo nos estamos saludando. Ya nos veremos, Melissa —dijo Gerry apresurándose a volver a la sala de juntas.

A Melissa le dio un vuelco el corazón. ¿Qué iba a pensar Bret ahora? —En el futuro, no vuelvas a esta oficina y evita todo contacto con Gerry Toliver, ¿está claro?

Melissa sintió escalofríos al oír el tono gélido de su voz. Ya conocía por experiencia su cólera. No había nada más que decir. Melissa no podía contarle lo que trataba de hacer.

Capítulo 11

La comida fue un desastre. Melissa contaba los minutos que faltaban para que se acabara. Bret sólo hablaba cuando le hacía preguntas directas. No sabía qué había podido molestarle tanto. Se alegró de poder escapar a casa cuando terminó.

Aquella noche, Bret llegó muy tarde y se encerró en el estudio directamente, dejando bien claro que no deseaba verla.

Gerry la llamó a la mañana siguiente.

—¿Se ha ido?

—¿Quién? —preguntó Melissa.

—Terrel. Se ha ido dos días a Innsbruck. Hoy mismo me encargaré de que todos sepan que ha llegado la propuesta. ¿Puedes venir?

—Sí. Llegaré a las cuatro, como muy tarde. ¿Cómo sabré cuál es la falsa propuesta?

—La pondré en una carpeta amarilla inconfundible. Se parece mucho a lo que yo creo que será la verdadera.

—Genial. Deséame suerte.

—Melissa, ya sabes que quisiera estar contigo.

—No, ya hemos hablado de eso. No me pasará nada. Sólo quiero saber quién o quiénes están haciendo esto. No pienso enfrentarme a ellos.

Melissa colgó el teléfono sintiéndose tensa por anticipado. Al fin tenía una oportunidad de saber quién le había tendido la trampa. Tenía que demostrarle a Bret que ella no le había traicionado.

Las horas pasaron lentamente. Melissa tuvo la precaución de decirle a Marta que iba a salir a cenar temprano con unos amigos.

Llegó al lavabo de señoras, entró en un reservado y cerró con llave, teniendo cuidado de levantar los pies. De nuevo aquella espera interminable.

Gerry iba a quedarse el último o trataría de salir con los más rezagados. Ese era su plan. El culpable que buscaba no aparecería antes de que terminara el personal de la limpieza que siempre podría identificarle. Melissa contaba con que volviera aquella noche.

Cuando oyó que se acercaba el personal de la limpieza, salió del baño y se dirigió a las escaleras, dejando la puerta entornada para no quedarse encerrada en el descansillo. No tardaron mucho en marcharse y Melissa pudo ir al pequeño recibidor de la sala de juntas.

Al menos había silencio. Las oficinas estaban tranquilas y oscuras. Abrió la puerta muy despacio y escuchó atentamente. No oía nada. Entró en la oficina dejando que la puerta se cerrara con un chasquido suave. Recorrió un pasillo y torció a la derecha cuando pasó la sala de archivos. La puerta de la sala de juntas estaba abierta pero estaba demasiado oscuro para distinguir los muebles. Siguió adelante y entró en la pequeña antecámara.

Al instante quedó cegada por una luz potente y extendió las manos ante la cara para proteger sus ojos del resplandor.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

El corazón se le cayó a los pies, era Bret.

—Puedo explicarlo —dijo convencida de que no iba a escucharla.

—Claro que sí. Te has enterado de que hoy ha llegado la propuesta, ¿no? Eso es lo que has venido a buscar, ¿verdad que sí?

—Bret, no grites. Y enfoca la linterna hacia otra parte. No veo nada. La luz se apagó. Bret la aplastó bruscamente contra su pecho, hundiendo los dedos en su brazo.

—Podría matarte por esto, Melissa —dijo con una voz mortalmente fría—. Tenía dudas, pero esto lo confirma todo.

—Bret, ¿quieres escucharme un momento? No es lo que tú crees —susurró ella. Todavía esperaba que apareciera el verdadero culpable—. Gerry y yo elaboramos un plan. Es una propuesta falsa. Tratamos de averiguar quién es el verdadero saboteador, quién puso los informes en mi portafolios.

—Buen intento, cariño, pero no te creo. Lo he intentado. He estado

observando atentamente por si decías la verdad. Pero no ha sucedido nada. En cuanto tú te fuiste, las cosas se calmaron.

—No es verdad. Gerry tiene una lista de los incidentes.

—¿Es tu cómplice?

—¡Maldito seas, Bret! ¡Escúchame! —siseó ella.

Una mano le tapó la boca mientras que el otro brazo la sujetó firmemente contra su cuerpo. Melissa no podía moverse.

—¡Calla! —susurró él junto a su oreja—. Me parece que he oído algo. Después de unos segundos escuchó unos pasos.

Sin perder tiempo, se lanzó hacia la puerta de la sala de juntas, pero Bret la obligó a ponerse detrás de él.

Una luz apareció en la sala y apuntó sobre la mesa. Al llegar a la carpeta amarilla, dejó de moverse. Melissa forzó los ojos para distinguir quién era. Intentó acercarse, pero Bret la retuvo firmemente sujetándole del brazo. Quería ver más.

Y su espera fue recompensada. Una mano retiró un folio de la carpeta, lo arrugó y lo metió en un bolsillo. Otra le siguió. La carpeta fue devuelta a la mesa, pero antes de que el desconocido pudiera marcharse, Bret encendió su potente linterna que iluminó la cara sorprendida de Karl Müller.

Melissa se quedó con la boca abierta.

—Melissa, ve a mi despacho y llama a seguridad. El número está al lado del teléfono. Rápido.

Melissa corrió a su oficina encendiendo las luces a su paso. En menos de un minuto estaba de vuelta en la sala de juntas. Bret debía haberle preguntado a Karl por qué lo había hecho, hablaba rápidamente, tratando de explicarse, de excusar su comportamiento.

—... lo que redujo las acciones aún más. Yo quería tener parte de esas acciones, pero tú seguías vendiendo. El acuerdo con los alemanes fue un desastre. Yo tendría que haber ganado un paquete con aquello, pero no salió

bien.

—¿Ayudaste a Louisa?

—No podría haberlo hecho sola —dijo Karl en tono despectivo. Miró a Melissa y esbozó una sonrisa sardónica.

—Creí haber detenido este acuerdo, pero no sabía lo lejos que habíais llegado en vuestras relaciones. En vez de mandar a paseo a los londinenses, te casaste con ella. —De modo que fuiste tú quien puso los informes en mi portafolios

—dijo ella deseando que quedara bien claro.

—Por supuesto.

Karl se dejó caer en una de las sillas, parecía haber envejecido de repente. Contempló las carpetas que había sobre la mesa y palpó los folios arrugados que llevaba en el bolsillo. No tenía salida. El guardia de seguridad no tardó en llegar, el mismo que unas semanas antes había detenido a Melissa, entró, echó un vistazo y se dirigió a Karl.

—Venga usted conmigo, señor.

—Me gustaría presentar cargos contra él si puedo —dijo Bret—. Asegúrate de que no vuelve a poner los pies en el edificio.

Bret no abrió los labios mientras acompañó a Melissa al coche. Ella estaba contenta de verse exonerada, pero también se sentía extrañamente aprensiva. No le gustaba el silencio de Bret. Ya no había motivo para quedarse en Austria. Bret sabía ahora que ella no había interferido en el trato. ¿Por qué no decía nada? Deseó saber lo que estaba pensando.

Bret le abrió la puerta del coche y, cuando estuvieron dentro, se volvió a mirarla a la luz de las farolas.

—Te debo una disculpa, Melissa. Siento no haberte creído la primera vez que me dijiste que tú no habías robado los informes. Pero creí que la evidencia era abrumadora. Al fin la miró a los ojos. Parecía distante, más formal de lo que nunca había sido. —Me alegro de que todo se haya aclarado. Es terrible decir la verdad y que nadie te crea.

—Ha sido totalmente inexcusable por mi parte y te pido disculpas.

Melissa se inclinó y le tomó la mano. Él se apartó como si le hubiera tocado

con un hierro al rojo. Melissa miró hacia otra parte, tratando de ocultar el dolor que sentía ante su reacción.

—¿Por qué estabas aquí esta noche? Después de tu experiencia con Louisa, podías creer que yo trataba de sabotear el acuerdo —dijo ella preguntándose si estaba condenada a no gustarle nunca.

—Tú no tienes nada que ver con Louisa, lo has demostrado una y otra vez. Pero yo estaba demasiado ciego para darme cuenta, demasiado asustado para fiarme de mi propio juicio. ¿Hace mucho que sabías que se trataba de Karl?

—No, aunque nuestras sospechas se centraban en Erich y en él. Eran los únicos que podían conocer los detalles del acuerdo con el consorcio alemán y sus ramificaciones. Y los dos tuvieron la oportunidad de poner los informes en mi cartera.

—¿Nuestras?

—Gerry Toliver y yo elaboramos este plan. Se ofreció a ayudarme a descubrir quién me había tendido la trampa. Él sabía que yo nunca hubiera robado esos informes, pero tampoco pudo descubrir al responsable.

—Yo hubiera puesto la mano en el fuego por Karl. No sabía que quería tener acciones en la compañía, aunque trabajaba aquí mucho antes de que yo llegara. —Bret, no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué estabas aquí esta noche? Gerry me dijo que te habías ido a Innsbruck. Bret contempló un momento la calle, sumido en sus pensamientos.

—Tenía que haberme ido esta tarde, pero cuando mi secretaria me avisó de que Gerry andaba diciéndole a todo el mundo que había llegado la propuesta final, pospuse el viaje. Quería comprobar si alguien venía esta noche a tomarla o a cambiarla.

Melissa sintió que su corazón se henchía.

—¿Porqué?

—Supongo que no estaba del todo convencido de que fueras tú la saboteadora. —Pues lo disimulabas muy bien.

—Eso fue al principio, pero durante estas semanas has demostrado que no eres la clase de mujer mercenaria que era Louisa. Rechazaste el collar, que vale una buena suma. No intentaste sacarme dinero, sino que te gastaste el tuyo. Incluso preferiste llamar a tu madre antes que pedírmelo. Me tenías intrigado. Empecé a vigilar de cerca las negociaciones, aunque no he visto los incidentes que Gerry tiene en su lista. Y cuando te he encontrado aquí esta noche, creí que era la prueba definitiva de que tú estabas detrás de todo.

Bret volvió a guardar silencio mientras miraba la calle.

—Tú has cumplido tu parte del trato y yo el mío.

Eres libre de volver a Inglaterra tan pronto como quieras.

Melissa lo miró horrorizada. Había albergado la esperanza de que no se lo dijera. —Max tiene el cachorro y ha empezado la escuela.

No será tan duro para él —añadió Bret.

Melissa tenía ganas de gritar. ¿Qué iba a hacer ella? ¿Qué iba a ser de ella todos los años que le quedaban por vivir? Pero prefirió callarse y se limitó a asentir, temerosa de que la voz la delatara.

—Volveré a trabajar. Estaba empezando a aburrirme, todo el día en casa y Max en la escuela —dijo ella en un tono quebradizo.

—Todavía tengo que ir a Innsbruck mañana. Volveré por la tarde. ¿Puedes esperarme hasta entonces? Te llevaré al aeropuerto.

—Claro —dijo ella luchando contra las lágrimas—. ¿Podemos irnos a casa ya? Necesitaba la soledad de su habitación para dar rienda suelta a! llanto y al dolor que amenazaban con aplastarla.

—Lo que tú digas.

Bret le puso la mano bajo la barbilla y le acarició los labios con el pulgar. — Siento mucho no haberte creído, Melissa. Todo habría sido diferente.

Melissa se sumió en un silencio estupefacto mientras recorrían las calles desiertas. Le pareció que llegaban a la casa de Bret demasiado pronto. Subió lentamente las escaleras, tratando de ver con unos ojos anegados en llanto, pero todo estaba borroso. Se arrojó sobre las almohadas mullidas y dejó fluir el dolor que ya siempre la acompañaría, ahogando los sollozos para que Bret no la oyera, para que nunca sospechara que estaba llorando.

Empezó a hacer las maletas a la mañana siguiente. No le costó mucho trabajo, tampoco tenía tanta ropa.

Se acercó a la ventana. Le habría gustado ver la pradera por última vez, pero estaba lloviendo. El viento soplaba con fuerza amenazando con desgajar las ramas de los árboles. Suspiró.

Todavía llovía cuando Max llegó del colegio y estaba arreciando. El niño le contó que el viento había sacudido el coche que le llevaba todos los días a casa y que la visibilidad era prácticamente nula.

Encendieron la chimenea del cuarto de juegos y se sentaron a escuchar la lluvia que golpeaba los cristales con una furia torrencial. El viento aullaba y ululaba alrededor de la vieja casa de piedra, a través de los altos pinos y los recios abetos que se estremecían bajo su fuerza. Oscureció antes de lo normal a causa de la tormenta.

Merendaron junto al fuego y luego fueron a jugar con el cachorro que estaba confinado en la cocina hasta que aprendiera a comportarse dentro de la casa.

Melissa trató de fingir buen humor para que Max no sospechara que se iba. Le dejaba a Bret la tarea de comunicárselo. Intentó reír y leerle e incluso jugó con él a los soldados, saboreando cada minuto, memorizando sus comentarios para poder recordarlos en el futuro.

El viento azotó la puerta de la cocina y Melissa sintió escalofríos pensando en que Bret tenía que conducir con aquel tiempo. Esperaba que la tormenta no fuera tan intensa sobre Innsbruck.

—*Frau* Terrel, la llaman al teléfono —dijo Marta apareciendo en el cuarto de los juegos.

—Ya voy. ¿Es *herr* Terrel?

—No *frau*, es uno de sus empleados.

Melissa corrió al dormitorio de Bret, donde había un supletorio. —¿Diga? —*Frau* Terrel, ¿está *herr* Terrel en casa? Soy Erich Meyer.

—No, ha tenido que ir a Innsbruck —dijo ella preguntándose por qué el

personal de su empresa no sabía dónde estaba.

—Hace horas que salió hacia Salzburgo. Creí que podría haber llegado a casa. No ha venido a la oficina. Pero necesito una información para mandar por télex a América. ¿Puede decirle que me llame cuando llegue? Todavía estaré un rato aquí.

—Sí, claro. Se lo diré en cuanto venga.

Melissa colgó el teléfono sintiendo crecer el miedo en su interior. Intentó no preocuparse. Estaba segura de que Bret habría parado en alguna parte a esperar a que pasara lo peor de la tormenta.

Se sentó en aquella cama descomunal y acarició el edredón oscuro. Contempló los muebles robustos. Nunca había sido su habitación, Bret nunca le había pedido que durmiera allí.

Suspirando por lo que podía haber sido, se levantó y fue a buscar a Max. Aquélla era la última tarde que pasaban juntos y quería aprovecharla al máximo.

Disimuló su preocupación por Bret hasta que el niño se fue a la cama. Eran más de las ocho y media. Bret debería haber llegado. ¿O habría ido a la oficina tal como Erich esperaba? Entró en el gabinete y marcó el número de su empresa. El teléfono sonó y sonó y nadie lo descolgaba. Era posible que Bret hubiera llegado y se encontrara atravesando Salzburgo, camino de casa.

Marta había encendido la chimenea del gabinete. Caldeaba la habitación a pesar de la tormenta, pero Melissa no lo notaba. Contempló largo rato las llamas, preguntándose dónde estaría Bret, cada vez más preocupada, con una sospecha creciendo en su corazón.

Cuando dieron las nueve, dejó la revista que había tratado de leer y volvió a llamar a la oficina. Tampoco hubo respuesta. Tomó la guía y pasó las páginas hasta que encontró el número de la casa de Erich. Marcó el número con dedos trémulos, con miedo de oír lo que él tuviera que decirle.

—¿Ha tenido noticias de Bret? —preguntó cuando Erich contestó. —No, *frau*

Terrel. No ha ido a la oficina. He mandado el télex sin esa información. —
¿Está seguro de que había salido de Innsbruck?
—Sí, llamamos allí por el mismo motivo. Salió de viaje después de comer.

Era un trayecto de tres horas. Tendría que haber llegado hacía tiempo.
¿Dónde se había metido?
Melissa le dio las gracias y le prometió que le daría su recado en cuanto llegara. Colgó el teléfono y se lo quedó mirando con el corazón en vilo.
Los golpes en la puerta la sobresaltaron. Corrió a abrir preguntándose si Bret habría olvidado las llaves. Estaría empapado, caía un verdadero diluvio.

Abrió la puerta y su sonrisa de bienvenida desapareció al ver dos desconocidos en el umbral. Llevaban impermeables negros de los que chorreaba el agua en cascadas. Los gorras les protegían de la lluvia y les ocultaban el rostro.

—¿*Frau* Terrel? —preguntó el mayor en alemán.
—Sí, pasen. Está lloviendo a cántaros.

Se hizo a un lado para dejarles entrar. Estaba muerta de miedo. Reconoció las insignias de la policía de la ciudad. Preparándose para lo peor, cerró la puerta.

—*Frau* Terrel, ¿está su marido en casa?
—No —dijo ella tragando saliva—. Ha tenido que ir a Innsbruck.

Los dos policías intercambiaron miradas. Uno de ellos sacó un bloc de notas y lo consultó.
—¿Posee su marido un BMW negro con matrícula...?

Melissa no pudo seguir escuchándole, le rugían los oídos. Dio un paso hacia atrás, buscando a tientas la silla del vestíbulo. Se sentó sin dejar de mirar al policía que había dejado de hablar y la contemplaba con cara de preocupación.

—Bret tiene un BMW negro, pero no sé la matrícula. No llevamos mucho tiempo casados.

—Lo lamento, *frau* Terrel —dijo apesadumbrado el mayor de los policías—.

Hemos encontrado el coche en muy mal estado. Siento decirlo, pero es un tramo muy peligroso de la carretera de Innsbruck. Hay un precipicio, una curva cerrada. No hemos encontrado a su marido, pero había sangre en el coche. ¿No sabe nada de él? —No.

El pánico la había dejado insensible. Bret tenía que estar bien. Ella no podría soportarlo si algo le pasaba.

—Tendría que haber llegado hace varias horas, pero no sabemos nada de él. Acabo de hablar con uno de sus empleados.

—Puede ser que esté bien, señora. También puede ser que haya echado a andar conmocionado, o que esté en el precipicio. Todavía no le hemos encontrado.

Melissa cerró los ojos y asintió. Pero, si había echado a andar sin saber lo que hacía, ¿no podía morir de frío en una noche tan horrible? Sobre todo si se encontraba herido. ¡No podía soportarlo!

Melissa se levantó y miró a su alrededor. Tenía que haber algo que ella pudiera hacer.

—Señora, estamos haciendo todo lo que podemos. Por favor, si sabe algo de él, llámenos en seguida. Mientras, continuaremos la búsqueda.

Los policías la miraban con ojos compasivos. Melissa asintió y trató de sonreír, pero no pudo.

—Les llamaré si me entero de algo. Por favor, ¿me avisarán de inmediato si le encuentran?

—Sí, frau Terrel. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, no se preocupen. Esperaré aquí. Su... Nuestro hijo está durmiendo. Me quedaré con él.

Era la primera vez que pensaba en Max como hijo suyo. Si algo le ocurría a Bret, tendría que ocuparse de él. Pero no podía ocurrirle nada a Bret. ¡Tenía que estar bien!

La casa se le antojó vacía y silenciosa cuando se fueron los policías. Sin embargo, a pesar de su enormidad, todavía podía oír el rugido de la tormenta. Bret no podía estar a la intemperie, sería terrible.

Se sentó en el estudio con la mente confusa. No podía imaginarse que le había perdido para siempre. Tenía que volver en cualquier momento, Melissa

necesitaba creer que volvería.

Sin embargo, se le ocurrió que quizá debía pensar qué iba a hacer si él no regresaba. No podía marcharse. Ella lo quería. Habían pasado ratos muy felices juntos. La noche de bodas había sido especial, maravillosa. Bret todavía la deseaba, de eso estaba segura.

Podía recordar cada vez que la había besado, cada caricia. La única noche que habían hecho el amor. Bret no debería haberlo hecho si quería conseguir una anulación. Sin embargo, había seguido adelante y le había dicho que no habría anulación.

¡Tenía que estar a salvo!

Desquiciada, se levantó con la idea fija de que tenía que haber algo que ella pudiera hacer. Fue al vestíbulo y contempló la puerta que debía abrirse de un momento a otro para dejar entrar a Bret. Pero sólo oía la lluvia, sólo veía los charcos que los policías habían dejado al entrar. Tenía que recoger aquella agua.

Sin embargo, subió las escaleras y fue a la habitación de Max. A la luz del pasillo, vio sus mejillas sonrosadas, su pelo revuelto. Sonrió mientras dejaba de llorar. Era tan precioso que no podría decirle que algo malo le había sucedido a su papá. Ya había perdido a su madre, no podía perder a su padre también.

Melissa no podía soportar aquella espera eterna. Fue a su habitación y miró por la ventana. ¿Se atrevía a fiarse de sus instintos o debía prepararse para una congoja incurable? Tomó su maleta, la llevó al dormitorio de Bret y la dejó sobre la cama. La abrió y guardó su ropa en el armario y en los inmensos cajones de la cómoda.

En dos o tres viajes, acabó de ordenar sus vestidos de noche y sus cosas de baño. Se sentó en la cama y contempló la habitación. Tenía ganas de llorar otra vez. ¿Y si era demasiado tarde? ¿Y si Bret no volvía nunca?

Las luces de unos faros iluminaron la ventana. Melissa alzó la cabeza. ¿Había vuelto la policía? ¿Habían averiguado algo? Se levantó lentamente y bajó al

vestíbulo como hipnotizada.

Capítulo 12

Melissa oyó el ruido de la cerradura sin darse verdadera cuenta de lo que era. Entonces oyó la puerta y la esperanza estalló en ella como un volcán.

—¿Bret?

Llegó a lo alto de las escaleras en el momento en que él entraba en la casa.

—¡Bret! —musitó mientras bajaba sin quitarle los ojos de encima—. ¡Bret!
¡Bret! ¡Bret!

Cada vez lo decía más fuerte hasta que su nombre se convirtió en un grito de alegría. Bret respiró profundamente al verla y le abrió los brazos para que se arrojara a ellos.

Melissa lo abrazó con todas sus fuerzas. Bret se limitó a sostenerla y a sentirla con todo su cuerpo.

—¡Dios mío, Bret! Estaba tan asustada. Creía que habías muerto. La policía no podía encontrarte y Erich no sabía nada de ti y...

Melissa tomó aire, aunque el sonido se parecía sospechosamente a un sollozo y renovó sus intentos de asfixiarle.

—Melissa, cariño. Estoy bien —dijo él acariciándole la espalda.

—Ha venido la policía, Bret. Han dicho que habían encontrado tu coche estrellado y que había sangre dentro.

Melissa se apartó un poco para mirarlo de arriba abajo. Llevaba la cabeza vendada. Parecía exhausto. Vio manchas de sangre en su abrigo y entonces se dio cuenta de que estaba empapado.

—¡Pero si estás chorreando!

—Lo estaba, en el hospital me ha dado tiempo a secarme.

Bret contempló su rostro preocupado y la besó en los labios. Melissa cerró los ojos para darle todo el amor que tenía en aquel beso. Bret la besó con toda la ternura de que era capaz para compensarla por las horas de angustia que había sufrido.

Cuando sintió que Bret tiritaba, Melissa se apartó.

—Tienes que quitarte esa ropa mojada. Date una ducha caliente y ponte algo abrigado y cómodo. ¿De verdad estás bien?

—De verdad. Ven conmigo —susurró él.

Melissa asintió y dejó que la tomara de la mano para subir las escaleras. —
¿Qué ha pasado? —preguntó ella al ver que Bret se apoyaba en la barandilla.

—Que me he dado un buen golpe en la cabeza y me he calado hasta los huesos, pero estoy bien, aparte de eso. Sin embargo, el coche ha quedado para chatarra. Menos mal que no cayó por el terraplén y se empotró contra un árbol.

Melissa tembló sólo de pensarlo.

—¿Por la tormenta?

—Sí, las carreteras están horribles, inundadas en algunas zonas. El viento arrastra ramas como si fueran de papel. Tuve que esquivar una, patiné en el asfalto y choqué contra el árbol.

Bret abrió la puerta de su dormitorio, apretando la mano de Melissa, como si ella no estuviera dispuesta a entrar con él.

Melissa dudó un momento. No le había contado que había puesto sus cosas allí. ¿No le parecería demasiado presuntuosa?

Bret la hizo pasar y cerró la puerta. Melissa echó una mirada a su alrededor, pero no había nada que delatara que había estado allí. Bret fue al baño. Se puso nerviosa, ¿cómo reaccionaría? Quizá tendría que avisarle.

Mirándolo, sonrió débilmente. El vendaje de la cabeza contrastaba con su pelo rubio y el rostro bronceado.

—¿Han tenido que darte puntos?

—Siete. No es nada, otra cicatriz. Una pareja de ancianos me encontró en la cuneta bajo la lluvia y me trajeron al hospital de Salzburgo. Han tardado bastante en atenderme. Yo no estaba grave y hay muchos accidentes debido a la tormenta. Como es natural, primero se hacían cargo de los casos más urgentes.

Bret se quitó el abrigo y se quedó mirándolo, como si no supiera qué hacer con él. Melissa se lo quitó de las manos.

—Deja la ropa en el baño.

Bret asintió y comenzó a desabrochar los botones de su camisa. Volvió a temblar. —Necesitas un buen baño caliente.

—No, prefiero una ducha. ¡Dios mío! Sí que estoy cansado.

—Y magullado, seguro.

Melissa preparó la ducha. Al darse la vuelta, tropezó con él. Se había quitado la camisa y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarse a la solidez de su pecho y volver a sentir su fuerza.

—Espérame —ordenó él mientras ella salía muda de deseo.

Melissa asintió y cerró la puerta. Se acercó a la ventana y dio gracias de que Bret hubiera vuelto sano y salvo. Sonó el teléfono. Era la policía notificándole que habían encontrado a su esposo. Le habían tratado en el hospital y pronto estaría en casa. Melissa les dio las gracias, sonriendo ante su lentitud. Bret ya estaba en casa. Se sentó sobre la cama al estilo indio para esperarle. Todavía no sabía cómo iba a reaccionar cuando descubriera que ella se había trasladado a su habitación.

Dejó de oír el agua de la ducha. Se acercaba el momento en que tendría que mirarlo a los ojos y decirle que lo quería y que no deseaba volver a Inglaterra. Tenía que dejarla quedarse. La experiencia que había sufrido aquella noche demostraba que necesitaba estar a su lado. Quizá podrían encontrar un poco de felicidad Bret, Max y ella. Los tres juntos.

Bret salió del baño y la miró un momento antes de ir a la cómoda. Abrió el cajón en el que ella había guardado su ropa interior junto a sus calzoncillos. Melissa contuvo el aliento. Contempló fijamente su espalda, aunque lo que quería era leerle el pensamiento. ¿Qué iba a decir? Al cabo de un momento, Bret tomó unos calzoncillos.

Dejó caer la toalla y Melissa sintió que la abrasaba una oleada de calor y deseo. Se fijó en la firmeza de sus nalgas mientras se ponía los calzoncillos. Sentía que sus pechos le llamaban anhelantes, tenía el estómago lleno de

mariposas y un deseo irrefrenable ardía en sus entrañas.

Bret abrió otro cajón para sacar una camiseta. Se la puso y se acercó al armario. Volvió a quedarse un rato ante la puerta abierta contemplando los vestidos de Melissa que colgaban junto a sus trajes.

¿Por qué no decía algo, cualquier cosa?

Bret sacó unos vaqueros y se los puso, volviéndose a mirarla, subió la cremallera lentamente.

Melissa intentó sonreír, intentó mostrarse como una mujer de mundo sofisticada, pero su corazón latía demasiado deprisa y tenía demasiado miedo de que él le dijera que se fuera. ¿Por qué no decía nada? ¿Qué estaba pensando?

Bret seguía mirándola, se acercó a ella.

—Ya me he puesto ropa seca, pero quizá no la necesite. Quizá pueda calentarme con otra cosa esta noche —dijo sentándose junto a ella. Melissa carraspeó.

—¿Te ha animado la ducha?

—Sí.

Melissa se miró las manos cuyo sudor estaba tratando de secar solapadamente en las perneras de sus pantalones. Era más seguro mirar allí que a los ojos de Bret. —¿Por qué no me cuentas qué hacen tus cosas en mi baño y en mi habitación? — preguntó él.

—Yo... Bueno, creí que tal vez no debería volver a Inglaterra.

—¿Por qué? —dijo él en un tono inexpresivo.

Melissa lo miró. No tenía ni idea de lo que pensaba.

—He pensado en quedarme aquí.

—Yo creí que aquí te aburrías. —Tengo un trabajo.

—¿De qué?

—De profesora de inglés.

—¿Y eso será suficiente? —Sí.

«Hasta que lleguen los niños», pensó ella, preguntándose si alguna vez

tendría un hijo de Bret. A ella le encantaría traer al mundo otro niño adorable como Max, o quizá una niña. O uno de cada.

Bret tiró de su mano hasta hacerla caer. Melissa se dejó llevar. Se quedaron así un buen rato. Melissa se preguntó si Bret se habría quedado dormido.

—Te quiero —dijo él en un susurro.

Melissa creyó que iba a desmayarse, incapaz de soportar la alegría que rebosaba en su pecho. ¡Jason tenía razón desde el principio!

—¡Oh, Bret! Yo también te quiero. Creo que desde el primer momento, pero tú te empeñabas en decir que era pura lujuria.

Bret abrió los ojos y la hizo tumbarse sobre su pecho para poder acunarla entre sus brazos. Una mano, acariciaba sus rizos castaños.

—Me equivocaba, como en tantas otras cosas. He sido un completo imbécil. ¡Dios! ¿Quién iba a pensar que Kart podía hacer una cosa así? Nunca tendría que haber dudado de ti, pero incluso entonces te deseaba.

—¿incluso cuándo? —dijo ella—. Yo creo que te he querido desde que nos conocimos en la pradera. Por eso volví aquel domingo.

—Y yo me alegré de que volvieras. Quería verte otra vez y no tenía manera de encontrarte.

—Hasta que aparecí en tu oficina.

—Pero yo no lo sabía aquel fin de semana. ¿Por qué has decidido quedarte?

—Pensaba regresar, creía que tú no me querías aquí.

Melissa sintió que él se ponía tenso y le dio un beso en la comisura de los labios, sintiéndose completamente feliz al ver que él sonreía. Sin embargo, Bret no abrió los ojos y ella se acurrucó contra su cuerpo, satisfecha y segura.

—Incluso hice las maletas esta mañana. Pero cuando empezaste a retrasarte y la policía vino diciendo que podías estar herido o algo peor, me di cuenta de que no podía marcharme. Bret, te quiero demasiado.

—Y ese amor brilla en todo lo que tocas, cariño. En tu interés por Max, en cómo has aguantado al cerdo de tu marido que ni siquiera confió en que decías la verdad...

—Calla, no te consiento que hables así de mi marido —dijo ella firmemente—. Conociendo lo que te pasó con Louisa, puedo entenderlo. Sobre todo con las evidencias en mi portafolios. Sin embargo, ayer me concediste el beneficio de la duda. Estabas a mi lado en la oficina. Aunque reconozco que esperaba de ti algo más que una disculpa sosa y una orden de que volviera a Inglaterra prácticamente en seguida.

—¡Dios! Cariño, me siento el peor bastardo del mundo por haber dudado de ti. Pensé que nunca podrías perdonarme. No podía soportar que te fueras y, sin embargo, no pensé que podía pedirte que te quedaras.

Bret deslizó la mano bajo su suéter y trazó una senda de fuego a lo largo de su espina dorsal. Le soltó el sostén y le acarició un pecho. Melissa empezó a perder la cabeza.

—Y encima, tengo que estarle agradecido a Ferry Toliver, ¡maldita sea! Melissa se acercó más, saboreando sus caricias, concentrándose en la delicia ígnea que empezaba a pulsar dentro de su cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida de que pudiera hablar mientras la acariciaba.

—Tenía celos de él. Cada vez que os veía juntos, me volvía loco. Y, a pesar de todo, ayudó a desenmascarar a Karl. ¡Maldición!

Melissa soltó una risilla y le acarició el pecho.

—Sólo es un amigo que estaba dispuesto a echarme una mano.

—Melissa, no podré volver a Inglaterra hasta dentro de un par de años, aunque pienso trasladar la sede central de la compañía allí. El arreglo con Larbard ayudará mucho pero, hasta entonces, no podremos movernos de Salzburgo.

—Yo no me muevo de aquí. Estaré donde tú estés.

—¿Vas a aceptar el collar que quería regalarte? Quería que lo llevaras, mi vida. No significaba nada más. Y ya que vamos a la joyería a recogerlo, podemos pasar a ver a Franz.

—¿A *herr* Rollard? ¿Para qué?

—Para hacer pedazos ese contrato prematrimonial, naturalmente. Para

empezar, era una idea perversa. Ya te he dicho que no tienes nada que ver con Louisa. Eres mi mujer, mi amor. Quiero compartirlo todo contigo y, si tengo que morir antes que tú, te dejaré todo lo que tengo en este mundo. Bret la tumbó de espaldas y le quitó el suéter para dejar su torso desnudo. — No me importa nada eso, sólo quiero tu amor, Bret —dijo ella dejándose arrastrar por el deseo.

Melissa pensó que su corazón estaba a punto de estallar de alegría.

—Eso ya lo tienes, mi vida, sabes que lo tienes entero. Te amo más que a nada en el mundo. Creía estar enamorado de Louisa, pero lo que siento por ti es mucho más fuerte y profundo que nada de lo que haya sentido antes. Llegué a pensar que había echado a perder mi única oportunidad al haber desconfiado de ti.

—No, te quiero demasiado, Bret. Nunca te habrías librado de mí, aunque me hubieras echado.

—Eso no sucederá jamás. Eres mi vida y mi corazón, la alegría de esta familia. Te quiero, Melissa Terrel, para siempre.

Buscó sus labios en un beso inflamado que abrasó los últimos vestigios de frío y de dudas de sus vidas para siempre.

Fin